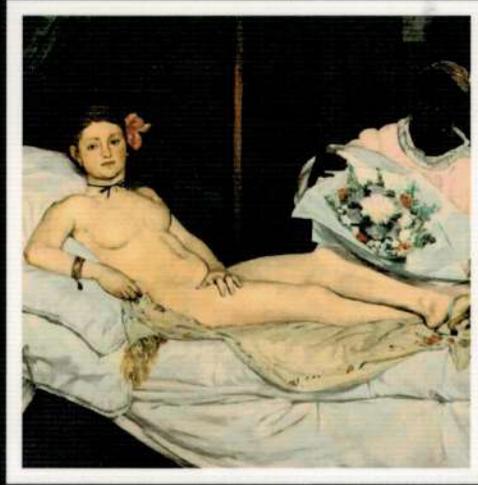


Miguel de Carrión



Las impuras

Edición de
Ángel Esteban y Yannelys Aparicio

CATEDRA
Letras Hispánicas

Ilustración de cubierta: Édouard Manet, *Olympia* (1863)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2011
 Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
 Depósito legal: M. 2.441-2011
 I.S.B.N.: 978-84-376-2742-7
 Printed in Spain
 Impreso en Huertas I. G., S. A.
 Fuenlabrada (Madrid)

Índice

INTRODUCCIÓN	9
Del fin de la guerra a la «danza de los millones»	11
Formulaciones de la identidad cubana en la Primera República	18
La Habana de Carrión y la nueva (buena) vida	33
Carrión y la literatura de su tiempo	45
La impronta naturalista	47
La personalidad literaria de Miguel de Carrión	50
Universo moral y social de <i>Las impuras</i>	56
La ciudad impura	58
Escepticismo político	63
La cara y la cruz de los Estados Unidos	69
Huella naturalista en <i>Las impuras</i>	72
Estudio de los personajes	78
Impuras y honradas en <i>Las impuras</i> y <i>Las honradas</i>	80
Desfile de modelos masculinos en Carrión	105
ESTA EDICIÓN	119
BIBLIOGRAFÍA	121
Las impuras	125
I. Un nido improvisado	129
II. Teresa y Rogelio	148
III. Un día bien empleado	176
IV. Vida nueva	218
V. La Aviadora	239

VI. La decadencia de Cuba	259
VII. Impuras e impuros	284
VIII. El coronel de Espinosa	307
IX. La «Carpa»	328
X. La crisis	350
XI. Anarquismo	371
XII. Unasambleas de filantropos	386
XIII. Deuda de honor	402
XIV. Melancholía (for que por el mundo)	421

Introducción

DEL FIN DE LA GUERRA A LA «DANZA DE LOS MILLONES»

Miguel de Carrión escribió todas sus obras en las dos primeras décadas del siglo XX. De hecho, *Las impuras*, su novela más reconocida, vio la luz en 1919, y fue el último texto narrativo que dio a las prensas, ya que el resto de su producción posterior, escrito más o menos por esas fechas, no fue publicado hasta después de su muerte. Algunos historiadores han llamado a este periodo el de la «seudorrepública», ya que los gobiernos apenas eran independientes de la enorme influencia de los Estados Unidos, no solo a través de la Enmienda Platt, a la que con frecuencia se aludía, sino por la continua injerencia de presidentes y ministros del vecino del norte en los problemas políticos cubanos y en el manejo de la economía de la isla.

En los años que van desde el final de la guerra contra España (1898) al comienzo del gobierno de Zayas (1921), llamados también de «democracia inauténtica», la literatura trató de ofrecer un mosaico de la época, tomando como base las contradicciones de un sistema procedente de una emancipación sin verdadera independencia. Por eso, la narrativa, en la mayoría de sus manifestaciones, no respondió a los cánones del resto del continente latinoamericano, centrados en la relación del hombre con la naturaleza, sino que dibujó una sociedad basada en el enriquecimiento rápido, la corrupción institucionalizada, la dependencia económica y política, la alternancia de periodos liberales con otros más conservadores, y los tipos humanos que recorren las calles de la capital, donde la diversificación social es cada vez mayor, y los modelos metropolitanos de España,

Francia y los Estados Unidos se exhiben como matices de prestigio ciudadano.

En líneas generales, tres son las actitudes que artistas e intelectuales someten a consideración en sus obras: en primer lugar, el «desentrañamiento de sus esencias, a partir de sus signos inmediatos y con obvias pretensiones reivindicadoras de raíz ético-social»; en segundo lugar, «el rescate de los valores propios desde la asimilación del pasado histórico-cultural»; y, finalmente, «la recreación fantástica o egotista de la realidad a partir de las vivencias propias y de la impronta de corrientes intelectuales de diferentes procedencias» (VV.AA., 2003, 5). Fue particularmente importante, en ese contexto, la situación neocolonial de la isla. A los cuatrocientos años de dependencia de España, había que ir sumando cada nueva etapa del otro dueño, directa o indirectamente: bien en forma de empresa norteamericana instalada en Cuba, o bien en forma de político del norte ejerciendo como presidente o ministro en el territorio insular. De hecho, la terminación de la guerra en 1898 significó solo un traspaso de poderes: España vendió Cuba a los Estados Unidos. El Tratado de París, del 10 de diciembre de 1898, significaba el ocaso de un imperio, el de ultramar, y el comienzo de otro, la tutela del vecino del norte. De hecho, los primeros gobernadores de la isla fueron John R. Brooke y Leonard Wood, los cuales fueron conscientes de que la población insular tenía una idiosincrasia lejana a la de los Estados Unidos y separada del patronazgo español, por lo que trataron de introducir en sus gobiernos a los cubanos más relevantes de la época y asimilar sus iniciativas. Asimismo, Wood propició la creación de una Asamblea Constituyente que redactó la primera Constitución cubana, en 1901, y organizó de modo inteligente la sucesión, para que, por fin, hubiera un presidente cubano en el territorio nacional. Así, Tomás Estrada Palma, delegado del Partido Revolucionario Cubano en los Estados Unidos desde la muerte de José Martí, apoyado por los norteamericanos, por la mayoría de los mandos militares y bastantes de los autonomistas, fue elegido, como candidato único, presidente de la recién nacida República, el 31 de diciembre de 1901, y comenzó a gobernar en solitario el 20 de mayo de 1902.

Algunos de los hitos de ese primer gobierno fueron la recuperación de la economía, gracias al ahorro, y la política de inmigración europea, lo que provocó que los grandes capitales quedaran en manos extranjeras: el comercio fue canalizado por españoles, y la agricultura y la industria por los norteamericanos, que se hicieron dueños, por ejemplo, de las principales azucareras del país. Y llegaron, asimismo, los primeros problemas serios: la huelga de finales de 1902, debida precisamente al trato preferencial con los extranjeros, y el Tratado Permanente con los Estados Unidos, por el que se cedían por noventa y nueve años las bases carboneras de Bahía Honda (Pinar del Río) y Caimanera (Guantánamo), y la Isla de Pinos. A pesar de la oposición del recién creado Partido Liberal, con Máximo Gómez primero, y con José Miguel Gómez y Alfredo Zayas después, Estrada Palma fue reelegido en diciembre de 1905. Nada más comenzar su segundo gobierno, los liberales y una facción del ejército encabezaron una insurrección, para provocar la intervención de los Estados Unidos, según la Enmienda Platt. En septiembre de 1906, Estrada renunció a la presidencia, y un nuevo período norteamericano se abrió en la recién nacida República cubana, al mando del abogado Charles Magoon, quien gobernó facilitando la corrupción, pagando irresponsablemente servicios no realizados y dando entrada en cargos de importancia a los liberales, los cuales ganaron sin mucho esfuerzo las elecciones siguientes y comenzaron a gobernar, al mando del general José Miguel Gómez, en 1909.

Para esas fechas, Cuba había incrementado su población, la salud pública era espectacularmente mejor y la ciudad de La Habana había duplicado su superficie. Esa cara limpia de la sociedad cubana es la que Carrión describirá en sus obras, mezclada con todos los elementos sucios que acompañan a los periodos de crecimiento. El novelista deambulará por las calles de la capital, dando cuenta de lo que ya han descrito con acierto algunos historiadores:

El Vedado era ahora el centro de la vida social, la plaza favorita de los líderes de las fuerzas rebeldes para invertir su dinero, aunque se continuaban construyendo las casas en ese

barrio sin cristales en las ventanas. La parte vieja de La Habana seguía siendo el centro de la vida mercantil y de los negocios. Los coches de caballos alternaban con los taxis, y podían verse por las calles algunos automóviles; la mayoría de las calles estaban pavimentadas, no cubiertas de guijarros. Había también autobuses de motor llamados *guaguas* (...). Era La Habana todavía una ciudad española, pero a punto de cambiar en su aspecto y de adoptar el estilo norteamericano. Aún existían las farolas de gas, que hacían juego con los policías envueltos en sus capas; había *serenos* como en Madrid, pero también comisarios como en Nueva York; las tiendas de frutas, de pescado y los cafés abundaban por doquier (...). Gramófonos, sirenas, buhoneros, vendedores de naranjas y de plátanos se mezclaban en una atractiva barahúnda (Thomas, 1974, 648).

Cuando Gómez toma el poder, una frase suya vino a resumir lo que iba a ser la segunda década del siglo XX. Magoon volvía a los Estados Unidos a bordo del *Maine*, y el nuevo presidente suspiró: «Una vez más somos completamente libres» (Thomas, 1974, 657). Se abría la veda nuevamente para que los cubanos con dinero y con poder reinaran a su antojo en la isla, sin cortapisas legales ni morales. La corrupción se hizo endémica (Fornés, 2000, 176) y, como dijo Fernando Ortiz, se instaló en Cuba una auténtica «cacocracia», o sucesión de gobiernos corrompidos. Muchos de los negocios alentados por el gobierno de Cuba enriquecieron al presidente, sus ministros, diputados, funcionarios y empleados de la administración central. Las obras y servicios públicos fueron la principal fuente de ganancias ilícitas, como la puesta en marcha de un nuevo ferrocarril, la compra de navíos del ejército, la distribución de las líneas telefónicas, la construcción de carreteras, puentes, la recaudación de impuestos o la elevación de un suntuoso palacio presidencial. Pero lo peor de todo es que no había instituciones correctoras, ya que los jueces e inspectores estaban bien manejados por el gobierno, y los principales periódicos recibían subvenciones estatales que les ataban las manos. Por ejemplo, cuando Zayas más adelante insistió en comprar, aderezado de múltiples delitos, el convento de Santa Clara, el periódico *La Lucha* anunció

que no iba a defender el proyecto porque no se les había pagado. El 18 de mayo de 1923 se explicaba así un editorial: «cuando las lanzas se rompen a favor o en contra de este o de aquel proyecto, es porque ha corrido el dinero o porque, al contrario, un periódico o un periodista no han sido incluidos en la partición» (Chapman, 1969, 519).

Con esas perspectivas, no es extraño que ocurrieran sucesos graves. El primero de ellos fue la concesión de un préstamo a banqueros alemanes relacionados con el presidente norteamericano; el segundo, la compra de unos terrenos a las afueras de La Habana para construir dependencias presidenciales y ministeriales. Pero se compraron a precio irrisorio y nunca se construyeron los edificios. Otro gran escándalo fue la concesión de la Compañía de Puertos para drenar los de la ciudad. Fueron amigos del presidente y americanos conocidos quienes llevaron a cabo el proyecto, los cuales se beneficiaron de la subida provocada de acciones. El libertinaje comercial dio paso también a una relajación en el ámbito social y así, en el marco de la vida corriente, hubo una escalada de violencia, con protestas, levantamientos y represión gratuita por parte del gobierno, como la muerte a tiros, arbitraria, del capitán Lavastida, poco después de ser arrestado por conspiración, o los problemas de altos militares como Vicente Miret, Guillermo Acevedo o Pino Carrera, que terminaron pagando cara su hostilidad hacia el gobierno (Thomas, 1974, 662-663).

Y aunque Gómez se preocupó realmente por ciertos aspectos, como el de la Ley Escolar o la creación de granjas-escuela (Fornés, 2000, 176), lo cierto es que su proyecto invitaba más a la vida fácil y despreocupada. Reimplantó, por ejemplo, las peleas de gallos, prohibidas por Wood años antes, al igual que las corridas de toros, y reclamadas vivamente por el pueblo. También alentó la lotería, que dio un auge espectacular a la vida social de la época e incluso se convirtió en una obsesión para muchos. Cada sábado por la tarde y en Navidad la gente enloquecía con los resultados. Aunque al comienzo se pensó en entregar los puestos de venta a viudas y a familiares de los fallecidos en la guerra de independencia, finalmente fueron botines de los políticos y sus amigos. El mismo director de la lotería

llegó a tener, como negocio personal, cerca de mil puestos. Años más tarde, a mitad de la década segunda del siglo, la lotería fue el modo más corriente de enriquecimiento rápido. Mucha gente dedicaba un porcentaje fijo de sus ingresos al juego de la lotería semanal. Pero tuvo consecuencias muy negativas para el pueblo, porque disminuía el afán por el trabajo esforzado y fomentaba la vagancia y la ociosidad.

Con Mario García Menocal, que gobernó dos mandatos de cuatro años (1913-1921), se intensificó la afición a la lotería y aumentaron notablemente los ingresos nacionales por el azúcar. También se desarrolló espectacularmente la corrupción institucionalizada. Se dice que cuando llegó al poder tenía un millón de dólares y cuando lo dejó había multiplicado su fortuna por cuarenta. Como su predecesor, albergó medidas positivas para el país, como el seguro obligatorio para trabajadores, la mediación del Estado en disputas laborales, la fundación de siete escuelas normales y otra del hogar, o la equiparación del peso y el dólar. Pero enseguida llegaron las propuestas irregulares, como la excesiva subida de los sueldos y gastos presidenciales, la prolongación de préstamos ilícitos comenzados en la época anterior o la concesión de trabajos que se pagaban pero no se llevaban a cabo.

El mayor éxito de estos años vino como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, y estuvo ligado al azúcar. En años difíciles para las cosechas europeas, Cuba multiplicó su producción y extendió su comercio azucarero a casi toda Europa, además del que ya tenía con los Estados Unidos, hasta convertirse en el mayor productor de azúcar del mundo, con un cuarto de la producción mundial. Subieron los precios y se aprovecharon los extensos territorios fértiles del este de Cuba para abrir nuevos ingenios y explotarlos convenientemente, como aparece en la obra de Carrión *Las honradas*. En los primeros años de la guerra se abrieron casi veinte grandes ingenios, casi siempre fundaciones norteamericanas, que conllevaban un gran desembolso de dinero, aseguraban empleo para muchos nacionales y también para inmigrantes de Jamaica, China o Haití y producían enormes ganancias en muy poco tiempo. Como dejó escrito Teresa Casuso, mu-

chos bosques vírgenes de Cuba desaparecieron para convertirse en ingenios:

Se incendiaban los bosques extensos e impenetrables, selvas enteras a las que se les metía fuego y luego eran arrasadas hasta el suelo a fin de dejar sitio para plantar caña de azúcar. Mis padres estaban desesperados porque los bosques tropicales más bellos y fragantes (...) ardían como sacrificio al frenesí de cubrir de cañaverales todo el país. En las noches la vista de ese horizonte en llamas me afectaba con una extraña ansiedad llena de temores, y el olor a madera quemada llegaba tan lejos, que era como el incienso que uno huele dentro de las iglesias. Pero la casa en que vivíamos estaba hecha completamente de cedro y era como un gran cofre perfumado (Casuso, 1961, 92).

En muy poco tiempo, algunos colonos llegaron a poseer tanto dinero como los dueños de las tierras y compraron ingenios. Son los nuevos ricos que hacen construir grandes mansiones en el Vedado imitando el estilo clásico del Renacimiento europeo, abusando del mármol y llenado de esculturas y elementos decorativos los grandes jardines. Una vez que el barrio llegó al río Almendares, la ciudad se extendió hacia el oeste con más mansiones en un nuevo barrio residencial, el de Miramar. Pero también el resto de la isla proliferó en ostentaciones arquitectónicas y crecimiento de localidades. El nivel de vida se elevó considerablemente en dos o tres años, de tal forma que las pequeñas poblaciones que habían nacido al calor de los nuevos ingenios se convirtieron muy pronto en pueblos grandes o ciudades de tamaño medio, con todos los servicios urbanos, escuelas y centros de cultura y esparcimiento. Todo eso llegó a su punto culminante en los dos últimos años de esa década, pues, al terminar la guerra europea, los campos de todo el continente viejo estaban destruidos, y Cuba continuaba exportando en enormes cantidades. Es precisamente en ese lapso en el que Carrión publica sus dos novelas más importantes y escribe todo lo que dejó inédito a su muerte. Así las cosas, los principales productores presionaron a los Estados Unidos y a Europa para que terminase el control de los precios. Consiguieron su

objetivo y el azúcar subió como la espuma. Este periodo de inusitada bonanza y despilfarro, que terminó de un modo abrupto a principios de los 20, se denominó la «danza de los millones». Nunca habría una etapa igual. A la crisis del azúcar se le unieron las revueltas de intelectuales y estudiantes, los movimientos obreros, la fundación del Partido Comunista y, finalmente, la primera de las tres dictaduras del siglo: la de Machado.

FORMULACIONES DE LA IDENTIDAD CUBANA EN LA PRIMERA REPÚBLICA

Cuba es el país de las mil caras. Solo Martí parece ser el punto de unión identitaria. Capitalistas y socialistas, católicos y ateos, conservadores y liberales, escépticos e iluminados, demócratas y defensores de dictaduras de diverso signo, todos invocan su nombre. Martí fue capaz de abanderar todo tipo de revoluciones y espíritus acomodaticios. Pero, fuera de él, lo cubano es un concepto difícil de definir y acotar, hasta el punto de que algún autor ha llegado a afirmar que, en la isla, «la crisis crónica de identidad acaba también constituyendo una identidad» (Dés, 1993, 15). Jorge Ibarra, aludiendo a esos comienzos del siglo xx, se refería a dos modos de concebir lo cubano. Por un lado, el entorno político generaba un «optimismo oficial» inexistente, mientras que, en realidad, como muchos intelectuales y narradores manifestaban, «el cubano, de acuerdo con su concepción del mundo, era incapaz de alcanzar la libertad y ser dueño de su propio destino» (Ibarra, 1998, 186-187). La cubana era una sociedad emancipada pero no verdaderamente independizada, por lo que resultaba imposible establecer con rigor un juicio certero acerca de sus valores y su idiosincrasia.

La «segunda independencia» de la que hablaba Martí poco antes de comenzar la guerra final, era una llamada a todos los pueblos hispanoamericanos a madurar su identidad cultural y social, que más de medio siglo de andadura independiente no había conseguido establecer. Probablemente, era también una llamada a Cuba, que pronto se vería libre del yugo espa-

ñol, con todo lo que ello significa de poner en marcha un proyecto independiente, centrado en lo que él mismo llamaba en *Nuestra América* un «gobierno natural», cuya base son los «elementos naturales del país». Así, al término de la guerra en 1898, Cuba y Puerto Rico comenzaron una «invención moral de una identidad» (Rojas, 2008, 30), algo que ocupó el centro del debate intelectual. La experiencia de la guerra supuso un fabuloso símbolo en orden a instaurar una fundación mítica de una identidad nacional, y un arquetipo de ciudadanía. Bajo el gobierno de Leonard Wood, antes de la misma constitución de la República, se organizaron muchas actividades alrededor de la idea del «carácter cubano». Por ejemplo, Cristóbal de la Guardia criticó la idea de que el pueblo se estaba convirtiendo en filoanglosajón y se afianzó en la teoría de las raíces latinas como definidoras de lo cubano. Ahora bien, más adelante admitió que esas raíces tenían aspectos negativos, propios del origen étnico latino, como la pasión melancólica, el vicio del sufrimiento, la satisfacción de sentirse desgraciado o una tendencia imaginativa opuesta a la meditación (Rojas, 2008, 31). Todas esas ideas fueron vertidas luego en su libro *De los vicios y defectos del criollo*, en el cual invitaba finalmente a las élites republicanas a formular antidotos o remedios contra los males cubanos, basados en la actuación contra la raza corrigiendo sus fallas sobre la base de métodos cívicos.

Según el crítico Rafael Rojas, todas estas ideas acerca de la teoría de la raza están más o menos repetidas en muchos autores de principio de siglo, ensayistas a los que él llama de «baja literatura», es decir, autores de una relevancia relativa en el panorama intelectual cubano de esos años, y con una influencia menor en el espacio de las ideas cubanas. Ellos son Manuel Márquez Sterling, con *Alrededor de nuestra psicología* (1906), José Sixto Sola, con *El pesimismo cubano* (1913), Mario Guiral Moreno, con *Aspectos censurables del carácter cubano* (1914), y Enrique Gay Calvó, con *El cubano: avestruz del trópico: Tentativa exegética de la imprevisión tradicional cubana* (1938). Por el contrario, los autores pertenecientes a lo que el crítico cubano llama «alta literatura», como Enrique José Varona, Francisco Figueras, Roque E. Garrigó, José Antonio

Ramos y Fernando Ortiz, mucho más relevantes que los anteriores por la profundidad y trascendencia de sus ensayos, no concuerdan con ese «escepticismo controlado» de los primeros, ni con un cierto entusiasmo nativista que trata de contrarrestar la negatividad de una supuesta naturaleza. Más bien, estos últimos interpretan la cubana como una «metafísica nihilista de tradiciones y costumbres» (Rojas, 2008, 32), lo que les aleja absolutamente de la moda arielista que los principales intelectuales de muchos países del continente están siguiendo, a raíz de la publicación de la obra del uruguayo Rodó en 1900, donde se señalaba la supremacía espiritual, poética e imaginativa de la cultura latina frente al utilitarismo rancio anglosajón.

Si Varona ve en el nuevo modelo republicano la resurrección del monstruo que pensábamos domado, y la Cuba actual se identifica con la hermana gemela de la colonial, Figueras es mucho más claro, en su obra *Cuba y su evolución colonial* (1906), sosteniendo que hay que rechazar el triunfalismo de quienes, después de conseguir la constitución de la República y la independencia soñada, creen que hay que hacer apología de lo cubano señalando la santidad de sus virtudes y rechazando sus defectos. Más bien al contrario, Figueras anota la falta de capacidad para ser una nación independiente, y la acumulación de más vicios que virtudes, porque es cierto que los cubanos son hospitalarios y generosos hasta el extremo, pero también poco dados al comercio o al ahorro, vanidosos, indolentes y desposeídos de una clara noción de la verdad, poco perseverantes en sus propósitos y poco consistentes en sus principios, tienen poca rectitud de intención y no son abnegados. Y todo ello tiene que ver con la doble raíz africana y española, pero sobre todo con el contacto. Si todas las culturas y razas que han vivido en Cuba desde la colonización hasta el siglo xx, incluyendo también al blanco criollo del xix, hubieran permanecido puras, sin mezclarse, como el sistema de castas de la India, el resultado actual sería muy diferente. La heterogeneidad étnica de la isla y la mezcla que de ahí deviene es una condición desfavorable para el proyecto de civilización moderna que se acomete a principio del siglo xx (Rojas, 2008, 33).

Todavía más claro lo tiene Roque E. Garrigó, que para su libro *La convulsión cubana*, de 1906, se basó casi por completo en la obra por entonces recién publicada del argentino Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América (Ensayo de psicología individual y social)*, de 1903, donde se adscribía a un positivismo que profundizaba en el darwinismo social propio de la época. Ahí explica el comportamiento de las sociedades latinoamericanas ante el proceso de modernización, con el aluvión inmigratorio y la convivencia de etnias y clases sociales diferentes. El biologismo de Bunge es aristocratizante, basado en las teorías de Wheeler para armonizar la propuesta de la evolución de las especies con el organicismo social, lo que podía dar pie a dudosas y peligrosas legitimaciones biológicas para los Estados. Para Bunge, cada raza física es una raza psíquica y, en concreto, la raza hispánica es arrogante, indolente, carente de espíritu práctico, verbosa, sin decoro. Pero los indígenas son todavía peor, porque representan la resignación, la pasividad y la vagancia. Finalmente, los negros se identifican con la esclavitud y la debilidad (Bunge, 1918). Por eso, en definitiva, la conclusión a la que llega Garrigó a través de este planteamiento bungeniano es que, en Cuba, lo que hace falta es imitar el modelo anglosajón, si de verdad se desea alcanzar la modernización del país. Por eso, se pregunta qué hubiera pasado en América Latina si los colonizadores hubieran sido ingleses en lugar de españoles. Y la respuesta no se deja esperar: habrían llevado a esa tierra la idea de la libertad, tan clara en su Constitución, en lugar de los síntomas de decadencia que los españoles han trasplantado a América (Rojas, 2008, 34). Una argumentación parecida esgrime el también novelista y autor teatral José Antonio Ramos en su ensayo *Manual del perfecto fulanista* (1916), quien asegura que la presencia de los Estados Unidos desde el fin de la guerra es el mejor antídoto contra las malas costumbres latinas y africanas.

Pero lo más interesante de este periodo, en cuanto a las opiniones de los intelectuales, es contrastar los asertos de Fernando Ortiz en las obras de principio de siglo con las de los años 40 en adelante, cuando inventa el término «transculturación» para hablar de los aspectos positivos que tiene

la mezcla de culturas, razas y psicologías, y pone el ejemplo del ajiaco, esa comida de Cuba y otros países del Caribe donde cabe de todo, y la mezcla da un resultado digno de los paladares más exigentes. En ensayos como *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, utiliza, además, otros símiles para reseñar cuestiones identitarias, como las características cerradas y monolíticas del azúcar (el producto y su proceso de explotación) frente a la estructura polivalente y abierta del tabaco. Es precisamente la unión de esas dos facetas lo que define al cubano. Ahora bien, en los ensayos de principio de siglo, su teoría va adquiriendo paulatinamente contornos sucesivos en la indagación de la cubanidad, que poco tienen que ver con los textos de mitad de siglo. En sus primeros escritos, Ortiz afirma claramente que la raza blanca influye en las clases bajas cubanas a través de ciertos vicios europeos que se agravan por las condiciones sociales del ambiente insular y que, además, la raza negra contribuye a reforzar esa circunstancia con sus supersticiones, su impulsividad y su particular psicología, desde la época anterior a la independencia. Esto aparece sobre todo en su colección de ensayos *Hampa cubana: los negros esclavos*, de 1916. En esa obra llega a proponer acciones concretas para evitar las supersticiones de las religiones afrocubanas (Castellanos, 2003, 109). Ahora bien, al cabo del tiempo, a finales de los años 30, el cambio de opinión es espectacular, algo que denota no solo una evolución particular, sino la orientación de la etnografía cubana en la primera mitad del siglo, como bien ha apuntado Jorge Castellanos:

El 30 de mayo de 1937, el mismo Don Fernando presenta en la Sociedad Hispanocubana de Cultura un espectáculo inusitado. Los tambores sagrados de la *santería* ejecutan sus ritmos sagrados, los fieles bailan a su compás y Don Fernando explica la ceremonia, exaltando su valor folklórico y sus méritos estéticos. A partir de la década del treinta nadie aventaja a este investigador en la defensa de los derechos del negro, en la condenación de los racismos y en la exposición de los aportes africanos a la cultura cubana, a la que llama un «ajiaco» o *pot pourri* criollo, una mezcla de todos los elementos étnicos de la población del país. En esta extraordinaria

transición ideológica se resume, en verdad, todo el proceso de maduración de la etnografía nacional en la primera mitad del siglo XX, junto con un nuevo concepto de la identidad patria (Castellanos, 2003, 109).

Pero en los primeros escritos defiende también la idea de que el hispanismo cubano funcionó como una identidad racial de resistencia contra la modernización norteamericana. Y ello conlleva el aserto de que existen, tal como se planteó en el siglo XIX y se recoge en muchos intelectuales y políticos de principios del XX, jerarquías en los sistemas culturales y las civilizaciones. Como anota Rojas:

As soon as the debate was transferred to the theme of civilizations, hierarchies became morally acceptable. Ortiz claimed that there exist differences in the forward march of humanity and, because of this, some civilizations were more advanced than others. There existed civilizations that were superior and others that were inferior. Cuban civilization was inferior because it came from two inferior civilizations, the African and the Spanish (Rojas, 2008, 38).

El problema de Cuba es el mismo que el de España: falta de civilización. Por eso, en la obra de Carrión hay constantemente guiños irónicos acerca de la procedencia española de algunos personajes, a los que se considera vagos, inconscientes, hipócritas. Para Ortiz la solución del problema es clara: hay que americanizar Cuba, como europeizar España. Porque no existe un dilema que enfrente lo latino y lo anglosajón, como pretendía Rodó, porque lo español no coincide con lo latino. Lo anglosajón tiene sus virtudes y lo latino también. Pero no hay que confundir lo hispano y lo latino, porque en este último concepto hay elementos de superioridad con respecto a lo hispano, como el sentido de modernidad de Francia o el humanismo de la cultura y la imaginación de Italia.

Ahora bien, hay otro punto de vista desde el que se pueden estudiar todos los problemas de identidad de la Cuba republicana, que están conectados con el concepto de raza, de cultura, pero también con el resultado del proceso histó-

rico de configuración de la colonia y de la independencia. Del XVI a fines del XVIII, los territorios coloniales se integraron en el sistema internacional de relaciones mercantiles del mercado mundial en desarrollo. La extracción del metal precioso y la exportación de materias primas que Europa demandaba fueron los principales actores de ese sistema, que en las colonias descansó en la propiedad latifundiaria de la tierra, que se concretó en terratenientes primero españoles, luego criollos, y el nacimiento de una burguesía comerciante importadora y exportadora, y más tarde de una pequeña burguesía industrial. Tras la independencia continental, el poder fue ejercido por las clases que tenían en sus manos la producción. Pero los grupos de poder no estaban interesados en una transformación radical de la estructura económica basada en el latifundio, sino en consolidar y aumentar el predominio económico por medio del control político, es decir, «poner toda la organización social que ahora dominan, en función de la estructura productora en la que basan su existencia como clase» (Hernández, 2002, 716). El resultado de esa política fue que los latifundios, lejos de ser eliminados, se desarrollaron más en las nuevas repúblicas latinoamericanas, según observó José Carlos Mariátegui en sus *Siete ensayos...* (Mariátegui, 1936, 34). De hecho, durante el siglo XIX, los grandes latifundistas recibieron tanta tierra como durante los tres siglos precedentes (Hernández, 2002, 716). Por otro lado, la importación, en forma de avalancha, de productos manufacturados europeos, llevó a la ruina a la producción artesanal interna que estaba asomando, como germen de una burguesía productora. Finalmente, la ausencia de la pequeña propiedad agrícola, de vital importancia para el mercado interno, agravó la situación de dependencia con respecto a los grandes terratenientes y el mercado internacional en alianza con ellos. Como bien observó Rafael Hernández, hay que hablar de

una ubicación subordinada y dependiente en la red de relaciones en que quedan engarzadas las nuevas repúblicas latinoamericanas dentro del sistema capitalista mundial. Se trata, más bien, de una estructura económica y social que, basa

da en el latifundio y en la producción para la exportación, impide el desarrollo interno de una producción nacional para un mercado nacional, y genera, constantemente, dependencia (Hernández, 2002, 717).

La situación, en Cuba, fue todavía mucho más dependiente que en las repúblicas independizadas, por su condición insular, por el espejismo del tiempo detenido, por el excesivo control de la metrópoli, por el efecto económico y social que produjo la guerra a finales de siglo, por la continua acumulación de esclavos en el siglo XIX, y por la casi exclusiva promoción del azúcar como motor económico de la isla, cuyo sistema y proceso de explotación estaba pensado para llenar los mercados internacionales sin pasar por un proceso interno de manejo de los resultados. De hecho, hay quienes han creído que el origen de todos los males del pueblo cubano estuvo en el latifundio azucarero. La dependencia económica fue causa de malformaciones no solo políticas, sino también culturales e identitarias. Ya acertó a matizarlo Enrique José Varona, en una frase lapidaria en 1919: «Hemos asegurado la independencia política de la patria. Es un gran deber que hemos cumplido. Nos falta otro. Asegurar por el trabajo bien dirigido la independencia económica del cubano; con esta, y solo con esta, se afianza la otra. Y cuando se cimenta con sangre una obra, hay que poner, además, todos los medios para que perdure» (Guerra, 2002, 68). Sin independencia económica, de nada habría servido la política. Y con ellas, vendrían las más escondidas, la cultural y la que reorganiza el concepto de civilización e identidad.

Así pues, si en Cuba no existía al comienzo de la República una definición clara de lo identitario, y las reacciones ante el carácter neocolonial del sistema económico republicano fueron muy diferentes, por parte de la intelectualidad del momento, ello se debió, en parte, a que el latifundio azucarero y la dependencia de las capas productoras con respecto a los usufructuarios del colonialismo, no permitieron la creación de una burguesía nacional pujante ni de un proletariado amplio, fuerte y con conciencia de clase. Francisco López Segura destaca, en ese sentido, «la debilidad de la burguesía

dependiente cubana en relación con la fortaleza que esta clase llegó a alcanzar en la mayoría de los países latinoamericanos» (López, 1989, 97). Y con respecto a la existencia del latifundio, como una de las causas de la imposibilidad de desarrollo de la burguesía, Ramiro Guerra no puede ser más explícito cuando afirma a finales de los años 20 que «el latifundio ha sido la causa de la decadencia de las Antillas» (Guerra, 2002, 68). Por eso hay que realizar en la Cuba republicana una acción contra el latifundio, que no opera en contra de la industria azucarera ni contra el capital, sea nacional o extranjero. Para Guerra, el azúcar es fuente de progreso, riqueza y bienestar, y el capital, venga de donde venga, es un factor esencial de la producción. Pero su régimen de explotación es lo que destruye la economía nacional, y no solo eso, sino, además, la organización social, la soberanía política y la independencia patria (Guerra, 2002, 69-70). Y lo es porque se desarrolla «territorialmente» u «horizontalmente», girando en un círculo vicioso que lleva inexorablemente a la superproducción y al acopio de grandes extensiones en un número muy pequeño de empresas anónimas, por lo que termina

destruyendo la pequeña y mediana propiedad que encuentra a su paso, sometiendo a un duro feudalismo económico a la que logra quedar en pie transitoriamente y desarraigando del suelo al cultivador, con la consiguiente destrucción de su poder de crear riqueza; a aumentar el monocultivo, causa universalmente reconocida de nuestra debilidad económica y de nuestra creciente dependencia de los mercados extranjeros; a afectar desfavorablemente al comercio, reduciendo el campo de acción de este; a limitar el desarrollo de las comunicaciones y, finalmente, a minar, absorber y monopolizar todas las energías productivas del país (Guerra, 2002, 70-71).

En *Las impuras* de Carrión se ve claramente cómo la mayoría de la gente de la ciudad es ociosa o se aprovecha de algunos flecos que se derivan de la acción, de los latifundios y empresas relacionadas con el azúcar. Y los políticos se dedican a preservar ese estatus, para que los que manejan los hilos de la macroeconomía continúen enriqueciéndose y alimentando a toda una subsociedad parasitaria que tampoco

encuentra aliciente en ninguna dedicación laboral. Este estado de cosas llega hasta la gente joven, ya que esos universitarios descritos por Carrión son conscientes de que su futuro ya está escrito, porque sus padres los van a colocar como una pieza más de ese engranaje que funciona, y que no exige ni tener conocimientos ni ponerlos en práctica.

La solución para este problema estaría, según Ramiro Guerra, en el crecimiento vertical, «a modo de un gigantesco rascacielos», buscando el aumento de producción en el cultivo intensivo y no en el extensivo, combatiendo las enfermedades de la caña, usando el abono en gran escala, proponiendo variedades de caña de mayor rendimiento, estableciendo sistemas de riego, repartiendo tierras en lotes, creando una clase rural, «unida al ingenio por vínculos de interés económico permanentes, brindándole facilidades para realizar, con los grandes medios mecánicos de que el ingenio puede disponer, aquellas labores que requieren una maquinaria agrícola costosa» (Guerra, 2002, 71). Concluye Guerra que no es un nacionalismo estrecho y suspicaz el que le mueve a la crítica del latifundio, sino un ideal de civilización y justicia, que desea, por un lado, asegurar en el interior de la isla los beneficios de una organización económica sana y una distribución equitativa de los productos del trabajo entre todas las clases y, por otro, reducir el estado de dependencia con respecto a potencias exteriores, comunidades consumidoras que logran elevar su nivel de vida gracias al agotamiento y al trabajo esforzado de los nacionales (Guerra, 2002, 72). Es muy importante el uso de varios términos en esta reflexión del cubano: primero dice que se trata de un ideal de «civilización», es decir, no es solo un sistema económico lo que está en juego sino una identidad, un modo de ser y actuar, y finalmente asegura que el progreso de la potencia que ejerce el neocolonijado supone para Cuba no solo el debilitamiento físico, sino también la «decadencia intelectual y social» (Guerra, 2002, 72).

Por esa razón, muchos intelectuales, historiadores y críticos formados al calor de la revolución de 1959 han interpretado la intervención yanqui de principio de siglo XX como un periodo marcadamente negativo, pese al evidente auge eco-

nómico. Las reacciones contra la política de los Estados Unidos y su influjo en la carencia de formación de una identidad nacional comenzaron, sin embargo, en los mismos años de construcción del andamiaje neocolonial, justo en el comienzo de la República y, sobre todo, después de la segunda intervención norteamericana, de 1906. Por ejemplo, Julio César Gandarilla, con su ensayo *Contra el yanqui*; Álvaro Cata con *De guerra en guerra* (1905) y *Cuba intervenida* (1910). Pero raramente utilizan argumentos arielistas: más bien se centran en la retórica de las circunstancias políticas. No es una cuestión de superioridad de culturas o incluso razas, sino de una tendencia natural de los pueblos a manifestar su identidad frente a las imposiciones de los foráneos.

Lo que sí se observa en los textos publicados en la isla a partir de los años 60 es una necesidad de justificar la historia del siglo XX cubano en función del «necesario» triunfo de la revolución castrista y la obligada continuación del sistema. Solo así se llega a una «válida» formulación de la identidad cubana. Uno de los ejemplos más extremos y radicales es el de Enrique Sainz quien, después de etiquetar como obras de «ingenuo realismo naturalista» a toda la producción novelística de Carrión, Loveira, Castellanos y Ramos, porque no son contundentes en sus posiciones antiimperialistas, da la bienvenida a soluciones más críticas en los años posteriores a 1923, con un «notable enriquecimiento de la conciencia política que se produce en los obreros e intelectuales (...), consecuencias de la profundización de las crisis en un régimen basado en una economía dependiente», para concluir en una frase memorable, no tanto por su adecuación a la realidad como por su espíritu exagerado y servil al sistema:

Esa vuelta al legado artístico-ideológico del cubano que funde en sí política, literatura y revolución de un modo único por su carga de futuridad, alcanza su verdadero sentido histórico en *La historia me absolverá* (1953) de Fidel Castro, y en la insurrección armada que se extiende desde el asalto al Cuartel Moncada ese mismo año y culmina con el triunfo de la Revolución el 1.º de enero de 1959, fecha que abre una nueva época en la historia de Cuba (VV.AA., 2003, 7).

En general, este tipo de autores que reinterpretan la historia desde la perspectiva del triunfo del castrismo, dividen las primeras décadas de la literatura y la cultura cubanas en dos periodos: uno hasta principios de los años 20, y otro desde más o menos 1923, surgido a raíz de «la protesta de los 13», el Grupo Minorista, la Liga Anticlerical, el Comité Cubano de la Revolución Nacional y Civil y los tímidos aportes de la vanguardia que cristalizarían años más tarde en la revista *Avance*. El primer periodo generaría un tipo de cultura nacional, pero todavía no popular, como ha matizado López Segrera:

La novelística será nacional en tanto que sea una crítica de los fundamentos de la relación neocolonial, del caudillismo y de la burguesía dependiente; y no llegará a ser nacional-popular, en la medida en que no reflejará la visión de la sociedad de las clases fundamentales (proletariado y campesinado), sino de la intelectualidad proveniente de la pequeña burguesía (López, 1989, 119).

Y, en concreto, refiriéndose a la obra de Carrión, echa en falta una verdadera preocupación por las clases bajas para ser tratado como un escritor cubano que trabaja con los verdaderos problemas representativos de la identidad:

Pese a la profunda cubanía de las novelas de Carrión, estas no rebasan la visión nacionalista de la intelectualidad de las capas medias. Su lenguaje conceptual y distanciado, y su visión del mundo ajena a las maneras de pensar y sentir de las clases más populares del pueblo-nación, hacen imposible que lo calificemos como representante de lo nacional-popular en la novelística cubana (López, 1989, 122).

Sin duda, el mejor ideólogo de esta distinción entre lo nacional y lo nacional-popular ha sido Jorge Ibarra, quien explica que la intelectualidad resultante del proceso de independencia se arrogó la representación ideológica y cultural del pueblo-nación y elaboró una cultura nacional, a partir de una serie de valores correspondientes a la hegemonía que esa intelectualidad había tenido en ese proceso. Así, los valores

de esa clase intelectual se propusieron como nacionales e incluso nacional-populares, pero sin contar con el proletariado ni el campesinado. Legitimaron sus valores de clase, su psicología, su lenguaje y su concepción del mundo y fijaron esos valores como los de la nación entera en las obras de la cultura nacional (Ibarra, 2002, 420-421). Para Ibarra, esas clases no eran las «fundamentales» de la sociedad cubana, mientras que las que sí representaban de una forma legítima al pueblo cubano, las clases bajas, carecían de una concepción clasista sólida para imponerla o para forjarse una intelectualidad propia, por lo que el predominio de las clases medias, desde el punto de vista de su intelectualidad y protagonismo social, fue incuestionable en las dos primeras décadas del siglo xx. Resume Ibarra:

La intelectualidad cubana se planteará, por consiguiente, los problemas nacionales desde su punto de vista, o desde los bolsones dispersos, fraccionados y heterogéneos en que habían quedado divididas las clases que integraban el pueblo, nunca desde las posiciones del pueblo en su conjunto como una colectividad histórica, con conciencia para sí, o desde sus clases sociales fundamentales, pues estas no podían manifestarse como tales (Ibarra, 2002, 421).

Es interesante cómo Ibarra valora la crítica de Ramos y Carrión a la norteamericanización de las costumbres y a las tendencias absorbentes de la penetración neocolonial, pero a la vez les echa en cara que eran renuentes «a integrar los valores nacional-populares en su cultura propia» (Ibarra, 2002, 422). Por otro lado, el crítico cubano señala la creación de un mercado capitalista a partir de las últimas décadas del siglo xix, que pudiera sustituir las relaciones de mecenazgo propias de la colonia, y la relación de esa circunstancia con la adopción del naturalismo para significar literariamente la sociedad de la época. Con respecto a ese problema, los novelistas republicanos nunca pudieron canalizar su obra del mismo modo que lo hicieron los naturalistas franceses, porque en la isla no existía un mercado literario, es decir, una clase media culta, que pudiera garantizarles, con el consumo de sus obras, un modo de vida independiente. Por eso buscaron y, con mucha

frecuencia, fracasaron en su intento, integrarse en el sistema político adquiriendo los mismos cargos y beneficios que criticaban en sus obras, ya que ni las instituciones culturales ni el Estado fueron sus patrocinadores (Ibarra, 2002, 427).

Ciertamente, la creación y consolidación de una burguesía doméstica no pudo seguir el mismo camino que el de otros países, dadas las condiciones impuestas por el ingenio azucarero y porque, al tratar de elevarse, se reconstruyó con una evidente dependencia del capital norteamericano, que hacia 1914 poseía un 39 por 100 de la industria del azúcar (Ibarra, 1998, 156-157), y lo hizo a través de tres procedimientos: por herencia, por conversión de terratenientes ganaderos cubanos en dueños de ingenios y grandes colonos en virtud del alza de los precios del azúcar, y por la conversión del capital burocrático criollo, de dudosa procedencia, en burguesía agraria, principalmente azucarera. De ahí su escaso interés por los problemas de las clases bajas y, en general, por la construcción de una nación basada en sus elementos «fundamentales». Del mismo modo, las clases adineradas, sobre todo las herederas de la tradición española y las relacionadas con el mundo norteamericano, educaban a sus hijos en colegios privados, principalmente de jesuitas o extranjeros, haciéndoles sentir, según José Antonio Ramos, «que su ciudadanía cubana es cosa que vale más simular o no tener mucho en cuenta» (Ibarra, 1998, 158). Al no existir una burguesía propiamente nacional, todas las pequeñas y medianas burguesías procedentes de la ciudad se integraron rápidamente en una corriente burguesa dependiente. Según Ibarra, «la pequeña burguesía no estuvo a la altura del papel que le correspondía en la dirección de las luchas por la reivindicación plena de la soberanía nacional» (Ibarra, 1998, 163).

En realidad, la argumentación de estos críticos filomarxistas, no quiere aceptar que existen posibilidades identitarias diferentes a la conciencia de clase proletaria, y que esta no es ni la única ni la más relevante de las opciones para definir un pueblo. El caso de Cuba es muy complejo porque, además de no haber procedido como otros países en la generación de una burguesía propia, la clase proletaria no tuvo ningún pro-

tagonismo porque apenas existía. Reconoce Ibarra que «la debilidad numérica, organizativa e ideológica del proletariado industrial en los primeros veinte años de república determinó que este no pudiera convertirse en la base social fundamental del pueblo-nación» (Ibarra, 1998, 166). Y no pudo hacerlo porque la clase baja trabajadora constituía nada más el 33 por 100 de la población, y el proletariado industrial, dentro de esa clase trabajadora, era solo del 6 por 100, mientras que la mayoría del país estaba formada por integrantes de la pequeña propiedad comercial e industrial, y por los estratos profesionales, artesanales y de empleados (Ibarra, 1998, 166). Y esa es la razón por la que la clase proletaria no pudo tener ninguna iniciativa. Carecía de fuerza y no pudo expresar su conciencia antiimperialista. Por esa misma razón, lo que los novelistas están poniendo de manifiesto con sus críticas no alcanza al sector del proletariado, sino que se concentra en los males que de un modo más visible y profundo aquejan a las clases que forman el verdadero núcleo de la sociedad republicana, y en ese sentido son muy vehementes en sus críticas y llegan a todos los aspectos y matices que supone la ascensión de una serie de colectivos que en otros países no han adquirido la misma fuerza, porque no tienen recursos naturales que se lo permitan o no obtienen tantos beneficios de los recursos que poseen. Por eso, Cuba es en esos momentos uno de los países más prósperos de esa época, cuyos problemas tienen mucho más que ver con la corrupción y con el equivocado uso de las riquezas que con la necesidad de obtenerlas y repartirlas. El indudable crecimiento económico, el aumento demográfico a un ritmo del 3 por 100 anual hasta 1919, las grandes oportunidades de trabajo para la juventud de la época, hablan de la prosperidad rápida y espectacular de un país que había quedado, pocos años antes, casi destrozado por la guerra. El gran espacio que Cuba, sobre todo la ciudad de La Habana, dedica a las manifestaciones artísticas de todo tipo y al carácter estético de sus construcciones ciudadanas, es prueba, como veremos en el siguiente capítulo, de que nos encontramos ante un periodo de esplendor como muy pocos ha habido en el ámbito de las sociedades latinoamericanas, a

pesar de todas las lacras valientemente denunciadas por los novelistas del momento.

LA HABANA DE CARRIÓN Y LA NUEVA (BUENA) VIDA

Miguel de Carrión apresó como nadie en sus novelas esa nueva vida cubana, sobre todo habanera, consecuencia del crecimiento rápido, de la corrupción, la intervención norteamericana y el gasto sin escrúpulos. La cubana es una sociedad que sabe vivir bien cuando puede, y cuando no, inventa y resuelve. Por eso la década de los diez pasará a la historia como el momento estelar de la buena vida cubana. Lo más destacable de ese tiempo es un viraje de la sociedad hacia otro tipo de burguesía. La aristocracia colonial, muy española, inmovilista, basada en la sangre y en el apellido, dueña de las tierras y los medios de producción, de tradición familiar multiseccular, deja poco a poco todo su espacio a otra clase, procedente de la burguesía que se está haciendo rica en muy poco tiempo con las prebendas y los negocios fáciles. Carrión lo dice claramente en el capítulo V de *Las impuras* cuando, al hilo de unos comentarios sobre el modo de vivir de las mujeres «alegres», asegura:

En La Habana es difícil que una mujer galante pueda vivir de las liberalidades de un solo hombre. Nuestros ricos son tacaños, como si conservaran todavía en esto la tradición de sus venerables antepasados, los tenderos y los almacenistas de tasa-jo, que a duras penas amasaron sus fortunas. La gran riqueza patrimonial no existe ya, y la de los políticos, enriquecidos por el fraude, es demasiado reciente para que pueda pesar en un balance de nuestras costumbres nacionales. Por eso, la mayoría de las mujeres como Carmela, tienen que conformarse con que sus gastos sean pagados por una especie de sociedad en comandita, en la cual los deberes y los derechos de los socios están cuidadosamente reglamentados (245)*.

Ya a finales del XIX tuvo comienzo ese proceso, cuando se destruyen, por parte de las tropas de Antonio Maceo y Máxi-

* Todas las citas de *Las impuras* harán referencia a la presente edición, con el número de página entre paréntesis.

mo Gómez en la última guerra, muchos de los macroingenios que poseen los españoles y que sustentan el antiguo régimen. La nueva burguesía será muy activa, de ideas y acciones rápidas, y entrará velozmente en el juego de los norteamericanos, porque ve en esa alianza el enriquecimiento seguro y constante, y un lugar para la ostentación, el lujo, la codicia y la elevación definitiva, como también asegura Carrión:

Bajo el Gobierno Militar, La Habana, que se había visto repentinamente llena de garitos y mancebías, no pudo resistir a la tentación de embellecerse. Los muebles, los trajes, los edificios, las calles, las costumbres y las mujeres sufrieron entonces una transformación tan radical como lo había sido el cambio político. Una afición desmedida hacia todas formas de la notoriedad, el refinamiento y el brillo se desarrolló con violencia tal, que toda consideración dictada por la prudencia desaparecía ante el esplendor de los nuevos soles. A falta de nobleza, la burocracia y la burguesía, desde los altos donde imperaban, dieron el ejemplo del lujo, y el mal se infiltró en las venas del pueblo, de los pequeños rentistas, de los empleados con seiscientos pesos de sueldo y de los que nada tenían (Carrión, 1975, 50).

Para que esta situación pudiera darse en el país y sobre todo en La Habana, con cierta rapidez, fue muy importante la meteórica penetración norteamericana desde el acuerdo con España en 1898, con el control aplastante de su economía interior y su comercio exterior. Como ha observado Emma Álvarez-Tabío, esa circunstancia generó «una ola desenfrenada de compras, a precios irrisorios, de enormes extensiones de las mejores tierras, de absorción de la industria azucarera mediante la adquisición de centrales o la instalación de fábricas nuevas de mayor capacidad y tecnología más competitiva, de apropiación de los recursos minerales y de control de los servicios públicos esenciales, como el transporte, la electricidad o el teléfono» (Álvarez-Tabío, 2000, 86).

La influencia norteamericana lo invadía todo poco a poco, no solo la economía. Por ejemplo, era notorio que algo estaba cambiando en la condición de la mujer, más libre e independiente en algunos casos, como ha tratado Carrión en sus

novelas, aunque muchas seguían viendo en el matrimonio y el cuidado de la casa la única salida posible a un futuro digno. El noviazgo duraba mucho tiempo, y cierta parte de las viudas y las casadas nadaban en la ociosidad. Enseguida se aficionaron a usar cosméticos, y en ello superaron a las norteamericanas, y solían reunirse para ir a comprar a las buenas tiendas de la calle Obispo, cuando no hacían ellas mismas sus vestidos gracias a la maquinaria de coser importada de los Estados Unidos. Y como los hombres estaban siempre atareados con los temas de la producción, eran las mujeres las que daban vistosidad a la vida social.

La apariencia externa fue en aquella época un atractivo singular y una muestra de prestigio y clase. Como dice Carrión en uno de sus relatos, «El doctor Risco», en aquella gran farsa, la mujer fue verdadera protagonista: «Despojados de toda idea viril, los hombres no figuraban sino como productos; de ahí que ni una sola figura enérgica se destacara entre el rebaño borroso de aquella juventud decrepita. Ellas lo fueron todo y todo lo eclipsaron. La coquetería nos trajo costumbres exóticas destinadas a aumentar el caudal de los deseos y los placeres. Así fue como, fluctuando entre la voluble gracia parisina y la libertad anglosajona, la sociedad ensanchó visiblemente el círculo de su tolerancia y sonrió benévola ante muchas travesuras de reciente invención» (Carrión, 1975, 51). Ciertas mujeres se hicieron famosas por su vida licenciosa o por traspasar los límites de lo socialmente establecido, al estilo de otras mujeres europeas o americanas como María Bashkirtseff, citada por José Asunción Silva en su novela *De sobremesa*, Gertrude Stein o Delmira Agustini. Lo que Carrión va a tratar en sus obras no era pura literatura, sino reflejo de lo que ya estaba pasando en la sociedad cubana. Es conocido, por ejemplo, el caso de Catalina Lasa, casada con Pedro Estévez, hijo del primer vicepresidente de la República. Sorprendida Catalina en un romance con otro hombre, ella y su amante tuvieron que huir clandestinamente a París y conseguir, después de mucho esfuerzo, el divorcio y la nulidad eclesiástica. Al cabo del tiempo, volvió a La Habana y se instaló en el Vedado, en una impresionante mansión de estilo art déco que mandó construir su segundo esposo. Otro caso conocido de mujer emancipada fue

el de Rosalía Abreu, perteneciente a una de las familias de mayor abolengo de Cuba, culta e inteligente, que tenía a su vez conductas extravagantes, como la mayor colección de simios del mundo, o el hecho de ser la primera en sobrevolar La Habana en un monoplano. De ella se cuenta que encerró durante mucho tiempo a uno de sus amantes en su palacete de El Cerro, y que en los primeros años del siglo hizo construir la quinta Las Delicias, proyectada por el arquitecto francés Brun, inspirada en los castillos de la región del Loire. También fue una gran animadora cultural en su quinta de El Cerro, donde inauguró una tertulia literaria que tendría gran trasfondo social.

Otro aspecto de esa conexión con el vecino del norte de la que venimos hablando era que muchos hijos de la burguesía cubana iban a estudiar a las buenas universidades norteamericanas, y con frecuencia los padres iban largas temporadas allí a vivir con ellos (Thomas, 1974, 648). En los años de la Primera Guerra Mundial, el flujo de visitantes entre Cuba y los Estados Unidos se multiplicó enormemente, debido a la interrupción de las comunicaciones con Europa, y muchas mujeres cubanas de la nueva y rica burguesía solían viajar a Nueva York, cada vez que cambiaba la estación, para renovar su ropero y hacer las compras pertinentes (Álvarez-Tabío, 2000, 119).

Ese desparramo para el consumo y el gasto, promovido por la invasión económica de los Estados Unidos, transformó no solo los hábitos ciudadanos y las costumbres familiares y sociales, sino las mismas ciudades, sobre todo La Habana. En *Las honradas*, Carrión pone en boca de los personajes una conversación muy interesante, cuando José Ignacio se burla de los que compran solares a las afueras de La Habana, porque pronto habrá en la ciudad «más casas que habitantes». Por eso, pregunta a Pedro Arturo cómo le ha ido su negocio en Loma Verde, a lo que este contesta:

—¡Psh! Regular. En la vida de los negocios todo es oportunidad. En realidad, La Habana necesita ensanche... Pero hay otra razón: los presupuestos nacionales de gastos son cortos; los de los ingresos, largos, y los millones van acumulándose uno tras otro en el tesoro. Los periódicos hablan de esto, porque no tienen otro asunto de qué tratar... y los papanatas de todas clases creen que cada cual tiene allí su parte... Es

necesario saber aprovechar la fiebre del oro. La crisis puede venir, pero por lo pronto... (Carrión, 1996a, 142).

Y de la economía pasan a la política. Es entonces cuando el marido de la narradora dice la verdad acerca de los negocios en Cuba, y el papel del país vecino no solo en la isla sino en toda nuestra América:

—Hace algunos años que trabajo casi siempre para compañías extranjeras productoras de azúcar —dijo, a modo de introducción—, y allí he aprendido a juzgar muchas de nuestras cosas. En primer lugar, ellos son los dueños de todo: suelo e industria. Nosotros se lo abandonamos de buen grado, con tal que nos dejen la política y los destinos públicos; es decir, el cambio del fraude y la vida con poco trabajo. En cambio ellos, los productores, nos desprecian profundamente. ¡El caso de toda la América Latina! Mientras roemos el hueso, el verdadero explotador, que no es cubano, se come la masa. Y si gruñimos, enseñándoles los dientes, con quejarse a sus diplomáticos tienen bastante. Entonces nos alargan un par de puntapiés, uno a cada lado, y cesa el conflicto. Por eso odio la política, que nos arruina, y sostengo que a la dirección del Estado va lo peor de nuestra sociedad. ¡Una colmena dirigida por los zánganos, y ya está dicho todo! (Carrión, 1996a, 143).

Es cierto que muchos se daban cuenta de la situación, pero son muy pocos los que abiertamente se pronunciaban en contra de la intervención norteamericana porque, a pesar de esas notorias desventajas, el nivel económico de la isla crecía día por día. Por eso, la nueva clase pudiente, la burguesía en alza, imitaba patrones norteamericanos, pues no tenía demasiados puntos de apoyo en culturas autóctonas, ya que su nivel de educación y formación era muy inferior al de la antigua aristocracia de corte y raigambre españoles. El novelista Carlos Loveira, contemporáneo de Carrión, da cuenta de la existencia de unos modos de vida que ya no pertenecen al territorio del exotismo, sino que son observados como parte de la misma cultura que habita yazona la isla, con la naturalidad con la que cualquier cubano interactúa socialmente. Así describe uno de los personajes a su colega de viaje:

En un asiento fronterero al mío viaja un norteamericano, grande y colorado, que viste de *khaki*, se toca con gris tejano y calza botas-polainas de cuero amarillo. Lee un nutrido y voluminoso *magazine* de pueriles aventuras y sosas novelitas. Y entre otras cosas que el gigante no sería osado de hacer en un *pullman* de su país —como lo del *khaki* y las polainas—, chupa un “Corona de la Corona” y ocupa todo el asiento de enfrente con los pies en lo alto y con una serie de rollos de mapas y planos, rotulados *The Cuban Land Co.*, *The Tropical Land Co.*, *The West Indies Land Co.*, *The Pan-American Land Co.* (Loveira, 1984, 341).

Ciertamente, las revistas, periódicos y magacines norteamericanos eran conocidos, leídos y guardados en Cuba. Allí se hablaba de la alta sociedad neoyorquina, de sus fiestas, los modelos de ropa, las grandes familias, y en La Habana se trataba de imitar exactamente los mismos patrones sociales. Hasta se puso de moda una Quinta Avenida habanera en el barrio que continuaba hacia el oeste desde el río Almendares, con bulevar y mansiones impresionantes, que de algún modo fuera remedo de la lujosa homónima neoyorquina, y por la que tenían que desfilan todos aquellos que quisieran ser considerados como clases altas. Las revistas más apreciadas eran *Life*, *Cosmopolitan*, *Vanity Fair*, *Collier's*, etc., y las cubanas trataban de imitar los modos de dar información social de las estadounidenses. En la época en que Carrión escribe sus novelas nacieron *Gráfico* (1913-1918), *Social* (1916-1922, primera etapa), *Pulgarcito* (1919-1921) o *Carteles* (1919-1960). En la mayoría de ellas se hablaba de la gente famosa, de sus lujos y peripecias, de las fiestas que organizaban, las competiciones deportivas, los banquetes, y había una gran cantidad de anuncios que, por un lado, incitaban el gusto e imponían las modas y, por otro, servían de cobertura económica a las publicaciones. Casi siempre, los productos que se anunciaban tenían incierto rango de lujo: cosméticos y colonias, ropa cara y de marcas conocidas, joyas, tabaco, bebidas alcohólicas, muchas de ellas de importación, etc.

Fue muy común que todo lo que giraba alrededor de ese mundo se llenara de anglicismos o nombres propios directamente tomados del inglés, como el vocabulario de las fiestas

(*party, tea parties, dinners, cocktails, bridge parties*), el de los deportes caros y de élite (*golf, polo, yachting, swimming, tennis*), el de los deportes más populares (*football, boxing, base ball*), el de los lugares de diversión (*music hall, ballroom, bar, hall, closet, pantry, billiard room*) o incluso el de los nombres propios de esos locales exclusivos para realizar todo tipo de actividades de recreo y deporte (Country Club, Vedado Tennis Club, Miramar Yatch Club, Havana Yatch Club). La norteamericización llegaba a todo y, aunque muchos de los términos, lugares y actividades servían para diferenciar a las nuevas clases altas del pueblo llano, lo cierto es que el espíritu del vecino del norte llegó hasta los rincones más populares. Emma Álvarez indica el grado de penetración en las novelas coetáneas de ese estado de cosas:

Aparatos sanitarios y eléctricos, teléfonos, alumbrado doméstico y urbano, tranvías y automóviles, desfilan con naturalidad por las páginas de estas novelas, testimoniando la asimilación de la revolución técnica que llega a través de los Estados Unidos. Pero no se limita a estas referencias la presencia ubicua de los Estados Unidos, sino que también se manifiesta en la inevitable aparición de algún personaje norteamericano (...), en la profusa utilización de términos en inglés, que se incorporan rápidamente al vocabulario cotidiano —como *yankee, all right, meeting, high ball, flirt, training, bluff*—, en la enumeración de los nuevos productos que se ofertan en los *grocery*, compitiendo con el mercado tradicional español o, incluso, con las exclusivas *boutiques* francesas. Todo esto se complementa con la adopción de las modas norteamericanas —resulta apabullante la general implantación de la *americana*— (...) o la aparición de nuevos locales urbanos, que se extienden por la ciudad imponiendo también nuevos rituales e itinerarios (Álvarez-Tabío, 2000, 122).

No es extraño, entonces, que muchos cubanos, en la actualidad, añoren una Habana que no han conocido más que por referencias, imaginando, en las destruidas ruinas del siglo XXI, lo que serían esos barrios señoriales a principio del siglo anterior, las gentes que los habitaban y los paseaban, ataviados con la última moda llegada de París o Nueva

York, entrando en los clubs deportivos y de ocio, con los coches de lujo aparcados en la Quinta Avenida.

Asimismo, la vida cultural de la capital era intensísima. Además de las instituciones oficiales, como la Academia Nacional de las Artes y de las Letras, y la Academia de la Historia, funcionaba, con una incesante autoridad y un prestigio considerable, el Ateneo de La Habana, creado en 1902, que organizaba todo tipo de conferencias, presentaciones, exposiciones, reuniones literarias, etc. También cabe destacar la labor de la Sociedad de Fomento del Teatro, de la Sociedad de Estudios Literarios, creada en 1912, del Ateneo de Santiago de Cuba (1914), de la Sociedad del Folklore Cubano y del Club Cubano de Bellas Artes, ambos creados un poco más tarde, en 1923. De todas formas, la institución que más se destacó por el fomento de la cultura fue, de 1910 a 1915, la Sociedad de Conferencias, creada por el narrador Jesús Castellanos y el crítico dominicano Max Henríquez Ureña, que vivió por aquellos años en la isla y participó de su ambiente cultural. Su actividad no tuvo una orientación oficialista: eran intelectuales muy independientes que no estaban sufragados por las ayudas comprometedoras del gobierno. Siempre desearon la difusión de la cultura en un amplio sentido (literatura, historia, música, etc.). No poseían un lugar propio para realizar sus actividades, sino que iban variando de sede, utilizando de vez en cuando la del Ateneo. En aquellas memorables actividades participaron los mejores escritores e intelectuales del momento, como Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Miguel de Carrión, José María Chacón y Calvo (que sustituyó a Henríquez Ureña en la dirección cuando se trasladó a Santiago de Cuba), Alfonso Hernández-Catá, Emilio Roig de Leuchsenring, etc. Gracias a esta magnífica iniciativa, en otras ciudades del país como Santiago de Cuba, Matanzas o Santa Clara, comenzaron instituciones del mismo estilo, idea que fue teniendo eco en otras ciudades menores de la isla, pero con igual cometido: poner al servicio de la sociedad el caudal intelectual y cultural del mundo cubano.

Tuvieron un auge especial en esos años las diversas tertulias literarias, auténticas reuniones sociales donde se intentaba dar una imagen distinta de La Habana de la que los dife-

rentes clubs sociales ofrecían al propio país y a los visitantes de la capital cubana. En 1900 comenzaron las del café El Casino y la del Parque Central, con Jesús Castellanos y Henríquez Ureña, entre otros. En 1908 nació la del Areópago Bohemio de Matanzas, adonde asistían, hasta 1915, Bonifacio Byrne, Agustín Acosta, Medardo Vitier y otros. En Santiago de Cuba se reunían, de 1911 a 1913, José Manuel Poveda, Enrique Gay Galbó, Rafael Argilagos, etc., en la tertulia denominada Palo Hueco. A partir de 1920 fue muy visitada la tertulia alrededor de la figura de Rubén Martínez Villena en el Teatro Martí, que se trasladó en 1923 al hotel Lafayette, donde nació el Grupo Minorista, del que hablaremos más adelante.

En otro orden de cosas, tenía La Habana entonces cinco teatros, en los que cada año, cantantes o actores famosos estrenaban sus obras. El prestigio de La Habana era tal, que muchos artistas extranjeros de fama mundial preferían estrenar sus obras en Cuba antes que en París, Madrid, Nueva York o Londres. Por supuesto, no había ciudad en toda América Latina que se asemejara a La Habana en ese sentido. Solo la perla del Caribe competía con los mejores teatros del mundo. Sarah Bernhardt, Réjane, Patti, Tetrazzini eran asiduos a esa cita anual (Thomas, 1974, 649). La famosa bailarina rusa Ana Pavlova debutó en el teatro Payret en 1915, y regresó los años siguientes. El cantante italiano Titta Ruffo, también en 1915, estrenó el nuevo edificio del Teatro Nacional, y el pianista polaco Ignacio Paderewsky hizo gala de su virtuosismo en el Teatro Nacional en 1917, en fechas similares a las de la actuación de la venezolana Teresa Carreño, quien volvía por segunda vez a La Habana, etc. Desde 1918, fue muy importante la labor de María Teresa Montes de Giberga, una dama de la altísima burguesía cubana, que fundó la institución Pro-Arte Musical e hizo desfilar por allí a figuras como los pianistas Arturo Rubinstein (1919 y 1921) o Sergio Rachmaninoff (1922) y al violoncelista Pau Casals (1922) (VV.AA., 2003, 14-15). Pero, sin duda, uno de los que más actuaba en Cuba y de los que más seguidores tenía entre el público de la alta burguesía capitalina era el tenor catalán Hipólito Lázaro, casado con una cubana.

Pero la nota más conocida de esta historia es la estancia en La Habana de Enrico Caruso, el tenor más famoso de toda la historia de la ópera, en mayo de 1920. Fue contratado para ofrecer ocho sesiones, por las que cobraría 80.000 dólares, 10.000 por sesión, una cifra abultadísima y sin precedentes en el mundo de la música de cámara. Las entradas costaban veinticinco pesos, algo que solo estaba al alcance de algunos privilegiados. Era el esplendor de la danza de los millones. Así las cosas, en la última función hubo un percance que presagiaba ya el cambio de rumbo que iba a experimentar la economía cubana en los meses siguientes. Una bomba de amplio alcance explotó en el Teatro Nacional, cerca de la boca del escenario, mientras el tenor cantaba, con el consiguiente caos vertiginoso, que obligó a artistas y espectadores a salir, despavoridos, en tromba. Cuentan que Caruso recorrió las calles de la ciudad a gran velocidad, vestido de Radamés y con cara de pánico. Pero las versiones son múltiples. Algunos piensan que enseguida abordó un coche que lo llevó al hotel Sevilla, donde se hospedaba. Otros aseguran que llegó andando hasta el vecino hotel Inglaterra (Álvarez-Tabío, 2000, 128-129). Carpentier defiende la versión más pintoresca: se dice que Caruso salió corriendo hasta el Parque Central, y allí los paseantes, ajenos al atentado que acababa de ocurrir en otra parte de la ciudad, se burlaron de un hombre con una indumentaria tan extraña, hasta que un policía llamado Veneno se lo llevó, arrestándolo por cometer escándalo público, por ir vestido de mujer en época que no era de carnavales (Carpentier, 1996, 138-140).

Por cierto, los Carnavales eran unas fiestas que se celebraron por todo lo alto en la época de principio de siglo. Durante esos días, había bailes públicos de máscaras en el Hotel Nacional, en centros como el Asturiano o el Casino Español. También eran corrientes en las casas particulares, y el ambiente en las calles era fundamentalmente lúdico. Los niños tenían, asimismo, bailes adecuados a su edad, y las prostitutas deambulaban por doquier. Sin embargo, para las clases altas y adineradas, esas fiestas eran de segunda categoría, quizá demasiado populares. De ese modo, cada vez iba existiendo un trecho más largo entre ambos segmentos de la sociedad.

Quizá esa es la razón por la que se colocó aquella bomba en plena representación de Caruso. El elevadísimo precio de las entradas permitía entrar solo a unos privilegiados, mientras que el gran grueso de la sociedad habanera permanecía ajena a esos placeres, por falta de recursos económicos.

La ciudad «lujuriosa» era un gueto inalcanzable, mientras que otra parte de la población sobrevivía como podía en los barrios marginales como Jesús María, Cayo Hueso u otros parecidos. Por eso proliferaron también las respuestas de intelectuales, universitarios y políticos contra las alarmantes desigualdades que cada vez eran más notorias y sangrantes a partir de los años 20. Los problemas mayores ocurrieron ya en la época de Zayas, desde 1922, cuando muchos universitarios se manifestaron violentamente contra el sistema universitario corrupto, que era símbolo de una sociedad podrida donde algunos acaparaban ilegalmente todo el poder, y la externa apariencia de riqueza general era solamente un espejismo en el que unos cuantos, instalados en el sistema, se encargaban de mantener la fachada mientras una masa de indigentes y desprotegidos clamaba contra su adversa suerte.

El rector de la Universidad de La Habana, Carlos de la Torre, apoyó la propuesta estudiantil, junto con algunos profesores progresistas, y en enero de 1923 se elevaron varias peticiones, por parte de la Federación de Estudiantes Universitarios, para corregir el rumbo de la institución. Hubo un mitin famoso en el que Enrique José Varona, ya anciano, apoyó la causa estudiantil, y el secretario de la Federación, Julio Antonio Mella, obtuvo un protagonismo singular. También entró en combate Fernando Ortiz, catedrático de Antropología, y se pidió una reforma de la ley universitaria. Poco más tarde, Julio A. Mella fundaría el Partido Comunista de Cuba. El año de 1923 fue también famoso por la Protesta de los Trece contra el corrompido sistema político. Tal protesta fue provocada por la compra fraudulenta y escandalosa del convento de Santa Clara, en la Habana Vieja, por parte del gobierno, para establecer allí nuevas edificaciones. Un grupo de jóvenes universitarios, escritores, artistas e intelectuales se personó en una conferencia del ministro de Justi-

cia, el 18 de marzo de 1923. Uno de ellos, el poeta Rubén Martínez Villena, tomó la palabra antes del acto y pronunció un discurso increpando al gobierno en pleno, ante la mirada atónita del ministro y los oyentes. Acto seguido, los miembros de ese grupo se dirigieron a la redacción del *Heraldo de Cuba* y entregaron un documento, la base de la Protesta de los Trece, que causó un enorme revuelo en la sociedad cubana. En esa lista de inconformistas estaban, entre otros, el citado Villena, y otros grandes artistas como José Zacarías Tallet, Juan Marinello, Juan Manuel Acosta, Jorge Mañach, Félix Lizaso, etc. En concreto, este último escribió años más tarde:

Lo que se llamó «protesta de los trece» polarizó una necesidad que no había sido hasta entonces articulada y mantenida de modo sistemático. El manifiesto lanzado en esos momentos contenía muchos principios salvadores para el rescate de nuestra nacionalidad. Recordemos ahora que el grupo expresó categóricamente que había laborado y laboraba «por una revisión de los valores falsos y gastados», y «por el arte vernáculo y, en general, por el arte nuevo en sus diversas manifestaciones». Nunca había existido en Cuba un empeño de renovación tan decidido, tan de acuerdo con la tónica universal del instante. Queríamos que entre nosotros la vida y la cultura vivieran al ritmo del mundo, y había muchas cosas que estorbaban: se iba contra ellas (Lizaso, 1949, 127).

En muy poco tiempo, la mayoría de esos jóvenes y otros cuantos intelectuales y artistas fundaron el Grupo Minorista, y de ellos saldría el conjunto de poetas y escritores que fundarían la revista *Avance*, que a finales de los veinte canalizaría las preocupaciones de la vanguardia tardía cubana y de la internacionalidad latinoamericana. Políticamente, los minoristas fueron muy críticos con el gobierno desde su constitución, y en agosto del 23 otro movimiento de protesta contribuyó a seguir sembrando malestar social: la Asociación de Veteranos y Patriotas. Zayas se vio arrinconado con tanta oposición y decidió acercarse a los liberales, y sobre todo al general Gerardo Machado, quien ya había llamado por su cuenta a los norteamericanos para que, por enésima vez hi-

cieran valer la autoridad recibida de la Enmienda Platt y actuaran contra los veteranos díscolos. Una sección de los veteranos se alzó en Santa Clara y Rubén Martínez Villena fue encarcelado en La Habana por tráfico de armas. La crisis, los movimientos obreros y las sublevaciones serían al final los que terminarían con la época de esplendor. En las elecciones de 1925, Gerardo Machado no tuvo mucha dificultad para hacerse con el poder. Tampoco la tendría, más adelante, para comenzar la primera de las tres dictaduras que han asolado la isla el resto del siglo.

CARRIÓN Y LA LITERATURA DE SU TIEMPO

El comienzo del siglo xx es, si se quiere ser positivo, una etapa de relanzamiento de la literatura cubana. Recién comenzada la República, Cuba no tuvo la necesidad imperiosa y absoluta de separarse culturalmente de la metrópoli, por que en el camino de búsqueda de la identidad había un escollo que le resultaba más molesto: la injerencia cultural que, junto con la política, ejercía el país del norte. Además, nunca en la isla se desarrollaron unos sentimientos tan antiespañoles como los de México o Argentina en las primeras décadas del siglo xix. En Cuba, la conexión cultural e identitaria con la Península ha sido siempre armónica y nunca se ha llegado a un serio conflicto que no sea político. Pero el principal punto de cuestionamiento de la literatura cubana del principio del siglo xx no tuvo nada que ver con la ausencia o presencia de una determinada identidad o su búsqueda, sino más bien con la muerte temprana de los dos escritores más relevantes del modernismo, Julián del Casal en 1893 y José Martí en 1895. Martí murió al comenzar la guerra, con cuarenta y dos años, y Casal, a los treinta años. Ninguno vio el comienzo del siglo ni la independencia de su país, y aquellos escritores relevantes, que sí la vieron, anduvieron en muchos casos, como Enrique José Varona, enzarzados muchas veces en disputas políticas que ensombrecieron su labor literaria. Además, también en fechas parecidas a las de los próceres mueren Juana Borrero y Carlos Pío Urbach, y quedan

como promotores de la lírica cubana unos cuantos poetas menores, como Bonifacio Byrne y Federico Urbach, o bien los más jóvenes Javier Pichardo o René López. Es sintomático que la más famosa antología de la época, *Arpas cubanas*, de 1904, fuera nada más un testimonio de una gran «penuria poética» (Boti, 1985, 132). Y no hay una lenta recuperación del panorama poético isleño hasta bien entrada la siguiente década, con los *Arabescos mentales* (1913), de Boti, *Ala* (1915), de Agustín Acosta, o *Versos precursores* (1917), de Poveda.

Todo esto significa que el modernismo en poesía y en prosa, que en Cuba quedó algo deslavazado por la desaparición de sus dos máximos exponentes, tuvo, sin embargo, un largo recorrido en los epígonos de las primeras décadas del siglo xx, y el costumbrismo y el naturalismo en la narrativa, que en muchos países latinoamericanos y europeos comenzó a decaer en los primeros años del mismo siglo, en Cuba, es precisamente en esa época cuando alcanzan su esplendor. Por eso, las manifestaciones vanguardistas, en la literatura en particular, y en el arte en general, llegaron casi a finales de los años 20, cuando en Europa se observaba ya un cansancio de ciertas actitudes contestatarias y obsesionadas con la novedad y la originalidad extremas. En ese sentido, la obra de Carrión se instala perfectamente en un momento que en la isla vive todavía de la literatura decimonónica, y sus obras, por lo tanto, van a participar de la visión costumbrista y naturalista propia de ese momento en ese lugar concreto. Para tener un contraste obvio, recuérdese que esas obras de Carrión son escritas y publicadas más o menos cuando en Europa están apareciendo el *Ulises* de Joyce, *En busca del tiempo perdido* o las narraciones más afamadas y extrañas de Franz Kafka. Por el contrario, en Cuba puede rastrearse nada más la pauta propuesta por la literatura realista de influencia española o francesa, sobrepasada en muy pocos casos, como el del relato alegórico de Esteban Borrero Echeverría, de 1905, titulado «El ciervo encantado», sobre la intervención norteamericana en la isla. Lo corriente fue la línea realista, protagonizada sobre todo, además de Carrión, por Carlos Loveira, Jesús Castellanos, José Antonio Ramos o, en menor medida, Alfonso Hernández-Catá.

La impronta naturalista

Fue Zola quien habló por primera vez de naturalismo, en 1866, y en años sucesivos fue perfilando la definición de su poética, hasta llegar a afirmar que el naturalismo constituye una vuelta a la naturaleza. Del mismo modo que en las ciencias los sabios parten de los fenómenos, de las experiencias y efectúan un análisis de lo real, el hombre de letras ha de hacer lo mismo: regresar a la naturaleza y al hombre, observando la anatomía exacta, la aceptación y descripción real de lo que existe (Zola, 1972, 113). Ello significa, por ejemplo, el menosprecio de la imaginación y de la intriga dentro de la fábula, la aceptación de la naturaleza sin modificarla, la utilización de un método científico y la afirmación de ciertas ideas en boga en aquella época, como las leyes de la herencia y el determinismo geográfico o sociológico, y requiere documentación exhaustiva y selección de los materiales en orden a esa presentación de lo real. Por eso, el discurso extradiegético (la tercera persona verbal) es el más común en la narración naturalista.

En América Latina, el naturalismo tuvo un fuerte desarrollo en algunas zonas, ocupando con claridad el lugar del discurso simplemente realista. Se puede hablar de una cierta intermitencia geográfica (Prendes, 2003, 57). Sin duda, el país donde antes, más y mejor prendió la llama naturalista fue Argentina. Las causas pudieron ser la falta de una tradición literaria nacional, la gran influencia francesa desde el romanticismo y la joven generación del 37, los continuos viajes a Europa de los intelectuales argentinos y la coincidencia temporal entre el desarrollo de esa literatura y los grandes cambios sociales en Argentina, sobre todo en la ciudad de Buenos Aires (Cymerman, 1993, 132). La narrativa de Eugenio Cambaceres se produce en los años 80 del siglo xix, los de mayor influencia de la estética de Zola, con *Pot-Pourri*, *Sin rumbo*, *En la sangre*, etc., y serán el paradigma argentino más relevante de ese influjo, en el que también destacan autores como Antonio Argerich (*¿Inocentes o culpables?*, de 1884),

Martín García Merou (*Ley Social*, de 1885), Martel, Sicardi, Podestá, etc. En Chile, cabe destacar a Vicente Grez, con *El ideal de una esposa* (1887), y ya en el principio del siglo siguiente a Augusto d'Halmar, con *Juana Lucero*, de 1902, a Baldomero Lillo con *Sub-terra*, de 1904 y sobre todo a Luis Orrego con *Casa grande*, de 1908. En Uruguay es pertinente citar a Carlos Reyles, Javier de Viana y Mateo Magariños, aunque allí el naturalismo se vio algo eclipsado por la enorme importancia de los escritores modernistas coetáneos, como José Enrique Rodó, Julio Herrera y Reissig y Delmira Agustini, sin olvidar al primer Horacio Quiroga del comienzo del siglo xx. En México, donde la novela forma ya un corpus magnífico en las décadas finales del siglo xix, hay que destacar una enorme variedad de estilos y autores, incluyendo la moda naturalista. Antecedentes de ella fueron novelistas como Pedro Castera o Hilarión Pérez, en los años 80, y en los años siguientes, incluyendo los primeros del siglo xx, son reseñables Rafael Delgado, Heriberto Frías, Ángel del Campo, Federico Gamboa, Salvador Quevedo, Amado Nervo y Mariano Azuela en sus primeras novelas. En Perú, la autora fundamental es Clorinda Matto de Turner quien, desde 1889 hasta 1895, publica tres novelas que van a contener gradualmente un mayor número de elementos naturalistas: *Aves sin nido*, de éxito fulminante, *Índole* y *Herencia*. A ello hay que añadir un interesante ensayo de otra mujer, Mercedes Cabello, titulado *La novela moderna*, en el que defiende para la narrativa de esos años un modelo muy cercano al del naturalismo zoliano, y distingue claramente entre realismo y naturalismo.

Hemos visto, pues, que el naturalismo tiene sus primeras expresiones literarias en América Latina en los años 80 del siglo xix, pero se sigue desarrollando sobre todo en la primera década del siglo xx, cuando en Europa su fuerza ha decaído considerablemente. En Cuba, el naturalismo fue una vía, después de la creación de la República, para ofrecer un punto de vista crítico con la realidad del momento, con las incoherencias del sistema, con las diferencias de clase, con la corrupción política y la frivolidad de ciertos planteamientos sociales y, sobre todo, por la despreocupación de las clases dominantes por el futuro del país, ya que el presente se ma-

nifestaba halagüeño y dadivoso, con los precios del azúcar, la circunstancia de la guerra europea que afectaba positivamente a la economía americana, y el crecimiento vertiginoso de una economía que, sin embargo, tenía los pies de barro.

Por otro lado, la narrativa cubana, desde los últimos años del siglo xix había tenido un marcado sesgo realista, con figuras como Martín Morúa Delgado y sus novelas *Sofía* (1891) y *La familia Unzuazu* (1901), o Manuel María Miranda, con *Memorias de Ricardo* (1893). Por eso, el tono crítico de los narradores de las primeras décadas del siglo xx continúa la tradición realista y, en general, añade rasgos naturalistas que figuran en torno a posturas críticas, con un cierta orientación pesimista, que choca frontalmente con el optimismo oficial de la clase política y la nueva aristocracia. Se puede hablar también de una actitud marcadamente testimonial o, si se quiere, una «novelística de intención» (VV.AA., 2003, 128), que corre paralela al discurso ensayístico (Friol, 1989, 466), convirtiéndose en ocasiones en una narrativa de tesis, al ofrecer una información determinada, relativa a una serie de experiencias alrededor de las cuales se obtiene una noción clara del estado de la sociedad que se describe. Asimismo, la narrativa de esa época ofreció una visión algo maniquea de la realidad nacional, y «presentó conflictos en los que los conceptos del bien y del mal, la justicia y la injusticia, se enfrentaban a través de personajes que encarnaban inflexiblemente esas nociones, por lo que se convirtieron a veces en verdaderas abstracciones, carentes de vitalidad y de fuerza humana» (VV.AA., 2003, 128).

En ese contexto, las novelas de Carrión, Ramos y Loveira estudiaron sobre todo las clases medias urbanas, muy ligadas a la ciudad de La Habana, Jesús Castellanos se centró más en la esfera de la intelectualidad, mientras que otro autor como Emilio Bobadilla convirtió la imagen de Cuba o de América Latina en una especie de esperpento. Además de las clases sociales, otros asuntos fueron parcialmente tratados, como el del suicidio, en *Mersé*, de Félix Soloni; el racismo, en *La mulata Soledad*, de Adrián del Valle; o las drogas, en *La raza triste*, de Jesús Masdeu. Ahora bien, no solo el naturalismo fue la tónica dominante en la novela de esos años: también

pervivió un cierto costumbrismo decimonónico, y un sociologismo o un psicologismo más propio de otras corrientes, así como una cierta actitud modernista, de renovación estilística, sobre todo en la obra de Hernández-Catá o de Jesús Castellanos. Una derivación naturalista fue la novela científica, cultivada en Cuba por Juan Manuel Planas en su obra *La corriente del golfo* (1920), con clara influencia directa de Zola. El resultado de este cuadro, de tendencia fundamentalmente realista, fue la presencia de una narrativa en la que hubo escasas y contadas dosis de fantasía, muy apegada a la realidad nacional, sobre todo urbana, que no profundizó en las relaciones del hombre con la naturaleza en busca de la identidad, y que dio poca entrada a la imaginación, proponiendo un estudio de la sociedad con fines críticos y descriptivos.

La personalidad literaria de Miguel de Carrión

Nacido en 1875 en La Habana, el 9 de abril, se graduó de bachiller en 1890. Ingresó en la Escuela de Derecho, pero la abandonó al estallar la guerra de independencia en 1895, porque se encontraba sumido en actividades netamente revolucionarias. Por ello tuvo que exiliarse a los Estados Unidos durante el conflicto bélico, pero volvió cinco años después de la terminación de la guerra, cuando ya se había instaurado la República unos meses antes. Precisamente en el año de 1903, casi recién llegado, ganó por oposición una plaza de maestro de enseñanza primaria, pero estuvo sólo un año trabajando en su puesto. También 1903 es el momento en que vieron la luz las primeras publicaciones literarias de Carrión: en concreto su primera novela, *El milagro*, y sus cuentos «La última voluntad», «El doctor Risco», «En familia», «De la guerra» e «Inocencia». Además, ese año fundó la revista *Cuba Pedagógica*, cuya labor didáctica fue continuada el año siguiente por otra revista, *La Edad de Oro*, de resonancias martianas, dirigida igualmente a los niños. Al año siguiente contrajo matrimonio con Lucía Rivero en la misma iglesia donde había sido bautizado, la de Monserrate. En 1905 ingresó en la Asociación de Biología,

y tres años más tarde se licenció en Medicina y comenzó a figurar como miembro de la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana. En 1906 publicó el texto escolar *Estudios de la naturaleza*.

En 1910 obtuvo la Ayudantía Facultativa del Departamento de Rayos X, que pertenecía a la Escuela de Medicina, y allí trabajó durante tres años, a partir de los cuales se integró en la Asociación Cubana de Beneficencia. En 1912 publicó, dentro de su actividad como médico, el libro *Los cálculos renales y su naturaleza*. Dos años más tarde nació su única hija, María Antonia. En 1917 fue nombrado, por oposición, catedrático de Educación Física, Juegos y Deportes, y también catedrático de Anatomía, Fisiología e Higiene de la Escuela Normal. Fue precisamente en esa época en la que escribió y publicó sus obras más importantes: *Las honradas* (1917) y *Las impuras* (1919). Por esos años también escribió el resto de su obra literaria, parte de la cual no se publicará hasta después de su muerte, quedando inconclusa su novela *El principio de autoridad*, de la que habían aparecido algunos capítulos en la revista *Azul y Rojo*, y *La esfinge*, escrita en 1919 y publicada en 1961. En 1919 fue nombrado subdirector del periódico *La Lucha*. A principio de los años 20 consiguió algunos puestos de importancia. En 1921 y 1922 trabajó en el Secretariado de Instrucción Pública y Bellas Artes. Se afilió al Partido Popular Cubano y fue candidato representante por la Provincia de Oriente, en 1922, e ingresó en la masonería. Volvió a ejercer su cátedra al año siguiente, y fue nombrado Secretario de la Escuela. En 1924 publicó el relato corto «Noche Buena», y en 1925 fue nombrado redactor del *Heraldo de Cuba*. Al año siguiente pasó a ser director de la Escuela Normal, y también obtuvo el nombramiento como miembro de la Academia de Artes y Letras. Murió en 1929, dejando en preparación varias obras, como *Julián Curiel*, *El amor legal*, *Brother* y *Amor y muerte*, cuyos fragmentos no se conservan. Como periodista, también ostentó algunos cargos, como director de *Azul y Rojo*, subdirector de *La Lucha* o redactor del *Heraldo de Cuba*.

Carrión pone en sus obras la mirada sobre el tipo de moral burguesa de las primeras décadas del siglo xx, y proyecta sus estudios en torno a la mujer, y en general, al sexo y sus con-

secuencias en las relaciones humanas, desde un punto de vista que se acerca a las nociones en boga en aquel momento. Recuérdese que en 1900 se publica, con enorme éxito en todo el ámbito occidental, la obra más conocida de Freud, *La interpretación de los sueños*, aunque también hay una cierta atracción en el cubano por el positivismo de Comte y, por supuesto, la novela *Naná* de Zola, con sus ambientes sórdidos y de bajos fondos de la vida citadina. Su visión general de la sociedad, que aparece igualmente en su producción periodística, es pesimista, escéptica y amarga, con una ironía fina que alienta sus obras y un desparpajo sin tapujos al proponer las acciones más vergonzantes y los pensamientos más deshonorosos. En general, Carrión combina el estudio general de la sociedad, de corte naturalista, con el modo en que aquella influye en la psicología individual, y todo esto desde la óptica de las relaciones humanas en la perspectiva del sexo, el machismo de la sociedad habanera y las luchas de las mujeres por obtener un lugar adecuado en el tejido social.

Pero no todas las obras abordan estos temas de la misma manera. Su primera novela publicada, *El milagro* (1903), fue concebida al principio como un largo poema, por lo que el tono es bastante lírico y menos descarnado que el resto de su producción literaria. Esta primera obra fue ideada y escrita en los años en que vivió en los Estados Unidos, entre el final de la guerra y el comienzo de la República, y aparece por primera vez algo que será común en el resto de su narrativa: la crítica a la institución clerical. De hecho, el protagonista, Juan, ingresa en un seminario con la idea de ordenarse sacerdote, pero allí experimenta unas dudas y entabla una dura lucha entre la culminación de esa vocación religiosa y el amor humano. Finalmente, se deja llevar por la fuerza de una relación con una mujer. Carrión plantea entonces que es muy fácil sucumbir ante la llamada de la carne y las pasiones humanas. Aunque hay abundantes trazos de novela psicológica, no resulta convincente su modo de sugerir el camino interior que sigue la personalidad de los personajes protagonistas. Esta obra, sin ser madura, es significativa, sin embargo, porque prefigura lo que luego se desarrollará magistral-

mente en *Las honradas*, es decir, una radiografía psicológica de un carácter perfectamente creado.

En *El principio de autoridad*, novela no terminada pero parcialmente publicada en *Azul y Rojo*, en los primeros años del siglo XX, el tema fundamental continúa la línea de la primera narración: la crítica a la religión, a través de la falta de coherencia de su protagonista, que no practica lo que cree y predica. Pero esa obra no pasó de ser un intento de novela que nunca llegó a su culminación. Después de esa interesante actividad literaria de los primeros años tras su vuelta de los Estados Unidos, Carrión se centró en actividades profesionales de diverso tipo y cultivó en mayor medida el periodismo, por lo que su siguiente novela no se publicó hasta 1917, catorce años más tarde. En *Las honradas* asistimos a la culminación de su trayectoria literaria, ya que se trata de una obra de absoluta madurez, con un acabado perfecto y una fuerza fuera de lo común. Significa la consagración de Carrión como escritor. En esta novela, a pesar de que hay cierta influencia del naturalismo, lo más notable es el estudio psicológico del alma femenina. Se abandona la tercera persona, propia de los fundamentos del realismo literario y se elige la primera. Carrión cuenta la maduración existencial de una mujer que, desde su intimidad más inconfesable, narra desesperadamente su educación sentimental y las posibilidades que la sociedad hipócrita le permite escoger, que son bien pocas, para realizarse como mujer. Escrita entre noviembre de 1916 y marzo de 1917, supone un conocimiento profundo de la psicología femenina, de los efectos interiores que produce la evolución física de la mujer y las transformaciones de su cuerpo, y el mundo íntimo de los deseos, reacciones, miedos y retos de un personaje femenino. Lo que más llama la atención es que un hombre haya sido capaz de poner en boca de una mujer un mundo tan marcadamente femenino, y haya delineado una psicología tan concreta, sin intervención de mujer alguna. Para ello no solo hay que tener en cuenta los conocimientos que el autor tiene del mundo interior de las mujeres a través de sus experiencias con pacientes, sino que hace falta una sensibilidad muy especial para captar esos caracteres tan pronunciados. Victoria, la protagonista, que

durante la infancia y la adolescencia adquirió una especie de fobia al sexo, debido a la equivocada educación de sus padres, se casa con un hombre que no despierta en ella ningún deseo físico, y de quien no está en absoluto enamorada. Y lo hace porque, según las convenciones de la época, ella ya está llegando a una edad en la que «debe» casarse. Por eso decide hacerlo con el «menos malo» de los posibles. Así, cuando tiempo más tarde, conoce a un hombre que despierta todo aquello que no ha sentido antes, se entrega a él sin condiciones, engañando a su marido, el cual se encuentra lejos de la capital, trabajando en un ingenio azucarero.

Carrión no quiso, sin embargo, hacer un estudio completo de la psicología femenina, sino mostrar el lado más débil e indeciso de la mujer, atezada entre el miedo a quedarse sola y la necesidad de amar con el cuerpo y con el alma. Por ello, no hay una reivindicación absoluta de los derechos y las luchas de las mujeres, sino más bien un estudio de la moral acomodaticia de la clase burguesa de aquella época, y los prejuicios de una sociedad que asignaba a la mujer un papel muy simple: el de honrada, sujeta al hombre que la sostiene, o el de impura, entregada a la vida de placeres y de comercio con el cuerpo. Por otro lado, es interesante el papel que designa Carrión para los hombres, en una sociedad machista, que no deja espacio para la libre realización de la mujer: el amante de Victoria, hombre engreído, orgulloso, rico y seguro de sí mismo, en lugar de constituir la liberación para la protagonista, se convierte en el eje de su desdicha: ella no conocerá otro amor, y finalmente será abandonada por el amante egoísta y despreocupado, que solo quiso jugar un tiempo con ella y satisfacer sus instintos de conquistador.

En la conclusión de la novela, hay un hecho que la relaciona con la siguiente obra maestra de Carrión, *Las impuras*. Victoria, que a sus treinta años se siente vieja, se hace cargo del mensaje de una carta de Teresa, hermana de José Ignacio Trebijo. Este, casado con Alicia, la hermana de Victoria, nunca ha querido hacerse cargo de Teresa, y es Victoria la que da la cara y se entrevista con ella para que José Ignacio se encargue de mantener económicamente a los hijos de Teresa, porque ella va a desaparecer para siempre y los va a abandonar,

llevada a la ruina por su historia personal. Esa historia es precisamente la que se cuenta en *Las impuras*. Por tanto, las dos novelas están perfectamente conectadas, son historias que se desarrollan paralelamente y que confluyen en su final, dando un amplio panorama de la familia Trebijo y todos los que pululan a su alrededor, así como de la ciudad de La Habana, que se encuentra profusamente descrita sobre todo en *Las impuras*.

La obra de Carrión se completa con *La esfinge*, una obra escrita por las mismas fechas que las otras dos, pero no publicada hasta mucho después de su muerte. A falta del desenlace final, esta obra muestra, sin embargo, un pensamiento acabado, muy relacionado con el universo femenino latente en sus otros textos. La protagonista, Amada Jacob vive, en su viejo caserón del barrio del Cerro, una existencia absolutamente falseada, casada con un hombre al que no quiere, «violada» legalmente en virtud del contrato matrimonial, pero deseando con todas sus fuerzas a otro hombre, su propio primo, frustrada en su totalidad. La diferencia fundamental con respecto a las otras protagonistas es que, mientras Teresa fue fiel a su amor hasta que él finalmente la abandonó, y Victoria conoció el amor verdadero fuera del matrimonio y lo experimentó durante un tiempo, Amada —nombre irónicamente simbólico— nunca llegó a experimentar ni conocer el amor verdadero. En general, en la obra de Carrión hay una idea de fondo: el amor es el motor de cualquier relación humana, y gracias a él se mueve el mundo. Todos los hombres y mujeres actúan buscando el amor, y es la sociedad, los prejuicios, los valores enquistados de una falsa moral, los que determinan los continuos fracasos, sobre todo en las mujeres del comienzo de ese crítico siglo XX. El deseo mutuo y el respeto tienen que ser los motores de la convivencia humana, pero ellos son continuamente violados por los designios de la maldad humana y las convenciones sociales. En ese sentido, Carrión propone un debate sobre el bien y el mal, sobre la necesidad de actuar con libertad e imponer a la sociedad vigente una moral natural basada en el amor verdadero, algo de lo que el universo de Carrión está bastante lejos de conseguir. En ese sentido, Carrión es fundamentalmente pe-

simista, y no ve indicios de recuperación moral en una sociedad en la que los valores religiosos no ayudan a la reconstrucción ética de sus miembros, no porque sean equivocados, sino porque los que los tienen que poner en práctica son a menudo hipócritas y no se mueven a través de ellos y, por otro lado, la moralidad pública es cualquier cosa menos una fuente de honradez. En cierta medida, la vida en la Cuba de las primeras décadas del siglo XX acarrea una serie de defectos morales que hacen casi imposible la implantación de un sistema en el que la educación de la juventud sea un objetivo primordial, y en el que el funcionamiento de las clases medias tenga otros alicientes que la corrupción y el engaño masivos, perfectamente aceptados por los agentes sociales. Por eso, Carrión, en sus obras, une el sentido de indagación del naturalismo con una preocupación por esa sociedad que no acaba de conformarse en sus presupuestos identitarios, y que aspira a ser madura sin poner los medios necesarios. Son los intelectuales los que ofrecen un diagnóstico y dan la señal de alarma frente a los pasos perdidos o equivocados. Anota el novelista en su artículo de 1921 «El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos veinte años»:

Andaba nuestra sociedad con paso vacilante, al borde del fracaso político, y aquellos de nosotros que aún conservábamos intacta, en la borrasca, la facultad de razonar, empezábamos a buscar ansiosamente en lo pasado, las causas del desastre (Carrión, 1921, 5).

UNIVERSO MORAL Y SOCIAL DE «LAS IMPURAS»

La novela fue escrita entre septiembre de 1917, cuando estaba viendo la luz *Las honradas*, y marzo de 1918, para ser publicada por primera vez el año siguiente. La obra no solo es un estudio de la psicología femenina, en menor grado que *Las honradas*, sino, además, un fresco de la vida habanera de principio de siglo. Todo lo que pierde en intensidad psicológica con respecto a la anterior, lo gana en amplitud de miras sociales, de tipos diferentes, tanto masculinos

como femeninos, y en descubrimiento de La Habana Vieja, con sus calles, plazas, edificios, casas, estaciones, paseos y puntos emblemáticos. Los personajes transitan día y noche, a pie, en carruaje o coches eléctricos, por todas las calles principales, entran y salen de las casas de los protagonistas y de los tipos secundarios, participan en los disturbios y los movimientos propios de los días de elecciones, se encuentran por las esquinas y hablan de los últimos chismes del barrio, ven pasar a impuras y honradas, y expresan sus deseos sobre ellas, etc. El punto de vista es extradiegético. Ya no hay un personaje principal femenino que imponga su mirada sino que el narrador, fuera de la acción pero conocedor de todo lo que pasa y de los pensamientos de los personajes, da vida a ese entramado de almas que tratan de sobrevivir con sus vidas anodinas y carentes de motivaciones morales e impulsos esperanzadores. La novela transcurre durante el tiempo en que la protagonista, Teresa, llega a La Habana, para vivir cerca de su amante y de los dos hijos que ha tenido con él, hasta que Rogelio desaparece definitivamente y sus hijos también salen de su vida para siempre. Pero alrededor de esa historia hay un montón de vidas que se cruzan y se relacionan, en dos niveles: el de los hombres de negocios que giran en torno a la actividad inútil de Rogelio, y el de las mujeres de mala vida que rodean la espera de Teresa, mientras supuestamente Rogelio arregla sus problemas y se decide a dar a su amante una vida digna. Y hay un personaje bisagra, que se introduce en el mundo de los dos y que, a la postre, va a ser el menos repugnante de los hombres y el único que comprende la vida y la actitud de ciertas mujeres: Rigoletto, llamado así por la joroba que le desfigura el cuerpo. Si la novela supone la visión del «sometimiento» (Toledo, 1980, 13-57) de la mujer, también se incluye la crítica, mediante el peregrinaje de todos los personajes, de la falsa moral burguesa. La protagonista, Teresa, el ser más íntegro y honrado de todos cuantos circulan por las páginas de *Las impuras*, termina siendo destruida por los dos hombres de quienes ha dependido en su vida: su hermano José Ignacio Trebijo, y su amante. Su pertenencia a la clase media la hace víctima de los prejuicios y los aditamentos que se suponen

anejos a esa clase, y sucumbe, a pesar de su rectitud moral, ante la impureza, cuando las circunstancias no le dejan otra salida. No se trata, por tanto, de un personaje picaresco, como algún crítico ha llegado a afirmar (Bencomo, 2003), ya que no existe una tendencia en ella a la hipocresía y a la lucha por la vida a cualquier precio, desde su servicio a varios amos, sino que la caída final significa en cierto modo una manifestación más de su buena voluntad y de su actitud tristemente heroica.

La ciudad impura

Pero Teresa es un oasis de honestidad en ese submundo de malnacidos y peor criados. Apenas hay rasgos positivos en los personajes, y la descripción de la ciudad corrobora y alienta esa descomposición moral. Los personajes, sobre todo Rogelio y el ambiente en que se mueve, permiten a Carrión dar una pátina muy particular del entorno citadino donde transcurre su acción. En primer lugar, el amante coloca a Teresa en una casa de huéspedes donde la mayoría de las personas que allí viven ejercen, dentro o fuera de ella, la prostitución, y los estudiantes que allí residen acogen esas circunstancias con entusiasmo, para hacer de ese antro el lugar favorito de su actividad, en lugar de asistir a las clases de la universidad y granjearse una vida digna. En varias ocasiones, el narrador los llama irónicamente, «el futuro y la esperanza del país». Y ellos argumentan su desidia académica pretextando que, cuando acaben sus estudios, independientemente de su brillantez, sus padres los colocarán en un puesto donde ganen mucho dinero y no trabajen nada. Simbólicamente, esta situación es la que representa mejor lo que ocurre con la Cuba de esa época: está llena de gente que, en lugar de prepararse para ser útiles al país y llevar una existencia honrada y productiva, se enfangan en el vicio, porque su clase les permite vivir así y tener siempre ese ritmo y esas condiciones de vida.

Rogelio, después de dejar a su amante en ese lugar, cual Virgilio que acompaña a Dante a los infiernos, sale a la calle

a las tres de la mañana, y el narrador se detiene en la descripción de la ciudad nocturna:

Al salir de casa de su querida, Rogelio, medio dormido todavía, tomó maquinalmente a la derecha, y en pocos segundos, andando como un autómatas y rozando, a veces, las paredes con la manga, llegó a la Avenida del Prado. No había un alma ya en aquellos lugares, tan concurridos en las primeras horas de la noche. La acera de El Anón, blanca y lavada por la lluvia, parecía más ancha bajo los potentes focos de luz de la fachada del café, cuyas puertas estaban cerradas hacía largo rato. Más allá, el Parque Central se adormecía, desierto también, bajo la sombra de sus árboles y entre las hileras de monumentales columnas de los edificios circundantes, como la explanada de un viejo coliseo rodeado de gigantes cas ruinas (176-177).

Ese marco servirá para introducir a los amigos Rogelio y Paco en la febril actividad diurna y nocturna, «dando vueltas» y «comiendo bolas» en el coche de un lado para otro, comenzando con el *whisky* en el bar del Inglaterra, siguiendo con una ruta frenética, cortando el viento, en el Malecón, continuando por el parque Maceo hasta internarse en las calles más típicas de la ciudad. Aprovecha el autor para describir los edificios y las calzadas, las aceras, el carácter vetusto y algo desaliñado de un barrio capitalino que quizá conserva algo de espíritu provinciano, pero que sin duda alguna se convierte por momentos en el protagonista de la historia. Muchas de esas calles conservan sus nombres, o bien se las conoce todavía por el nombre que les da Carrión, aunque hayan cambiado de denominación. Se puede, por tanto, hacer un rastreo de los lugares y seguir el mismo recorrido. De igual modo, se puede experimentar el ambiente de vitalidad y sociabilidad que franquea esa zona, en los bares, restaurantes, las tiendas, etc. Y además, es posible observar los cambios que se han ido produciendo en la fisonomía urbana en muy poco tiempo. Las narraciones anteriores a la independencia apenas describen la ciudad o dan la imagen de un lugar todavía limitado en medios y recursos, mientras que aquí aparecen los carruajes y los coches eléctricos, el transporte público, el alumbrado pri-

vado y público, la fastuosidad de la vida lujosa de ciertos personajes de las clases elevadas o la nueva burguesía pujante, los nuevos ricos, los establecimientos de ocio, etc. Por otro lado, frente a su obra anterior, publicada dos años antes, *Las honradas*, la presencia de la ciudad como un personaje más es evidente, porque la descripción de la vida interior de la protagonista de *Las honradas*, Victoria, que lo hace en primera persona, sobre la base de fragmentos largos y continuados, resta protagonismo al mundo exterior y, por tanto, al propio lugar donde se desarrollan los hechos, que es el mismo básicamente. Cuando el narrador de *Las impuras* habla de la intervención americana, de las nuevas condiciones económicas con el comercio del azúcar y el enriquecimiento del país en el comienzo de la República, se pregunta, refiriéndose a los cambios ocurridos en La Habana:

¿No se debía a todas esas pequeñas causas de desorden el creciente embellecimiento de la ciudad, vestida siempre de fiesta, la expresión dichosa de los transeúntes y el suave balanceo de las caderas de las mujeres, verdaderas heroínas de aquella época de promiscuidad y de lujo, que se apretaban en el interior de los sombríos almacenes y a lo largo de las estrechas aceras, con no sé qué diabólico aire de triunfadoras; nuevo en ellas y tan provocativo, tan sensual como lo es siempre que declina en las sociedades el poder del hombre? (318-319).

Hay un personaje que se convierte en el testigo más cualificado de la transformación de la urbe: Rigoletto. El bufón jorobado dedica sus días a corretear de un lugar a otro llevando chismes y controlando la vida de cuantos pasan a su alrededor, y es testigo de cada movimiento ciudadano. Conoce todos los rincones de La Habana Vieja y del centro como si fuera su propia casa, y sabe perfectamente dónde viven los residentes de esos barrios y a qué se dedican. Por eso, su testimonio de la ciudad va a ser fundamental en el desarrollo de la obra. El narrador lo aclara acto seguido:

Rigoletto gozaba con deleite de este espectáculo ofrecido, a diario y gratuitamente, a la vista y a los sentidos; y

nadie como él sabía olfatear los lugares donde se daba cita la alegría de los desocupados y exhibir bizarramente en ellos su deforme figura, en donde el eterno saco de alpaca que usaba caía de los hombros huesudos como colgado del palo de una percha. Conocía de memoria cada árbol y cada banco del paseo, cada grieta de las fachadas, cada aldabón de puerta y cada rostro de portero o de dependiente de café distribuidos a lo largo de sus paseos favoritos. Afirmaba irónicamente que vivíamos en el mejor de los mundos, y en realidad lo sentía así. Todo lo que abarcaban sus ojos era suyo, hecho para su recreo y esparcimiento, creado para vestirlo, alimentarlo y divertirlo, como un feudo que su astucia, su amor y su desprecio habían levantado sobre la espalda de los demás, de igual modo que con el filo de la tizona los antiguos paladines. ¡Ah! ¡Si a todas estas alegrías del mundo exterior, a toda la brillantez del cielo y de las cosas bajo el sol del trópico, pudiera él unir la satisfacción de aquel gran anhelo de su corazón que le hacía aspirar con fuerza el aire y andar sobre el pavimento de la alameda como si bailara...! (319).

Otro de los personajes pintorescos que introducen a los lectores en el conocimiento de la ciudad es Veneno, el conductor que lleva a Paco y a Rogelio cuando deciden salir a divertirse todo un día por la ciudad. Como conductor de un coche, está todo el día en la calle, experimentando como testigo indiscutible la vida de la ciudad, conociendo personas, montando gente diversa que mientras avanza por las calles va contando sus vergüenzas sin ningún pudor, etc. El narrador lo pone en conocimiento de los lectores para que acudan a él también, cuando quieran saber cualquier secreto de La Habana:

En La Habana, no obstante su medio millón de almas, casi todo el mundo se conoce de trato o de nombre, como en una población de tercer orden, y aquellos desocupados tenían más motivos que muchos para estar al tanto de la vida de los demás. Veneno los ayudaba con sus conocimientos acerca de la vida secreta de la capital, y con frecuencia, al divisar a una joven muy modestamente reclinada en el antepecho de su ventana, volvía el simiesco rostro y hacía un guiño que significaba: «esta lo es; anótenlo», al

que seguían miradas expertas de los dos amigos, que evaluaban los encantos de la dama, con expresión de chalanes en un mercado (213).

En ocasiones, el narrador nos ofrece estampas coloristas, incluye detalles objetivos y neutros de la ciudad, con sus edificios, sus rincones, sus lugares emblemáticos, como la estación de trenes, en el comienzo de la obra, cuando Rogelio va a esperar a Teresa:

El gran edificio de las compañías ferroviarias fusionadas, con sus tejas rojas, su feo enverjado y su aspecto exterior de pagoda india, debía lucir lamentablemente desairado, a la claridad de los escasos focos del alumbrado público y rodeado de la movable cortina de agua que esfumaba los objetos. Pero desde el sitio en que se hallaban nuestros viajeros no podían verse sino, de un lado, la pequeña explanada de las antiguas murallas, que acabamos de mencionar, y del otro el tren que los trajo, con los cristales empañados y chorreando por todas partes, el cual se había quedado vacío en pocos momentos (130).

Es esta una estampa que nos acerca al costumbrismo decimonónico. Sin embargo, en otras ocasiones, el narrador es muy duro con la urbe, a la que llama «extraña ciudad del trópico, llena de lujuria y de sol» (211), o pone en boca de Paco la evidencia de que lo único que puede hacer es aburrirse «y tragar bilis en esta Habana indecente y estúpida» (199), que a menudo ejerce «una peligrosa influencia» (221) en el carácter débil y vanidoso de Rogelio. Algo que ha sido favorecido por las malas artes de los gobernantes de la ciudad. El autor no desaprovecha la ocasión, cuando esta se le presenta, de mandar un recado a los responsables del buen funcionamiento de la ciudad, como en el capítulo VII, «Impuras e impuros», en el que describe una sesión de juerga en la habitación de los estudiantes, con Rigoletto y algunas mujeres. El narrador expone que los asistentes a la improvisada fiesta «comentaban la genial salida del alcalde de la ciudad, que, después de dos años completos de absoluta inacción, al frente de un municipio en completo estado de desbarajuste, acababa de dictar un

decreto sobre la unificación del color en las gorras de los motoristas de los tranvías, el cual empezaba con estas luminosas palabras: "Resultando: que no es propio de pueblos de alta cultura, como el nuestro, la indiferencia ante los asuntos de público ornato, y que uno de los que más imperiosamente reclaman la atención del gobernante es el que se refiere al porte y tocado de los conductores de vehículos urbanos, etc."» (292). En un ambiente festivo y frívolo, cuando los que se encuentran en la habitación han bebido más de la cuenta, las ironías políticas y las alusiones ligeras a mujeres impuras y honradas son moneda corriente de las conversaciones.

Escepticismo político

Si la ciudad es maravillosa pero caótica, y tiene muchas más sombras que luces, el entorno político alrededor de ella y del país es absolutamente indecente. Carrión no cree en la posibilidad de conseguir una madurez política por que parte de la base de que el político es por definición un espécimen poco honrado, sin excepciones. La cubana es una «sociedad en pleno proceso de formación, que no ha adquirido aún los rasgos propios de su fisonomía» (153), según dice el narrador cuando habla en el capítulo II de la formación de Teresa. Lo que está claro es que la clase política deja mucho que desear. En primer lugar, no están capacitados para ejercer esa labor, porque el país funciona solo, gracias al azúcar y a la ayuda norteamericana. Así, hagan lo que hagan los políticos, Cuba seguirá creciendo económicamente, a pesar de la impericia de sus cuadros gubernamentales. Véase la siguiente descripción de una personalidad política relevante del país:

Aunque era abogado, no sabía escribir, y él [Paco] tenía que corregirle las faltas de ortografía. Además, era avaro, voluble, lascivo y tan vanidoso que solía discutir con él sobre asuntos gramaticales, cualidades todas que podían dar lugar, en cualquier momento, a una ruptura entre ambos. En una ocasión, por ejemplo, se empeñó en sostener

que jaiba se escribía con *v* y se creyó aludido cuando le replicó que era el mismo caso de *burro*. Fue aquella una discusión memorable, que le impidió integrar el *quórum* en la última sesión de una legislatura donde habían de aprobarse los presupuestos. El Estado se quedó seis meses sin la ley que debía regular su vida económica, solo porque uno de sus grandes servidores se imaginó que lo comparaban con un asno (201-202).

Don Rudesindo, empresario español que preside en La Habana la Asociación de Padres de Familia para el Saneamiento de las Costumbres, y que, además, afecta modales rígidos cuando habla de la corrupción, asegura, al hilo de unos sucesos de alteración del orden público, que ha habido en la ciudad, que «los elementos serios del país, se echan a un lado, y dejan que la canalla siga», es decir, aquellos que podrían, mediante la política, intervenir para mejorar el estado de las cosas, no lo hacen: «¡Por eso van las cosas como van!» (233). Y la culpa es de todos, de los que tienen y de los que no tienen. De hecho, aquellos que podrían utilizar su dinero y sus influencias para que gobernasen los más apropiados, vuelven la espalda cobardemente mientras los políticos les dejan vivir a su manera y enriquecerse aprovechando el caos nacional. La hipocresía de las clases altas no tiene límites: a ellos no les importa que el país mejore, sino que haya siempre un modo de seguir enriqueciéndose fácilmente. El ejemplo más determinante tiene lugar en una conversación callejera entre Rogelio y Angelín Sarmiento, el hijo de don Rudesindo. Es el día de las elecciones, y los dos se encuentran en la calle a mitad de tarde. Rogelio, para empezar una conversación cualquiera, pregunta a Angelín si ha votado, y este se indigna por esa pregunta, ya que nunca vota, y le molesta incluso que alguien piense que lo hace. Entonces, Rogelio defiende el voto no como un derecho sino como un deber, a lo que Angelín, casi fuera de sus casillas, responde:

—Nuestro único deber, amigo Díaz, es pagar... ¡y pagamos! Que tiren, que derrochen o que se roben lo que les demos, es cosa que nos importa muy poco... ¡Afortunadamente el suelo es rico...! ¿No alcanza el impuesto para satis-

facer todos los sucios apetitos de esas gentes, y se hace menester realizar empréstitos? ¡Que los hagan, en buena hora, y pagaremos también, sin chistar! Lo único que pedimos es que no se altere la paz: que no se vayan a la guerra civil, llevados de sus inmundas pasiones. Trabajando en paz, les daremos cuanto nos pidan... excepto el que formemos parte de su innoble comparsa... Mi padre tiene un amigo que da al bandido Solís quinientos pesos anualmente, para que respete sus propiedades, y tres mil al ayuntamiento rural donde están enclavadas estas, y no sabe con cuál de las dos contribuciones recibe más provecho, toda vez que el ingreso entero del municipio se invierte también en mantener vagos... (254-255).

La connivencia de los ricos con el poder político supone un modo de perpetuar las estructuras sociales y económicas, para que nada cambie. Ciertamente, estamos ante un estado de cosas diferente al de la época de la colonia, pero el sistema es parecido: el poder mantiene las clases tal como son sin que se alteren gravemente los roles. Las clases altas no piensan en la política, no les interesa, es asunto de plebeyos, simplemente compran a los que manejan las fichas del ajedrez social para seguir haciendo sin cortapisas sus negocios, sustentados en la plataforma que ya han creado y que se sostiene gracias a la corrupción y al intercambio de favores. No les importa que los políticos ganen mucho dinero, y dejen de tener una vida arrastrada, mientras ellos puedan continuar con el control del sistema económico y social. Paco, por ejemplo, el amigo de Rogelio, es uno de los que en poco tiempo ha mejorado mucho su estatus económico gracias a la política, como afirma de él el narrador cuando asegura que «subía como la espuma, se vestía como un millonario y se hacía desear por las impuras» (196). Rogelio, sin embargo, nunca saldrá de su pobreza porque, en lugar de adentrarse en el sistema de corrupción de la mano de algún ayo, solamente consigue que los políticos lo exploten, «como antes lo hacían sus colonos» (172). Ahora bien, asistimos en este momento a un cambio paulatino de las estructuras del país, y cada vez habrá menos familias con patrimonios históricos, procedentes de los an-

tiguos ingenios esclavistas, y más rufianes venidos del mundo de la política que aprovechan su situación para llenarse los bolsillos. El narrador, en el capítulo V, matiza:

La gran riqueza patrimonial no existe ya, y la de los políticos, enriquecidos por el fraude, es demasiado reciente para que pueda pesar en un balance de nuestras costumbres nacionales (245).

Carrión juega también con el problema de las elecciones, y desde esa circunstancia explica el lugar de la política en la vida del país, el interés de algunos por aferrarse a esa forma de poder y la repugnancia que provoca en otros el mismo juego electoral y lo que de él se deriva. En esta novela, Carrión se refiere a las elecciones de 1913, que ganó el Partido Conservador de García Menocal, y que mantuvo el poder durante dos legislaturas, hasta 1921, siendo esos años los de mayor desarrollo económico en el país, gracias a las grandes ventas de azúcar que hubo no solo en toda América, sino también en Europa, que había detenido su producción a causa de la guerra mundial. En el capítulo IV, Rigoletto, con su sorna habitual, explica a Teresa que ese ruido que entra por la ventana «son los estudiantes que hacen campaña electoral, bebiendo y riéndose... ¡Juega patriótica...! Ha sido un buen reclamo de los políticos profesionales» (228), es decir, la juventud aborregada es puesta en la calle por los políticos para que defiendan los intereses de un partido entendiendo que la política es un juego divertido y placentero, y no un trabajo arduo de servicio a la sociedad. Pero lo peor de todo es que Rigoletto, lejos de ser un honesto crítico del sistema corrupto, es presentado por el narrador como un ridículo hipócrita más. Líneas más adelante se dice de él:

Tenía el encargo de mixtificar el censo, para lo cual poseía una rara habilidad, en una oficina electoral, y gracias a eso vivía. Era una misión alta y noble la suya: restringía el sufragio; contrarrestaba el poder de la demagogia; resucitaba, como Cristo, a los difuntos... Su trabajo era solo en el período

electoral, y el resto del tiempo se lo pasaba cobrando su sueldo sin hacer nada. Pero aquella brillante y fecunda vida tenía sus quiebras. La semana anterior, por ejemplo, lo hicieron subir a una tribuna erigida en la plaza pública. Se preparaba a inundar al pueblo bajo la ola de su elocuencia, y, sin embargo, el desenlace fue desastroso. Sus imbéciles correligionarios habían hecho demasiado alta la tribuna, y apenas le llegaba la nariz al borde de aquel baluarte de las libertades ciudadanas... El resultado fue una silba formidable. Desde que lo vieron empezó la risa y los gritos: «¡Rigoletto!» «¡Rigoletto!», acompañados de carcajadas y otros ruidos menos gratos y nada limpios, que se multiplicaron endiabladamente, ahogando su voz. Tuvo que retirarse ante la hilaridad soberana de la muchedumbre, pensando en que el ser demasiado populares perjudica muchas veces a los grandes hombres... (229-230).

Rigoletto es un engranaje más del sistema, que vive gracias al fraude, resucitando muertos, como Cristo, manejando el número de votos para que gane el partido que interesa. Su figura es letal en el propósito crítico, porque simboliza la sublimación de la hipocresía y del corrompido funcionamiento de la sociedad. Cuba es como un gran transatlántico, lleno de lujos y de placeres, pero apoyado en una base de cartón que, tarde o temprano, acabará cediendo, ya que la vida de la isla no se sustenta en la producción sino en el engaño y el pelotazo, ambos unidos en una simbiosis explosiva. Rigoletto vive del fraude electoral, y a la vez se permite el lujo de ser irónico con la «empresa» que le da de comer. El mismo día de las elecciones se encuentra con Rogelio y otros colegas, y les dice con su mejor gesto declamatorio:

—¡Qué hermoso espectáculo! —exclamó con irónica afectación—. ¡El pueblo concurriendo a depositar en las urnas su voluntad soberana! ¡La renovación constitucional de los poderes públicos! ¡La hermosa y fuerte democracia extendiendo bajo el sol el emblema de su poderío; el voto regenerador, purificador y libérrimamente expresado...! Qué bello, qué bello todo esto...!

Se detuvo, soltó una gran carcajada, y agregó, dirigiéndose al grupo de sus amigos y colaboradores políticos:

—¡Y qué animal ese presidente de mesa, a quien acabo de meterle sesenta y siete votos negros, por otros tantos blancos! (257-258).

Pero la crítica de Carrión va más allá de los contornos de la isla del Caribe. Los mismos males aquejan a toda la comunidad latinoamericana, con esa peculiar mezcla de virtudes y defectos del mundo hispánico, de los universos indígenas y del ámbito afroamericano. Hay un extenso párrafo en el que el narrador opina con la mayor naturalidad acerca del problema que se está planteando, y se apodera del discurso ensayístico, abandonando por unos momentos el narrativo. Es muy curiosa la transición que se produce en esa parte primera del capítulo VII. Primero se enmarca la escena en la habitación de los estudiantes, cuando Rigoletto llega con ganas de montar una estupenda tertulia, regada por el coñac y los chismes y los comentarios soeces y críticos. Después de unos primeros diálogos, el narrador resume la continuación de la charla en la que hablaron de política, en la que criticaron tanto al partido liberal como al conservador, etc., y, en un momento dado, el narrador abandona las alusiones a los contertulios, abandona también el tiempo pasado propio de la narración extradiegética de lo que ya ha ocurrido, y directamente, tras un punto y seguido, se apropia de la forma del ensayo:

La América Latina no ha producido aún el paciente y modesto historiador de sus costumbres privadas que contribuya a explicar la génesis de esos grandes y disparatados movimientos políticos de rebeldía y de reacción que sacuden casi continuamente nuestros pueblos. El extranjero, cuya mirada no puede ir más allá de la superficie del cuerpo social, se pasma al observar que, entre nosotros, hombres de verdadero talento emiten las más inconcebibles paradojas políticas; que individuos de gran corazón se prestan a desempeñar infames papeles; que quien ofendió la vida en aras de la libertad pueda ser convertido por las circunstancias en instrumento de la tiranía; que muchos de los que obedecen sacrifican gustosos sus intereses, con tal de que sean sus ídolos los que manden, y que, habiendo en nuestros pueblos innumerables hombres inteligentes, cultos y probos, sea tan escaso el número de los

que se distinguen por su honradez al frente de los intereses públicos. Y es que no saben hasta qué punto penetra en el corazón y la conciencia de la masa la inmoralidad de una clase directora, cualquiera que sea su color político, que considera al Estado como la mejor fuente de producción abierta a sus iniciativas. El mal ejemplo que corroe y que infecta viene sin cesar de arriba, y a fuerza de contemplar diariamente el espectáculo de la indisciplina, la injusticia y el fraude en las altas esferas, todo sentimiento sano acaba por embotarse en el alma de los de abajo, para dejar su puesto a las malas pasiones o al descreimiento (289-290).

Es, sin duda, el mejor testimonio de la tesis catastrofista de la novela pero, narrativamente, incurre en un desajuste con el tono de la novela. El autor aparece de un modo demasiado evidente por encima del narrador, y la ficción se diluye en el contorno grave de la opinión personal.

La cara y la cruz de los Estados Unidos

Hemos visto ya cómo en la isla se dio un proceso de *norteamericanización* muy evidente desde el fin de la guerra de la independencia. Muchos piensan que los años que Cuba fue una extensión de la vida del norte supusieron los mejores momentos en la historia de la nación, porque el enriquecimiento fue general, la ciudad de La Habana y otros núcleos crecieron no solo en cantidad, sino también en calidad y belleza, y la presencia de la cultura tuvo repercusiones internacionales de gran calado. Pero también hay quienes creen que la profunda dependencia del mundo anglosajón fue otra forma de coloniaje, quizá peor que la española, y permitió, además, la generalización de un sistema corrupto y de derroche y evidentes desigualdades sociales. Es más, se achaca a estas deformidades la llegada de un régimen de carácter extremadamente diferente al que los Estados Unidos habían mantenido durante décadas: la revolución castrista, que derivó hacia el alineamiento con los países del Este en la guerra fría a través de una dictadura socialista, de más de cincuenta años de duración.

Lo que está claro es que la isla experimentó un crecimiento económico espectacular, inexplicable por razones naturales, durante las primeras décadas del siglo xx, a pesar de todos los problemas de corrupción que hemos visto. Y gran parte de ello se debió a la intervención americana, que capitalizó el país a cambio de obtener un poder magnífico, no solo derivado de la Enmienda Platt, sino de los lazos comerciales y la influencia en los sucesivos gobiernos. Por eso, en estas obras del periodo republicano siempre hay alusiones, de alguna u otra manera, a la dependencia y el contacto. En muchas ocasiones, los Estados Unidos son el lugar donde se puede realizar el sueño. En el comienzo de *Las impuras*, José Ignacio Trebijo, encargado de la educación de su hermana Teresa cuando mueren los padres, «quiso mandarla a un colegio de los Estados Unidos, a fin de que completase su educación, como él decía, pero Teresa se negó resueltamente. Entonces le censuró, con cierta aspereza, a la joven, su indocilidad y su espíritu demasiado independiente, asegurándole que las mujeres así no eran bien aceptadas por nuestra sociedad» (155). Esa práctica era común entre personas de la alta sociedad cubana de principio de siglo, cuando el contacto con los Estados Unidos comenzó a ser muy estrecho. Del mismo modo, en la obra *Las honradas*, la familia protagonista pasa una temporada en el país vecino, mientras los hijos Gastón, Alicia y la narradora, Victoria, estudian en colegios religiosos. Alicia, más adelante, se casará con Juan Ignacio Trebijo, el hermano de Teresa. No es extraño, por tanto, que José Ignacio trate de enviar a Teresa a los Estados Unidos. Pero ella era demasiado independiente y nada se le había perdido en el extranjero. Ella deseaba vivir su vida sin pensar en un futuro. Por eso no recibió con buenos ojos esa proposición. Sin embargo, cuando ya era amante de Rogelio, un día este le propone irse juntos a Nueva York «dentro de tres días, en viaje de novios, que les serviría al mismo tiempo para ver las máquinas de arar» (166), es decir, un viaje rápido con el fin de instalarse un tiempo allí y comenzar un negocio. Los Estados Unidos eran, sin duda, el lugar adonde los latinoamericanos y, sobre todo, los cubanos iban a medrar, a buscar mejores oportunidades

para su vida, como ha ocurrido durante todo el siglo xx. En esa ocasión Teresa accedió, más por su amor a Rogelio que por su fascinación con los Estados Unidos, que era poca, y no fueron unos días, ni siquiera «cuatro meses, sino dieciocho, de locuras, durante los cuales Rogelio se olvidaba frecuentemente de escribir a los suyos, y, cuando lo hacía, era para hilvanar interminables mentiras acerca de sus proyectos y de sus estudios. En ese tiempo tuvo Teresa un niño, que murió a los noventa días de nacido, de una enteritis» (167). El sueño no se cumplió, y volvieron con la cabeza baja sin haber comenzado negocio alguno, pero la culpa no fue de los Estados Unidos, sino de la incapacidad de Rogelio para trabajar seriamente, como se irá viendo a lo largo de toda la novela. Y el galán no es capaz de enfrentarse claramente con su situación laboral y económica, cada vez más crítica, así que de vez en cuando recurre a los sueños imposibles, y promete a Teresa el traslado a los Estados Unidos como proyecto para ser felices y estar juntos disfrutando de la vida:

—¡Tú verás, vida, cómo seremos más felices que antes! Óyeme: tengo proyectos. Nos casaremos, porque me divorciaré en los Estados Unidos, y hasta podremos llevar a Lillina a vivir con nosotros... Entonces podremos ir juntos a todas partes, y te divertirás un poco, pobrecita mía; porque bastante encierro has llevado a pesar de que tenías un carácter tan alegre cuando nos conocimos. ¿Te acuerdas? (277).

La vida de los Estados Unidos estaba tan integrada en los personajes de Carrión y en todos los cubanos que, a menudo, aparecen en la novela expresiones en inglés, sobre todo las referentes a objetos de diversión o placer. Por eso, el capítulo del recorrido en coche por toda La Habana de Paco y Rogelio, de bar en bar, está salpicado de términos como *high ball* (una bebida alcohólica), *hp* (o *horse power*, para señalar la potencia del coche), o expresiones coloquiales como *all right*, que luego pasaría a ser *okey*, y actualmente se hispaniza en *oká*. Pero no todo son detalles positivos en esa relación entre los dos países y las dos culturas. Cuan-

do don Rudesindo, dueño de la casa donde vive Teresa, va a visitar el lugar para realizar unas reformas, se establece un diálogo sobre la marcha de la campaña electoral y él dice que han matado «a un pobre negrito en un *meeting*, a dos cuerdas de mi casa» (233). Después de despotricar contra las instituciones nacionales, concluye: «¡Y los yanquis relamiéndose del gusto!» (233). Lo que significa que no había una buena aceptación de la injerencia norteamericana en Cuba, porque el caos institucional podría llevar a una nueva intervención como la de 1906, y muchos cubanos no querían ser gobernados directamente por los gringos, a pesar de que aceptaban de buen grado las comodidades venidas de su mano. Es más, en ocasiones las referencias al país vecino son irónicas, como el momento en que Rigoletto comenta, en la fiesta con los jóvenes, que el primer paso para civilizar Cuba «se lo debemos a los americanos, que nos enseñaron a usar el inodoro, aunque parcialmente, pues se nos olvida algunas veces tirar de la cadena...» (292). En el fondo, el sarcasmo iba dirigido contra la propia Cuba, que no sabe limpiar sus males, pero a través de un comentario ligero y sin respeto hacia el pueblo vecino. Lo que también significa que el tema americano estaba siempre presente, para bien o para mal, en las conversaciones de los cubanos de la época.

Huella naturalista en «Las impuras»

Ese naturalismo tardío en Cuba sirvió para realizar una radiografía de la sociedad, no solo de sus males, sino también de su idiosincrasia. La lupa, el ojo crítico, ayudaron a ofrecer una estampa realista del universo social cubano del primer periodo republicano. En Carrión hay sobre todo dos formas de incursión en el ámbito del naturalismo: las descripciones minuciosas y los juicios. Lo más característico y común son las descripciones, la novela está plagada de ellas. Cada personaje es retratado con la fisonomía peculiar alrededor de la cual va a ser después juzgado por el narrador o por sus propias palabras, actos u omisiones. Algunas descripciones son neutras, sin de-

masiados rasgos que no sean físicos, pero con una concentración visual muy elocuente, como la primera vez que retrata a Rogelio, cuando va a buscar a Teresa a la estación del tren:

Examinándolo de cerca, se notaba que era hombre de más de treinta años; pero la jovialidad de su semblante y su bigote rubio, de largas guías insolentemente levantadas, contribuían a que se le atribuyera menos edad. Su traje, esmeradamente cuidado y completo en los más insignificantes detalles de la moda, denotaba la absoluta consagración del que lo llevaba al culto de su persona. Un observador experimentado hubiera leído la descripción de estos pequeños rasgos del carácter en la manera peculiar que empleó para saltar los charcos de la acera, llevando casi en vilo a Teresa, y en la contracción nerviosa de su cuerpo, semejante a la de un gato que se ve obligado a atravesar un corredor expuesto a la llovizna (134).

El narrador se coloca junto a él, lo observa muy de cerca, y trata de averiguar elementos de su personalidad solo con los movimientos del cuerpo al saltar los charcos o contraer su fisonomía. Otras descripciones tienen una mayor intencionalidad, al tratarse de personajes muy peculiares, en los que la selección de los detalles es muy importante para que el lector tome una postura con respecto a él. Es lo que ocurre con Rigoletto, de quien se dice que estaba «mostrando su feo rostro lleno de expresión, su hocico de zorra y su ancha frente coronada por largos cabellos oscuros que empezaban a faltar junto a las sienes» (224). En ocasiones, los lugares son descritos con tintes descarnados y en cierta medida negativos, como la casa donde Teresa va a ser instalada a su llegada a La Habana. El narrador, después de adentrarse en lo que fue un antiguo salón, ya remodelado, de lo que pudo ser una gran casa tiempo atrás, escoge los detalles que pueden ofrecer una visión desagradable de un lugar poco agraciado:

todas aquellas piezas eran pequeñas y mezquinas, a juzgar por las que podían verse desde allí, y habían sido dispuestas, mediante subdivisiones sistemáticas, con el evidente propósito de aprovechar todo el terreno posible, hasta el

punto de transformar en una estancia alquilable toda porción de la casa cubierta de techo. Sin ver más que esta parte del edificio, se adivinaba, pues, el resto: una profusión de habitaciones, especie de nichos la mayoría de ellas, distribuidas alrededor de un patio cuadrado, con pavimento este de grandes baldosas y adornado con viejos barriles pintados de verde y llenos de tierra, en los cuales crecían algunas plantas raquíticas. El piso bajo era, poco más o menos, lo mismo que el principal, y entrambos ofrecían un conjunto de abandono y de incuria poco a propósito para tranquilizar a Teresa (139-140).

Este tipo de realismo elige los detalles más patéticos, y el momento culminante de las descripciones de corte naturalista se manifiesta sobre todo en el capítulo X, «La orgía», donde se relata una fiesta muy peculiar, en una casa privada en la que la dueña organiza bailes de vez en cuando, para que puedan asistir personas que por su condición económica no pueden entrar en las grandes galas de los clubs de lujo, a imitación de las que tienen lugar en Nueva York u otras grandes ciudades de los Estados Unidos. Es quizá la gran nota naturalista de Carrión en lo que se refiere al espacio de la descripción. La fiesta ya ha comenzado hace un buen rato, y los participantes han tomado posiciones, han buscado sus presas y, sobre todo, han bebido más de la cuenta. El narrador empieza entonces a centrarse en los efectos, con una precisión arrolladora:

Las caras, apopléticas, empezaban a reflejar la vaguedad de la inconsciencia, mientras los cuerpos se movían casi automáticamente y se proferían enormidades y desvergüenzas sin el menor reparo. Un ruido compuesto de mil ruidos, un clamor continuo en que se mezclaban las notas del piano, los chillidos de las mujeres, las voces roncadas de los borrachos y el frote de los pies de los bailadores sobre el áspero pavimento, llenaba la casa entera, desde la sala hasta la cocina. (...) Una gorda vomitó en la sala, sin tiempo para refugiarse en el interior, adonde la arrastró enseguida Felicia tirándole del brazo, como de una masa casi inerte. En el último cuarto estaba el hospital, donde se habían refugiado las fugitivas, huyéndole al mareo. Aquella habitación

ofrecía un aspecto lastimoso y pintoresco. Había allí dos camas. Sobre una de ellas habían caído dos mujeres, después de echar a un lado las ropas de hombres y los corsés que la llenaban, y permanecían pálidas y como muertas, con los ojos cerrados y los trajes en desorden. Sobre la otra se amontonaban uno de los amigos de Masilla y tres mujeres más, revueltos como los heridos de un campo de batalla, inconsciente uno de su abyección y las otras de las desnudeces que mostraban (355).

Pero también se narra la violencia, no solo el estado de caos y embriaguez. Poco más tarde, cuando Carlota está hablando disimuladamente con uno de los estudiantes, Azuquita, el compañero de Carlota, siente unos celos tremendos y se dirige hacia ella en actitud violenta. La separa del grupo, agarra el alfiler de su corbata y baja su mano hasta dejar el brazo medio oculto entre su cuerpo y el de ella, mientras le dice «¡Toma, para que te rasques!». El narrador, entonces interviene de la siguiente manera: «Con un movimiento brusco, hundió el alfiler hasta la mitad en un muslo de la muchacha, que se contrajo toda, sin moverse y sin derramar una lágrima, y acabó de introducirlo en la carne, con refinada complacencia, espionando en los ojos de ella el sufrimiento, poseído de una sádica locura» (358).

La impronta naturalista no solo reside en las descripciones selectivas, como ya hemos dicho. Se apoya también en ciertos juicios que asimilan a Carrión a las teorías deterministas de su época. Hay que tener en cuenta que el autor era médico y que conocía perfectamente las ideas de la época con respecto al funcionamiento del cuerpo y la psique humanas, las cuales oscilaban entre el darwinismo social y las leyes de la herencia hasta los nuevos planteamientos sobre la sexualidad que estaba proponiendo Freud desde principio de siglo. Cuando el narrador describe a los jóvenes estudiantes dice de ellos:

(...) eran hijos legítimos de su raza y de su tiempo. Se mostraban siempre frívolos, vanidosos, incapaces de un esfuerzo sostenido, dueños de un carácter que podría ser gráficamente representado por una línea ondulada, con la despreocupación propia de los seres educados para formar parte de una casta afortu-

nada, y cien veces más dispuestos a oírse llamar bribones que a pasar por tontos. Juzgaban de un solo golpe de vista a los hombres y las cosas, emitiendo su opinión, casi siempre desfavorable, en forma seca, cortante y despectiva (291).

Con ello Carrión no solo habla sobre la sociedad de la época sino que admite, además, un cierto determinismo: los jóvenes no pueden ser otra cosa que lo que han sido sus progenitores, y responden a unos condicionamientos de lugar, de época, de clase social y de origen familiar. A veces, este determinismo llega hasta los antepasados peninsulares: los cubanos somos así porque hemos recibido la herencia hispánica y contra ello no hay nada que se pueda hacer. Por ejemplo, la evidente sensualidad del caribeño tiene que ver con condicionantes geográficos pero también étnicos. El panorama que presenta el narrador no es halagüeño, precisamente porque no se puede luchar contra esas leyes de la herencia étnica: «No hay entre nosotros casi nada que hacer, fuera de la sensualidad, y todo predispone a ella: el clima, el cielo, la sangre árabe que nos legaron nuestros antepasados andaluces, el trabajo a que nos dedicamos y la educación que nos dieron» (213). Con Rogelio, el narrador es especialmente expeditivo, porque en la novela es el contrapunto de Teresa. Mientras que ella es la persona honesta, realmente «honrada», sinceramente enamorada y entregada a un proyecto serio, Rogelio es todo lo contrario. Lo que tiene sentido no solo por su baja calidad humana, sino por las mismas condiciones de vida que le han impuesto su «raza» y su educación. Así es como las leyes de la herencia son propuestas por el narrador:

Era solamente un pobre ser, sin energía y sin carácter, una de esas naturalezas vacías que la educación doméstica, en nuestro país, forma para el ocio o los caprichos del azar, incapaces de vencerse a sí propios, imitadores constantes de lo que les seduce en los otros e insuficientes para trazarse un plan de conducta y seguirlo a pesar de todos los contratiempos. Era tal como la raza, las costumbres, el clima y la educación lo habían hecho, y tuvo la desgracia de que, ya que su voluntad estaba condenada a ser siempre la esclava de sus propias pasiones y de la voluntad ajena, no fuera esta la de

una de las dos mujeres que tan profundamente habían influido en la primera parte de su juventud (334).

El determinismo va más allá de los orígenes y la educación: para Carrión, como era común pensar en la época, existe también un concepto masculino y femenino de las relaciones. El sexo también determina, y los conceptos de amor, entrega, deber, generosidad, compromiso, constancia, etc., a menudo se manifiestan de modo diferente, según el narrador, en hombres y mujeres. Existe una visión masculina del mundo y de la realidad, y una mirada femenina. Qué duda cabe que todo eso también guarda una inexcusable relación con el origen y la educación. Ya Martí, en el primer número de la revista *La Edad de Oro*, de 1889, para la educación de los niños, afirmaba que los hombres nacen para un tipo de vida diferente que las mujeres, que han de ser madres y esperar al esposo cuando llega a casa cansado del trabajo. En *Las impuras*, las reflexiones sobre el amor y sus circunstancias son frecuentes, y de vez en cuando adquieren un tinte determinista que denota desde qué posición social y moral, de corte burgués, habla el narrador. Una de ellas tiene lugar durante uno de los encuentros entre Rogelio y alguna de las mujeres que están en su entorno. En este caso se trata de la viuda de Risco, la que presentó hace años a Rogelio y Teresa, de donde surgió esta historia de amores y desamores, columna vertebral de la novela. Durante se encuentro hay fragmentos de diálogos y de narraciones, perfectamente entrelazados. Pero en mitad de la escena, como ocurre a veces en las novelas de Carrión, la narración adquiere la forma del ensayo y el autor arrebatado al narrador el punto de vista, para enunciar una verdad que se dijera, por el tono, científica:

Las mujeres que anhelan el tener continuamente al hombre amado cerca de ellas no saben hasta qué punto es peligrosa la intimidad para la duración del amor en un pecho masculino. Miden la constancia del sexo fuerte por la que ellas mismas se sienten capaces de desplegar, la cual se adapta siempre bien al papel pasivo que en el amor representan todas las hembras de la creación, e ignoran que la psiquis sexual del hombre, cualesquiera que sean su menta-

lidad y su educación, se cimenta sobre la ley biológica que impone a cada individuo de su sexo el *deber* de fecundar (o intentarlo al menos) el mayor número posible de seres del sexo opuesto. Esta verdad fundamental, que vive en la mente de todos, aunque nadie se atreva a formularla, explica por qué las relaciones carnales tienen, a los ojos del hombre, un carácter esencialmente ligero y efímero, y pone de relieve la razón de muchas aparentes contradicciones de la vida social (341).

Las circunstancias que rodean a «todas las hembras de la creación» y la «ley biológica» que atenaza a cada hombre parecen más bien elementos que deberían ser tratados en una publicación de carácter científico. De ahí su clara conexión con el naturalismo zoliano, que convierte las novelas en verdaderos estudios de las leyes por las que se rigen los humanos y, en general, el mundo.

ESTUDIO DE LOS PERSONAJES

La gran diferencia entre *Las honradas* y *Las impuras* es, precisamente, el nivel en el que aparecen los distintos personajes, y los datos que se nos ofrecen de cada uno de ellos. Es evidente que todo esto tiene que ver con el punto de vista de la narración, pero también con la misma configuración de la historia. Esa es la razón por la que muchos críticos han pensado que *Las honradas* es una novela mucho mejor ideada y realizada por el cubano, ya que se trata de la historia de una personalidad muy fuerte y exquisitamente construida, bajo la perspectiva de una primera persona que permite conocer la intimidad real y completa de una mujer. Además, al tratarse de un autor masculino, el reto es todavía mayor, y el éxito, al adentrarse en la psicología de una mujer, combinando elementos físicos y espirituales, casi insuperable. Es cierto que llama la atención el conocimiento tan profundo que Carrión llegó a tener sobre las intimidades de las mujeres, algo que probablemente guarda relación con su labor como médico, y también con la esmerada atención que despertó la psico-

logía femenina en el naturalismo, el darwinismo social y el modernismo de fin de siglo XIX.

Ahora bien, todo esto no quiere decir que *Las impuras* sea una obra menor, o peor lograda. Simplemente es diferente. En ella no se trata de hacer una radiografía completa del alma de la mujer ni del hombre, ni hay una historia personal que contamina las evoluciones de los demás personajes y les da sentido. Y su carácter no es caleidoscópico, como algunos han querido ver, ni tiene una historia efímera y débil, como otros han afirmado, sino que hay un buen argumento, bien expuesto, y unos personajes bien trabados, sobre los que se puede establecer un análisis riguroso y convincente. Lo que ocurre es que *Las impuras* es también la crónica de una época y de una ciudad, La Habana, algo que no aparece en absoluto en *Las honradas*, novela que, salvo por contadas y poco relevantes alusiones, podría haber pertenecido a otro lugar. Uno de los grandes aciertos de *Las impuras* es habernos abierto las puertas a una ciudad, una época y una sociedad que no quedan perfectamente retratadas en los libros de historia. Es más, se puede hacer un recorrido por las calles principales de La Habana, por los lugares de moda, por las costumbres de las clases medias del comienzo del siglo XX, e incluso por el ambiente político enrarecido con las pugnas entre conservadores y liberales, por los fraudes electorales, y la corrupción política, y por el papel de los Estados Unidos en las instituciones civiles y en la vida social del país. Y todo ello salpicado por las correrías de los personajes que dan cuerpo a la historia. Para obtener un análisis más pormenorizado del sentido que tienen los personajes en la historia, hemos dividido el estudio en dos partes, trabajando primero los femeninos, que tienen un peso mayor en la novela, y los masculinos, que dan una imagen de lo que pudo ser La Habana de las primeras décadas del siglo XX por lo que a la vida pública se refiere. En ambos casos, y sobre todo en el estudio de las mujeres, hemos tratado comparativamente los personajes de ambas novelas, *Las impuras* y *Las honradas* porque sus argumentos están concatenados y sus protagonistas tienen unos caracteres comunes, que señalan constantemente la ambigüedad entre los conceptos de impureza y honradez.

En las obras *Las honradas* (1917) y *Las impuras* (1919) —novelas cuyo argumento transcurre simultáneamente—, el escritor cubano perteneciente a la primera generación republicana, aborda la polémica de varias mujeres que luchan por ser felices en la isla durante su época. De manera muy clara y amena, el novelista recrea las peripecias a las que se enfrentan algunas mujeres «buenas» o casadas y «malas» o libres (Méndez, 1990, 1012). Ambos libros fueron rechazados por muchos puritanos de la época, que los consideraban «obras pornográficas» (González, 1979, 18), aunque más tarde se reconocerá el gran valor de las mismas, aceptando su condición de «obra maestra» (González, 1979, 18). Algunos han llegado a comparar *Las honradas* con la novela de Gustave Flaubert: el famoso pintor Marcelo Pogolotti llama a Victoria «la madame Bovary cubana» (González, 1979, 18).

Pero lo más importante es que Carrión busca plasmar en sus dos novelas un tema común, una problemática que contrariaba a las mujeres de la seudorrepública y que trasciende hasta el siglo XXI en muchos lugares, y es el «conflicto espiritual de una mujer en lucha consigo misma y con los cánones de decencia y la falsa moral dictados por la familia y la sociedad» (González, 1979, 32). ¿Cuántas mujeres no viven mal casadas y sin amor en la actualidad? ¿A cuántas no les gustaría romper las ataduras que las esclavizan a una vida no deseada? Sin embargo, saben que la sociedad castiga con desprecio a las adúlteras (no a los adúlteros), a las mujeres que abandonan el hogar, a las que no se doblegan ni se resignan a vivir una vida falsa cuando no hay amor o cuando este se acaba: a las impuras.

Miguel de Carrión descubre el alma de las mujeres impuras y las honradas que se batan con los convencionalismos estipulados por las altas clases sociales, mujeres que descubren sus sentimientos y se enfrentan a nuevos retos en una sociedad de «moral hipócrita» donde no se les permite actuar en correspondencia con sus sentimientos. Muy en el fondo,

«la obra de Carrión pretende sacar a la luz los defectos de las sociedades de doble moral donde «la «honrada» no es más que una «impura» en el fondo (el adulterio de Victoria), y a la inversa, la «impura» es sobre todo más honrada que cualquier otra» (Méndez, 1990, 1022).

En la coyuntura de transición política, desde la independencia a la constitución de la República, y desde el comienzo de ese régimen hasta la primera gran crisis de 1920, Miguel de Carrión, médico, publica sus magistrales novelas *Las honradas* y *Las impuras*, en 1917 y 1919, respectivamente, donde retrata fielmente el fenómeno del nacimiento de una república neocolonial donde afloran «nuevas corrientes innovadoras, que chocan fuertemente contra las arcaicas estructuras de la sociedad y contra la familia tal como estaba constituida» (Yedra, 1975, 126). Es evidente que nuestro escritor pertenece a una generación caracterizada por la búsqueda del cambio social, aunque su obra también es un reflejo de las frustraciones del grupo de intelectuales que no se resigna ante el injerencismo norteamericano y «la nueva casta de políticos, que tomaban como asunto privado los asuntos del Estado» (Yedra, 1975, 126).

Al igual que muchos novelistas hispanoamericanos, Carrión acusa en su obra una gran influencia del costumbrismo. Él resalta el paisaje, su gente, la vida diaria, presentando al lector una realidad ya conocida. Pero también, como genuino representante del naturalismo, Carrión reproduce la realidad de manera objetiva, representando un cuadro exacto de las pasiones humanas de un sector de la sociedad al que hasta el momento se le tenía absolutamente negado y penalizado el derecho de expresar sus sentimientos y deseos libremente: la mujer.

Por tanto, en la obra del cubano se vislumbra el sentir de la mujer de la época. Su condición de médico lo ayudó a sondear y descubrir los secretos del alma femenina en una nación donde la condición esta se percibía como «Una dulce servidumbre llena de todas las recompensas que puede otorgar el entorno: la respetabilidad y el prestigio de la virtuosa, los goces de la maternidad» (Yedra, 1975, 126).

Y es precisamente en esta época de transición y cambios cuando Cuba se abre al desarrollo que le ofrece el país del

norte y la nueva era traerá consigo el nacimiento de una mujer que se enfrenta a los cánones morales de conducta que hasta el momento habían regido la época del colonialismo español, dejando atrás a la mujer temerosa del castigo divino, que se mantenía virgen hasta el matrimonio que era a su vez «el elemento liberador y factor de seguridad» (Yedra, 1975, 144), y para quienes la más plena realización se resumía en la procreación. La nueva era descubre a una fémina que busca sentir la pasión carnal y disfruta gozando de los placeres de la vida.

Las honradas, como ya hemos adelantado, relata la historia de Victoria, «una perfecta casada que se ajusta sexual y moralmente al matrimonio solo después de una experiencia adúltera que la hace despertar a la sexualidad» (Méndez, 1990, 1). Así, de la niña ingenua y pudorosa, Victoria se convierte en la mujer adúltera que vive una pasión desenfrenada. Es capaz de engañar al marido, de consumir un aborto fruto de su pasión prohibida y de vivir experiencias que marcarán para siempre su vida, pensamiento y comportamiento, aunque se las ingenie muy bien para que ni su marido ni el mundo descubran jamás su falta.

Las honradas no es más que una crítica a las reglas sociales acatadas por la clase media durante los primeros veinte años de la seudorepública, plagada de convencionalismos, donde se vive de fachada y, por tanto, la mujer decente debía convertirse en «la perfecta casada», para complacer y servir a su esposo incondicionalmente, aunque su sexualidad quede relegada a un segundo plano y el amor viniera después. Este será el caso de Victoria, que accede al matrimonio convencida de que había elegido al marido perfecto, y cuya vida matrimonial se convertirá en una terrible prolongación de la fatídica luna de miel. Sin embargo, con el paso del tiempo la protagonista va adquiriendo el «domesticado erotismo de la mujer honrada» (Pereira, 1987, 176) hasta que por azares del destino se convertirá en la amante del jefe de su marido.

Por otro lado, *Las impuras* recrea el ambiente de barrio bajo de la Habana a principios del siglo xx. Teresa Trebijo, joven perteneciente a la más alta aristocracia habanera, al

enamorarse de un hombre casado, renuncia al futuro de lujos y bondades que le ofrece la fortuna de su padre para convertirse en Teresa Valdés, asumiendo el apellido que llevaban en Cuba los huérfanos provenientes de la Casa Cuna. A diferencia de Victoria, esta apasionada mujer, a quien el amor lleva a vivir en una casucha de huéspedes de dudosa reputación, no podrá borrar ni su pasado ni su condición de impura; es por ello que terminará como una más de ellas, prostituyéndose después de ser abandonada por el amante.

El autor aborda como tema central la disyuntiva de las mujeres a quienes la sociedad encuadraba en una de las siguientes categorías: honradas o impuras. Las primeras serían las bien o mal casadas, incluyendo también a las solteras y viudas, que reciben respeto y admiración por parte del pueblo. Por el contrario, sobre las pertenecientes al segundo grupo recae el desprecio de la sociedad y el olvido de sus familiares. Es por ello que Victoria, en su época de «honrada» aborrecía a Teresa, la hermana perdida de su cuñado por ser madre de dos hijos ilegítimos y querida de un hombre casado.

Sin embargo, después de vivir en carne propia la locura de un amor real, la muchacha comprende que es difícil trazar una línea divisoria entre las mujeres impuras que parecen honradas y viceversa. A través de la reflexión de su personaje, Carrión establece el conflicto del alma femenina que se debate frente a la dualidad. Teresa y Victoria representan la dicotomía de la mujer real, que puede ser, dependiendo de las circunstancias, impura, feliz y repudiada por la sociedad u honrada, infeliz y aceptada por el mundo. Por eso, la protagonista de *Las honradas* expresa en su diario:

¿Cuántas en el mundo no habrían hecho lo que yo hice [...] De cien mujeres casadas tal vez noventa vivían fuera de las leyes del sexo y de mil adúlteras novecientas noventa lo eran ocasionalmente, volviendo después en silencio al hogar, y solo diez llegaban al desenlace novelesco (Carrión, 1996a, 361).

Según Carrión, en boca de la narradora, «la novela de la mujer no está escrita todavía» (Carrión, 1996a, 17). Sin embargo, salta a la vista el hecho de que esta obra constituye un

ejemplo de dicho tipo de literatura. La novela cuenta en primera persona, por boca del personaje femenino, las inquietudes de la cubana inteligente y audaz, que vive en los albores de la Primera República. Victoria relata su historia y se presenta como la «simple narradora de un drama que se ha desarrollado dentro de mí misma y al que he concurrido como actriz y única espectadora» (Carrión, 1996a, 224). A ella le tocará vivir una sociedad donde la mujer es educada para el matrimonio y reconoce que «tenía la desgracia de pensar mucho» (Carrión, 1996a, 9).

La narración es lineal, va desde la niñez de la protagonista hasta que esta llega a su madurez. Victoria comienza a relatar su vida en Santa Clara, una ciudad del interior del país, donde la protagonista vive sus primeros años junto a sus padres, hermanos y una tía solterona y amargada. Educada dentro de la más estricta moral religiosa, y ajena a todos los secretos mundanos, en la casa de Victoria «no había parejas de animales, los criados eran antiguos y de absoluta confianza» (Carrión, 1996a, 16) y los padres «no se hubieran atrevido a tocarse la punta de los dedos frente a sus hijos» (Carrión, 1996a, 16).

También en *Las impuras* se cuenta una historia que gira alrededor de la mujer, pero a diferencia de su anterior novela, esta historia utiliza la tercera persona, un narrador omnisciente, lo que impide al lector penetrar en la psiquis de la protagonista, como ocurre con *Las honradas*. Teresa es un personaje que rompe con los esquemas, en nada similar a las demás mujeres presentadas por el escritor cubano. Linda y romántica, pero decidida y fuerte, es quizá el ideal de Carrión puesto que, de todos los personajes hasta ahora descritos por él, es la única persona que no se siente atada a las riquezas, no se pliega ante el mundo de la comodidad y la abundancia ni teme al qué dirán.

Ella vivirá su vida al ritmo de las pasiones; por amor se entrega a un hombre que no la valora y, aun sabiéndolo, realiza un enorme sacrificio por él, viviendo enclaustrada en un lugar colmado de vicios, llegando al punto de abandonar a sus hijos por no reclamar la fortuna que le pertenecía, y que era fuente de discordias en su relación con Rogelio.

En *Las impuras* la narración es circular: comienza en el presente, luego se remonta a los tiempos de la niñez y juventud de la señorita Trebijo, relatando el idilio que la llevó a cambiar radicalmente su destino, y más adelante vuelve al tiempo del declive de las ilusiones de Teresa cuando, ya instalados en La Habana, el criollo a quien tanto había amado decide abandonarla para fugarse con la Aviadora, la prostituta a quien había estado frecuentando, fracasando nuevamente en ese intento.

Ambos relatos tienen una época en común: los comienzos de la Primera República en la primera y segunda décadas del siglo xx. En *Las honradas* encontramos a Victoria, quien vive dentro de un mundo de cristal, ajena a la realidad de la vida y preparada por sus padres para llegar al matrimonio completamente inocente en cuanto a la vida sexual. A nuestra protagonista le repugnaba escuchar de boca de su amiga Graciela el hecho de que los matrimonios dormían juntos, y cuál no sería su sorpresa al presenciar el parto de la gata de su tía Antonia «para comprobar que los niños no venían de París» (Carrión, 1996a, 18).

La Teresa de *Las impuras*, por el contrario, había crecido huérfana de madre y desatendida por el padre. Nadie le inculcó los «principios» de la honradez ni el miedo al castigo divino. Así pues, la negra Dominga ocupó el lugar vacío de la madre, y la señorita Trebijo creció escuchando las historias de su nodriza que se refería a sus múltiples relaciones de concubinato con la mayor naturalidad: «Cuando el negro Jacinto era marido mío» (152) o «En ese año era yo la mujer del mulato Esteban, que fue cochero de tu papá» (152).

De esta forma, las dos hijas de una sociedad en pleno proceso de formación, que no ha adquirido aún los rasgos propios de su fisonomía, fueron influenciadas por ambientes completamente diferentes, lo que en gran medida guió sus conductas en la vida. En el caso de Teresa, la educación en el colegio no le sirvió de mucho, aprendió religión, pintura, filosofía e historia, pero no «las cosas necesarias que forman la educación de una señorita» (152).

Sin embargo, para Victoria los estudios realizados en el extranjero serán un factor clave que abrirá sus ojos al mun-

do real. Cuando estalla la guerra en 1895, su familia abandona el país para radicarse en los Estados Unidos, y así como la intervención norteamericana abrió a Cuba las puertas a una enorme mejoría económica, el exilio abrirá a los ojos de Victoria la realidad de la vida. La narradora de *Las honradas* celebra el tipo de educación que recibe de las religiosas americanas, muy diferentes a las monjas de su país, donde se seguía el estricto modelo heredado de la madre patria: «La Iglesia impuso su yugo ideológico sobre la mujer con el dictado de una moral basada en conceptos abstractos» (Yedra, 1975, 124). Por el contrario, las monjas del país del norte eran «religiosas sin fanatismo (...)». Nos preparaban para la vida, no para el claustro» (Carrión, 1996a, 42). Y es en ese colegio donde la joven se entera por boca de sus amigas de los secretos de la vida sexual y las relaciones de pareja: «lo sabía teóricamente todo» (Carrión, 1996a, 35), y aunque la mayoría de las jovencitas aspiraban a «casarse y ser buenas» (Carrión, 1996a, 38), Victoria aún no podía separar «el amor físico de la cierta suciedad orgánica» (Carrión, 1996a, 18).

Una vez terminada la guerra, la familia regresa a Cuba y se radica en La Habana, donde descubren una ciudad que «se abría a todas las expansiones de la vida» (Carrión, 1996a, 35) y es precisamente en ese tiempo cuando ambas novelas coinciden en época y lugar, mostrando ambas caras de la moneda, por un lado, la doble moral de las clases acomodadas, donde muchas «mujeres honestas» ocultan sus faltas por temor al qué dirán, exponiendo la «hipocresía y la mojigatería» (UNESCO, 1961, s/p) de la sociedad de la época y, por otro, la vida en los bajos estratos sociales donde viven «las impuras». Y es que, después de haber hecho un retrato de la burguesía cubana de principios de siglo, Miguel de Carrión «quiere hacer mirar a los lectores al otro lado del tabique» (UNESCO, 1961, s/p).

Tanto en un relato como en otro la narración resulta sumamente detallada. En *Las honradas*, «no se puede dar una visión más veraz y detallada de este período que la que brinda Carrión al levantar los techos de tres o cuatro hogares cubanos típicos» (Pereira, 1987, 118). A pesar de que las des-

cripciones suelen ser muy explícitas y de que este autor costumbrista realiza un retrato hablado de la sociedad habanera, de los típicos ingenios azucareros y de las tradiciones más importantes de la época tales como el noviazgo, «la descripción de los paisajes y los objetos son inferiores a las de los personajes» (Pereira, 1987, 118), puesto que Miguel de Carrión sondea y penetra las almas de sus personajes, principalmente de los femeninos.

En *Las impuras*, por otra parte, como ya hemos señalado, se realiza un retrato hablado de las noches habaneras en «esta Habana indecente y estúpida» (199). Rogelio y su amigo Paco pasean por el malecón repleto de prostitutas y jóvenes desocupados en compañía de Veneno, un chófer de alquiler. «Era la diversión favorita de una juventud melancólica y sin ideales, en la extraña ciudad del trópico, llena de lujuria y de sol» (211). Pero esa rutina de mujeres compradas, ginebra y son aburría a estas «esperanzas de la patria» (311), por lo cual Paco grita al conductor del vehículo «¡Sal de esta perrera, Luis!» (212).

A medida que nos adentramos en la trama de las novelas, se nos presenta un desfile de mujeres de distintas convicciones y perspectivas acerca de la vida y el amor. En *Las honradas* el contraste entre la generación de la Cuba colonial y la que nace en la nueva República se evidencia ante la actitud sumisa de Carmen, madre de Victoria y Alicia que, temerosa del castigo divino, sabe que cuando la mujer se ve tentada a cometer pecado, «uno piensa en otra cosa y reza o se da una ducha fría» (Carrión, 1996a, 66). Esta abnegada señora «que había padecido mucho para conservarse honrada» (Carrión, 1996a, 15) achacará al nuevo estilo de vida tan abierto y disipado la responsabilidad de la pérdida de los valores morales y espirituales, creyendo que la perdición son los trajes de gala, los sombreros y toda la corrupción que traían las mujeres jóvenes que quebrantaban las leyes abandonando a sus maridos: «¿Quién ha visto que una mujer honrada ande fijándose en si su marido es joven, bonito, viejo o feo?» (Carrión, 1996a, 67).

En una línea parecida se encuentran los personajes de Julia Chávez y la tía Antonia, las dos solteronas y de avan-

zada edad: la primera había renunciado a su condición de mujer debido a una frustración amorosa, dedicándose por completo a hacer el bien a los demás, y la segunda, amargada y triste, para quien su virginidad era un trofeo, tachaba a la mayoría de las mujeres de impuras. Para completar este cuadro descubrimos, asimismo, a Doña Juana, viuda desde joven, lo que no le impidió dedicarse a criar a su hija Graciela, manteniéndose decente y venciendo las tentaciones del diablo. Todas ellas tienen un común denominador: son mujeres honradas.

Bajo los preceptos de honradez, obediencia y miedo al castigo divino educarán las señoras madres a sus hijas, seguras de que estas, «casadas con viejos o jóvenes, no son capaces de olvidar un instante sus deberes»; y eso esperan hacer las jovencitas, incluso Victoria, «cuya fe religiosa fue siempre un poco tibia» (Carrión, 1996a, 68).

Sin embargo, Graciela no será para nada como su progenitora, no irá virgen al matrimonio, trabajará para ganarse el sustento y elegirá libremente al hombre con quien se casa, afirmando que son «concubinos» (Carrión, 1996a, 131), que se habían casado «para que las gentes no nos fastidiaran con sus escrúpulos» (Carrión, 1996a, 131) y que si alguna vez se aburriese el uno del otro, «cada uno tomaba por su lado y santas pascuas» (Carrión, 1996a, 131). Ella es un ejemplo de la nueva generación de mujeres que afloraba en la aquella nueva Cuba, cuyo conocimiento y experiencia en materia de hombres le dice que su amiga Alicia es «un bocado demasiado fino» (Carrión, 1996a, 70) para el Señor Trebijo.

Las impuras muestra también el tipo de féminas sumisas y consagradas. Se menciona a la madre de Rogelio, quien debido a su profunda fe religiosa y temerosa del pecado, obliga a su hijo a casarse con Florinda, a pesar de ser esta mayor que él y de clase baja, por el simple hecho de haber quedado embarazada. La legítima esposa de Rogelio es el típico personaje del naturalismo, «seca, desdentada» (179), que se conformaba con las migajas de atención que recibe del marido al que adora, y a quien agradece el favor de haberla hecho su mujer, por lo que recibía sus insultos con humildad, ya que «sabía darse siempre su lugar» (180).

Este personaje presenta numerosas similitudes con Alicia, la hermana mayor de Victoria, que se convierte en la sombra de su flamante marido José Ignacio, hombre de la más alta aristocracia, que le hizo el «honor» de elegirla como su esposa, y a quien admiraba profundamente por su «rectitud de carácter». Ella será el modelo de «la perfecta casada» fiel y honrada, «aunque la condición de mujer honesta se ve siempre aparejada a cierta sequedad del alma» (Carrión, 1996a, 80): por eso no sufre demasiado cuando pierde sus órganos reproductivos a causa de una intervención quirúrgica y se resigna, dedicando su vida a servir al amo y pensando en atenderlo aun cuando se recuperaba de una enfermedad venérea que él mismo le contagió. Alicia muestra en todo momento «esa certidumbre de la que están hechas para ser algún día esposas y madres que lleva dócilmente al matrimonio a las nueve décimas partes de las mujeres» (Carrión, 1996a, 70).

En las dos obras encontramos algún personaje que hace las veces de celestina. En *Las impuras*, la viuda de Risco será quien inicie a Teresa en la vida de la sociedad, en ese mundo de «la risa y las cosquillas» (158) donde más tarde conocerá a Rogelio. Pero, a pesar de los consejos de la experimentada mujer, que en reiteradas ocasiones le sugirió: «cuando la necesidad es mucha, conviene a veces más pedirle una limosna a los hombres que no son de nuestra clase» (161), Teresa hizo caso omiso y se entregó al hombre amado y por esta razón es expulsada de su casa por José Ignacio, el hermano, que había planeado la manera de «deshacerse de la hermana (...) y usurpar su fortuna» (165).

En *Las honradas*, conocemos a una «respetable señora», llamada Úrsula de Montalbán que, como alcahueta de Fernando, se muda a la casa contigua a Victoria y se ofrece a impartir a Victoria clases de pintura, a lo que la joven accede con gratitud, puesto que esto la ayudaría a despejar sus ideas y pasar el tiempo. Sabía que tenía que olvidar la obsesión que le había creado Fernando, por quien comenzaba a sentir una especie de «adoración platónica» (Carrión, 1996a, 242) que atormentaba su alma y la ponía de mal humor.

Como buen escritor naturalista, Miguel de Carrión acondiciona el ambiente de sus novelas para que los personajes no puedan escapar de su destino. Tanto Teresa como Victoria se vieron atrapadas en las redes del azar. A pesar de los esfuerzos de esta última por escabullirse del hombre que la intranquilizaba, un buen día, mientras trabajaba en la casa de su vecina, apareció Fernando Sánchez del Arco, y ella trató de escapar «buscando la puerta con mirada de loca» (Carrión, 1996a, 243), pero ya era demasiado tarde: las palabras del jefe de su marido le impidieron la fuga, asegurándole que solo quería «lo que usted voluntariamente me otorgue» (Carrión, 1996a, 245). Y ella, abandonándose «a un sentimiento nuevo», aceptó verse a escondidas con el hombre amado, para evitar las «suposiciones indiscretas» (Carrión, 1996a, 245).

Las mujeres de estas historias, de una forma u otra, cometieron un error al entregarse al hombre equivocado. Victoria, al casarse con Joaquín Alvareda, sabía que rozaba la edad límite para el matrimonio, que era para entonces entre los veinte y veinticinco años. La recatada joven que no miraba a ningún hombre y había estado soñando con un príncipe azul, decide casarse con Joaquín Alvareda, que era de todos los que la rodeaban «el que le disgustaba menos» (Carrión, 1996a, 97), puesto que con excepción de él y de su padre, todos los hombres le parecían unos «puercos» (Carrión, 1996a, 51), y como hasta entonces su corazón no había latido por nadie, la soñadora protagonista estaba segura de que «todo lo que representase la antítesis de la aversión era el amor o conducía a él» (Carrión, 1996a, 108).

Victoria reconoce que al pensar en Fernando, sentía algo que «me llevaba a gozar y sufrir reviviendo sucesos acaecidos, con rasgos y detalles que resultaban a cada nueva evocación más brillantes» (Carrión, 1996a, 224) y, contradictoriamente, aquella niña tan recatada y decente no sentía ni por un instante que «pensando tanto en un hombre ofendía a su marido» (Carrión, 1996a, 224).

Resulta muy claro que el autor describe el primer enamoramiento de la muchacha, al que ella misma denomina «principio de una enfermedad del espíritu» (Carrión, 1996a, 224). A partir de este momento, Victoria pasaría al bando de las

mujeres impuras, y este padecimiento que la hará abandonar los escrúpulos de mujer decente, como las enfermedades, la irá inexorablemente encaminado hacia uno solo de dos posibles caminos, «la curación o la muerte, sin que puedan detenerla los impulsos de la inútil voluntad» (Carrión, 1996a, 224).

La inconforme mujer se debate entre el conocimiento de sus obligaciones como esposa honesta y el deseo de darle rienda suelta a su imaginación, que era el único lugar donde no podían penetrar los comentarios malintencionados. Por eso se preguntaba, aunque sabía que era demasiado tarde, «lo que habría sido yo si el destino me hubiese unido a un hombre semejante, cuya superioridad hubiera encadenado para siempre el ansia de sumisión que vivía intacta en mi alma» (Carrión, 1996a, 225).

La protagonista confiesa que con el señor Sánchez del Arco, a diferencia de su marido, su sexo «se despertaba bajo la muda e insinuante sollicitación de la caricia» (Carrión, 1996a, 247). Y ocurrió lo que tenía que ocurrir: envuelta entre los besos de Fernando y ante la pregunta de «¿Qué quieres?» (Carrión, 1996a, 252), aquella niña recatada para quien el sexo estaba unido a la «suciedad orgánica» (Carrión, 1996a, 8) y a quien hasta sus propios pies le repugnaban respondió desesperadamente la pregunta del amante diciendo: «¡Todo! ¡Todo tú!» (Carrión, 1996a, 242), y se fundieron los dos cuerpos «en una agonía dulce, apenas sacudida por los últimos estremecimientos de los músculos en relajación» (Carrión, 1996a, 242).

A partir de entonces Victoria se convierte en una mujer más tolerante. Ya no pensaba en la hermana de José Ignacio con repulsión sino con pena. El adulterio la separaba para siempre del título de «mujer honrada» (Carrión, 1996a, 254) que hasta el momento había ostentado, y ello, sumado a la seguridad de que quería continuar en pecado y disfrutar el «deseo satisfecho», la convierte en un ser valiente. Fue así como tomó la resolución de abandonar al marido y huir junto al amante, como lo había hecho la cuñada de Alicia, solo que a diferencia de ella, Teresa Trebijo era una mujer libre.

Aunque para algunos autores «el renacimiento de las ilusiones» de la protagonista ocurre después de «la caída» (Gon-

zález, 1996, 58), en esta etapa de la vida de la muchacha hay un resurgir de la esperanza. Por primera vez alguien de carne y hueso llamaba su atención. Al verse frente a él, sintió «un cosquilleo inconsciente de vanidad a lo largo del espinazo». Ella, aunque aturdida, supo que aquel hombre le provocaba una «extraña emoción» (Carrión, 1996a, 220), y de camino a casa, en el coche de Fernando se vio «entre nubes que volaban con la misma rapidez con que la máquina me conducía» (Carrión, 1996a, 220).

Y Victoria comprende que «el universo no se desplomaba con mi falta» y hubiera cometido cualquier locura, como lo hizo Teresa, si no fuera porque el amante evadía sus proposiciones de escapar juntos a un sitio lejano. Entonces ocurrió lo inesperado: «estaba encinta» (Carrión, 1996a, 259), acontecimiento que llenó a la joven de felicidad, a diferencia de Fernando que, al enterarse de lo sucedido, respondió: «Esa es una complicación grave y tonta, a la que habrá que buscar remedio enseguida» (Carrión, 1996a, 261).

La solución fue sencilla: el aborto. Es este el momento en el que ocurre «la caída» (UNESCO, 1961, s/p). Según Adriana Méndez Rodenas, la frigidez de Victoria en su matrimonio era una consecuencia de «el hecho de que sus necesidades sexuales de mujer no encuentran complemento en la actitud agresiva del marido» (Méndez, 1990, 1017). Pero también es cierto que en la historia se describe a una Victoria que debe su recato a la educación recibida, que siente asco de su cuerpo, y que se casó porque sabía que necesitaba elegir al «menos malo» de los hombres que la rodeaban. Ella no sentirá, ni antes ni después del adulterio, la llama de pasión que se había encendido en los tiempos en que tenía un amante y gemía «Fernando mío; Fernando mío» (Carrión, 1996a, 252). Por lo que queda demostrado que su frigidez era causa del desamor, no de la actitud del esposo.

De esta forma, cuando Joaquín regresó al hogar, después del abandono de Fernando, era para Victoria «como si hubiera vuelto a ver a mi hermano Gastón» (Carrión, 1996a, 299). Y aquella resolución de «mujer honesta», de no seguir viviendo con el hombre a quien había engañado, quedó en el olvido. Alguna vez estuvo a punto de confesar la verdad, pero reco-

noce: «retrocedí en el acto» (Carrión, 1996a, 305). Ella «se acomoda definitivamente a su papel de esposa» (Méndez, 1990, 1019): sabía que le convenía mentir y «debía seguir» (Carrión, 1996a, 305), pues nada ganaba con colocarse en el bando de las impuras. Al fin y al cabo, ¿qué más podía pedir? Contaba con un marido que «Luchaba por mí, para mí, para tejer en torno mío la red de comodidades y placeres que había soñado» (Carrión, 1996a, 306). Y se dejó querer, puesto que en el fondo sentía por él «una especie de lánguido estremecimiento» (Carrión, 1996a, 306).

Por otra parte, el hecho de ser una experta en cuestiones del amor y el sexo hacía que pudiera «buscar las sensaciones y provocarlas» (Carrión, 1996a, 308), lo que fue suficiente para complacer al buen hombre con el que se había casado y sentirse a la vez complacida. Finalmente tenía mejor suerte que muchas otras mujeres, puesto que «las tres cuartas partes de las casadas no han experimentado nunca las tales satisfacciones de la intimidad» (Carrión, 1996a, 329).

Una vez más se pone en entredicho la condición de «mujer honrada», cuando Victoria reflexiona sobre su vida cuestionando qué pasaría si «todas las honradas reales y aparentes, escribiesen como yo, la historia de su vida íntima» (Carrión, 1996a, 308). El personaje creado por Miguel de Carrión no es más que el reflejo de la mujer que va al matrimonio sin conocer el amor y fracasa, por diversos motivos, y en esa situación se siente atrapada, puesto que no puede pasar página y regresar al pasado a buscar en otro hombre lo que no encuentra en su pareja.

Es entonces cuando tiene ante sí dos opciones: la primera consiste en mantener las apariencias y fingir felicidad, aunque alguna vez tenga que caer en la infidelidad y el adulterio. La segunda, la más difícil, fue la opción de Teresa Trebijo en *Las impuras*: abandonarlo todo por el hombre amado aunque la sociedad le colocara el estigma de mujer impura. Y también Victoria hubiera seguido a Fernando, pero para su bien este no accedió a sus ruegos de llevársela lejos de allí. «¿Cuál era el mejor camino? Nuestra «aparente honrada» no llega a encontrar la verdadera respuesta; había perdido la cabeza por Sánchez del Arco y amaba a Joaquín «con un amor tierno,

no con amor apasionado y violento» (Carrión, 1996a, 328), pero al menos este último no la hacía sufrir.

Así, en el matrimonio Alvareda volvió a reinar la paz, y tal como se lo pronosticó la comadrona que le practicara a ella el aborto, la alegría del embarazo inundó el hogar de los señores, quienes se llenaron de júbilo ante la inminente llegada de una hija. Era una nueva etapa en la vida de la pareja y el recuerdo de aquel amor infructuoso había quedado en el olvido para siempre.

En cierta ocasión, durante un paseo realizado junto a su hermana Alicia, Victoria se encontró repentinamente visitando un ingenio azucarero, propiedad de alguna familia bastante adinerada. El lugar que visitaban era como una especie de museo, y de repente los ojos de la protagonista se encontraron con un retrato al óleo que la dejó paralizada. Era él, Fernando Sánchez del Arco, el hombre por quien estuvo a punto de perder la cabeza, pero esta vez su corazón no dio un vuelco, sino que por el contrario, lo miró fijamente y le volvió la espalda, segura de que «lo pasado estaba muerto» (Carrión, 1996a, 339). Fue entonces cuando supo que se había levantado de «la caída».

En *Las impuras* la trama transcurre de manera simultánea a *Las honradas*. Teresa Trebijo, la protagonista, tras abandonar su vida de niña rica y renunciar a la herencia paterna, comenzará a descender en los ámbitos social y moral. En el primer capítulo, esta llega a La Habana para encontrarse con el amante, padre de sus dos hijos y hombre por quien la apasionada joven había abandonado todo, que la llevará a vivir a un cuartucho de pensión de dudosa reputación. Y a pesar de que resultaba un tanto humillante para ella, la altiva mujer, consciente de su posición de querida de un hombre casado, acepta el nuevo nido de amor afirmando erróneamente que «nada puede contagiarse de toda esa inmundicia» (141). Y allí pasará todo el tiempo de la narración, esperando, como una nueva Penélope, al hombre que siempre prometerá y nunca cumplirá.

Carrión presenta la personalidad de Teresa como alguien que posee una «innata rectitud de espíritu» (168), sin embargo, la desinteresada muchacha se encontrará mas adelante

vendiendo su cuerpo a Don Rudesindo, el presidente de «la Asociación de padres de familia para el Saneamiento de las Costumbres» (233), un español sin escrúpulos que le compra una noche de amor. A esta mujer le ganaba la batalla «el miserable dinero que despreció toda su vida, y mediante el cual un hombre (...) iba a adquirir el derecho de descubrir sus más íntimos encantos» (423-424).

Tanto en la vida de Victoria como en la de Teresa existe un ciclo de acontecimientos que conllevan al final infeliz. La primera de ellas pasa de ser una niña que se enamoraba de los protagonistas de sus novelas rosas a casarse con Joaquín Alvareda, y después de la decepcionante luna de miel llega para ella la «pérdida de las ilusiones». Más adelante, la relación con el Señor Sánchez del Arco dio inicio al «renacimiento de las ilusiones» y no tardará en darse cuenta de que el amante solamente disfrutaba de la conquista y dejó de hacerlo después del aborto, por lo que la muchacha cayó estrepitosamente en un abismo de desilusión o «el naufragio», como lo denominara ella misma (Carrión, 1996a, 261).

En el caso de Teresa, el renacimiento de las ilusiones vino con el amor de Rogelio: por él luchó y sufrió, albergando la esperanza de que el hombre valorara su sacrificio hasta que, ante el alejamiento de su concubino, la abnegada mujer se desploma para quedar hundida en «la caída».

Y nos preguntamos con Jorge Montori: «¿Cómo cae Victoria en *Las Honradas*? ¿Cómo cae Teresa en *Las Impuras*?» (UNESCO, 1961, s/p). La respuesta a estas interrogantes parece sustentarse en el hecho de que las frustraciones, insatisfacciones y fracasos provocan el declive en una sociedad de fingida moral y falsos ídolos: «Victoria y Teresa son vencidas por el ambiente (...) frenadas por la hipocresía o aplastadas por el conglomerado social» (UNESCO, 1961, s/p).

Ante la súplica de Rigoletto de que abandone la decisión de vender su cuerpo al «respetable español» Don Rudesindo, la joven responde «Soy una criatura rara, que nació antes o después de su época y que no encaja en los moldes de esta sociedad» (405) Y el lector se pregunta constantemente por qué lo hace. Probablemente por amor a Rogelio y a la vez por despecho. La protagonista actúa guiada por sentimientos

e impulsos, no razona, se vanagloria sabiendo que su conducta ponía el honor del amante en entredicho y sentía una «rabiosa alegría al sentirse manchada, cual si su venganza cayera también sobre Rogelio, sobre su hermano, sobre todo lo que pudo dignificarla y no lo hizo» (422).

Ambas novelas tienen un final pesimista. Victoria hace una reflexión acerca de la nueva sociedad habanera por donde desfilaban las jóvenes «por aquel gran mercado de carne de mujer» (Carrión, 1996a, 345) y donde los hombres iban a divertirse buscando nuevas presas. Aunque la señora de Alvareda vive cómodamente y se siente amada por el esposo, la familia y su pequeña hija Adriana, sus palabras no denotan felicidad, más bien conformidad con su destino. Piensa en las mujeres que la rodean y se cuestiona si habrán llegado a ser felices. No lo había sido Teresa, «la rebelde vencida» (Carrión, 1996a, 360); no es probable que lo fuera su madre, «que acaso jamás conociera el verdadero amor» (Carrión, 1996a, 360), y hacía la vista gorda ante los deslices de su yerno José Ignacio, que condenó a su mujer a la esterilidad, «la pobre ciega mutilada por la cirugía» (Carrión, 1996a, 360), y cuya falsa bondad no le permitía socorrer a su cuñada Teresa, que se encontraba en medio de una verdadera miseria mientras el hermano dilapidaba la herencia con sus amantes; podía haberlo sido la tía Antonia, «conduciendo hasta la tumba la áspera diadema de su pureza» (Carrión, 1996a, 360), quien hablaba mal de todas las mujeres que no habían sido como ella. La respuesta para todas estas interrogantes es la misma, y es negativa.

El mundo que la rodeaba era hostil con respecto a las féminas; las propias mujeres eran crueles con las de su género, e incluso ella lo había sido al juzgar a Teresa, cuando aún no se había convertido en adúltera. Por eso sabe que la mujer, desde que nace, tiene por delante un escabroso camino y teme por el futuro de su heredera que, como a ella, le tocará vivir en una sociedad donde es preciso fingir y sacrificar deseos, e incluso sueños, para ganar la condición de «honrada»: «¡Qué extraño e incomprensible título, por cuya posesión tantas cabezas se habían inclinado bajo la corona del martirio!» (Carrión, 1996a, 360). Ningun-

na de las que conocía había sido ni «completamente honrada» ni mucho menos «feliz.» Así, a Victoria le asusta pensar que «había tanta amargura oculta en todas aquellas vidas consagradas al engaño de los demás y de sí mismas» (Carrión, 1996a, 360), y termina la reflexión descubriendo «el horror de que mi Adriana sería también algún día mujer y que sobre su conciencia pesarian las mismas cadenas» (Carrión, 1996a, 362).

Sin lugar a dudas, *Las honradas* refleja «una concepción naturalista» (Yedra, 1975, 132) en la que, frente al conflicto entre el individuo y su mundo circundante, Victoria «logra esquivar el encuentro con la mirada reprochadora de la sociedad» (Yedra, 1975, 133) y alcanza la resignación que le dan las experiencias vividas, abandonando los sueños de amar apasionadamente a un hombre ideal, para vivir cómodamente en el próspero hogar que comparte con un hombre al que no ama. De la misma manera parece que el autor abandona el romanticismo y se acerca con tristeza al naturalismo, en la medida en que sabe que Cuba trata de imitar el modelo de sociedad de los Estados Unidos, pero concluyendo que sus paisanos no tendrán éxito en el empeño «civilizador», hablando en términos sarmientinos. Para él no hay remedio posible, la suerte está echada: se lamenta de que la nueva nación «inauguraba la corrupción explotando los hábitos heredados por la administración colonial» (Yedra, 1975, 143) y está seguro de que «El pueblo americano es laborioso, mientras el cubano, por su condición, solo sabe vivir del fraude» (Yedra, 1975, 144), por lo que no cree en el futuro brillante que se le auguraba a Cuba durante la época de las vacas gordas.

La protagonista lanza, desde su balcón, una última mirada a la decadente Habana. Es indudable que, como cualquier ser humano, después de «la caída», había aprendido a ser más tolerante con los demás y con el mundo que la rodeaba. Pero, a pesar de que había logrado «el equilibrio del espíritu y de la carne» (González, 1979, 58), se percibe en ella una honda melancolía. Aunque algunos autores denominan dicha etapa como el «renacimiento de las ilusiones» (González, 1979, 58), el tono de la narración hace pensar,

contradictoriamente, que lo que se avecina es «la pérdida de las ilusiones», y es que aunque ella había sido una mujer rebelde e independiente, termina resignándose a vivir al lado del hombre a quien no ama. El entorno la vence y le sigue el juego a su destino acatando la regla de oro de su tiempo, por la que el estado ideal de la mujer es el de casada. No quiere ser de las «mal vistas» por la sociedad que dividía a las mujeres en dos grupos «las que llegaban al amor completo, casándose, buenas, y las que amaban sin casarse, malas» (González, 1979, 58). Y queda «todavía pensante, insatisfecha espiritualmente, preocupada por el porvenir» (González, 1979, 59).

Así como Victoria se desconcierta al pensar en lo que le espera a su pequeña hija, al autor de *Las honradas* y *Las impuras* le preocupa el futuro de Cuba. Elena Yedra, profesora de la Universidad de Las Villas en Cuba, afirma que este escritor «No tiene fe en el cubano, ni en sus capacidades de autogobernarse. Cree que esta incapacidad es inherente a la raza» (Yedra, 1975, 127). Para ella «la tristeza de Carrión es la de Victoria» (Yedra, 1975, 138).

Probablemente, la preocupación de Carrión es también la de Victoria. Al final de esta magistral novela la protagonista se pregunta qué pasará en un país donde en el futuro «tampoco se creará en Dios» (Carrión, 1996a, 364). «¿Qué quedará de la honestidad de las mujeres, de la poética organización de la familia, de cuanto ha creído y venerado el hombre durante miles de años?» (Carrión, 1996a, 366) y se pregunta también si sería o no correcto educar a Adriana «aceptando como buenas las mentiras de un dogma moral en el que ya no creía» (Carrión, 1996a, 369).

A diferencia de Victoria, la Teresa Trebijo de *Las impuras* no logra levantarse ni cubrir con un manto de falsa honestidad la falta cometida. Después del abandono del amante se preguntó «si no habría vivido equivocada toda su vida» (424), pero ya había perdido las fuerzas que en otro tiempo el amor le hubiera dado para enfrentarse al mundo. Tampoco tuvo una amiga, una Graciela que la aconsejara, como sucedió en *Las honradas*, y como había vivido tan enclaustrada, tan dedicada a Rogelio, al faltarle él había perdido todo.

En toda la obra de este escritor se evidencian rasgos del naturalismo: «En la novela naturalista no habrá individuo más inerte ante las pasiones propias o ajenas que la mujer» (Prendes, 2003, 183). Algunos autores opinan que Carrión, «en el fondo romántico» (Yedra, 1975, 141), hace notar en sus personajes algunos rasgos de ese movimiento literario que ya había sido reemplazado por el realismo y el naturalismo. Ciertamente, las escenas naturalistas de la obra presentan un toque de romanticismo. La operación de Alicia, por ejemplo, cuando la pobre esposa del respetable José Ignacio Trebijo fue sometida a una delicada cirugía, después de haber pasado mucho tiempo padeciendo dolor en el vientre, a causa de las «cositas de los maridos», deja en un estado de postración «una pobre mujer para toda la vida» (Carrión, 1996a, 268).

Carrión, como médico y escritor naturalista, describe la cirugía con lujo de detalles: «la herida se abrió, dejando una masa blanda y amarilla sembrada de gotitas de sangre» (Carrión, 1996a, 269); y la hermana de la paciente no podía dejar de sentir vértigo ante la herida, la sangre y los instrumentos del Doctor Argensola que «se introducían en el vientre, hurgando y moviéndose con calma» (Carrión, 1996a, 269). Pero este no es un naturalismo crudo; la descripción se suaviza cuando, al ver los órganos extraídos, el médico afirma: «¡Véalos envueltos por la inflamación de las trompas. ¿Se fija usted? (...) pero conservan todavía algo de su forma de flor. ¿Sabía usted que las mujeres tienen flores por dentro? Mire si hay poesía en ustedes» (Carrión, 1996a, 272).

Otra escena donde se plasma el naturalismo es cuando Victoria decide que «quitar el estorbo era lo mismo que no haberlo colocado en aquel sitio» (Carrión, 1996a, 272). Así fue como, acompañada de Úrsula, nuestra valiente protagonista acudió al lugar donde se liberaría de aquel «embrión sin personalidad ni conciencia» (Carrión, 1996a, 281). Allí, una simpática «Comadrona Facultativa» (Carrión, 1996a, 282), la atendió consolando a la embarazada con el argumento de que no había otra salida puesto que «la mujer es siempre víctima, dentro y fuera del matrimonio» (Carrión, 1996a, 283). Lo que siguió fue el dolor. La joven afirma que «Me sentía penetrada por el chorro del irrigador, cuya cánula, movida

por la mano de Adelina, se revolvió de un lado al otro en el interior de mis órganos» (Carrión, 1996a, 287).

Tal como a muchas mujeres a las que se practica un aborto en condiciones precarias, la fiebre, la infección y la hemorragia no se hicieron esperar. En ese momento, como un ángel caído del cielo apareció Graciela, a la que la enferma confió su verdadero padecimiento y, comprendiendo perfectamente lo que estaba sucediendo, se asignó ella misma el papel de enfermera, salvando la vida de su amiga. Sin embargo, serán los golpes de la vida misma los que harán que Victoria deje de soñar con el príncipe azul, porque «la experiencia la hará amargamente realista (...), al adecuarse sus sentimientos a lo prosaico de la vida» (Yedra, 1996, 126).

El personaje de Teresa en *Las impuras*, efectivamente, parece como sacado del romanticismo e insertado dentro de la novela naturalista: por amor lo arriesga todo y su vida desemboca en un final trágico. Después de verse abandonada y traicionada por su amante, lejos de exigir el monto de la herencia que le correspondía, lo que le permitiría vivir junto a sus hijos y tapar un poco su deshonra, prefiere aceptar la derrota, que es como la muerte. Se convierte en una prostituta y lo hace a propósito, aceptando un dinero que ni siquiera tocó. Sentía «la alegría, al sentirse manchada, cual si su vergüenza cayese también sobre Rogelio» (422). En última instancia, su conducta despechada está guiada por el amor: «lo que le dolía es que el hombre elegido por ella no hubiese estado a la altura de sus sentimientos» (409).

Aunque la amante de Rogelio está resuelta a morir en vida, a no levantarse de su «caída», la mujer es consciente de que debe dejar «resuelto el problema de los niños» (405), y por eso le envía un ultimátum a Alicia, esposa de José Ignacio Trebijo que, asustada ante la idea de desobedecer al marido, pide a Victoria que se entreviste con la hermana perdida de su marido.

En este momento se conectan ambos relatos. Carrión, magistralmente, enfrenta a sus dos protagonistas, Victoria, la honrada impura y Teresa, la impura que hasta ese momento había sido la más honrada de todas las mujeres creadas por

este escritor. Y así fue como en una habitación que esta última alquilara, en un lugar humilde pero menos inmundo que la que su amante le había proporcionado, Teresa Valdés suplicó a su interlocutora un único favor: «Quiero que mi hermano se encargue de pagar la pensión de sus sobrinos en el colegio (...) y que su esposa me ofrezca hacer que los cuiden si se enferman» (Carrión, 1996a, 355). Esta madre desesperada que no había «tenido más ley que su conciencia» (Carrión, 1996a, 353), no pide nada para sí misma porque no le preocupa su suerte, sabe que su lucha ha terminado, y expone, refiriéndose a los pequeños Rodolfo y Armando, la resolución de no verlos más «porque es menester que también me considere muerta para ellos, en lo sucesivo» (Carrión, 1996a, 354).

Se describe entonces una escena romántica y conmovedora: la esposa de Joaquín Alvareda accede a encargarse de los hijos de su concañada, lo que ella agradeció entre sollozos de alegría. Victoria, por su parte, se marcha con la emoción de haber presenciado el sacrificio de una madre desesperada que le jura no olvidar su generosidad, y se apresura a salir escalera abajo, pero al dar la última mirada atrás cuenta cómo «las lunas del armario me devolvieron (...) la imagen de la madre, todavía estrechamente abrazada a los niños y llorando desoladamente sobre sus rubias cabecitas» (Carrión, 1996a, 357).

Pero no comprendemos por qué Teresa Valdés decide renunciar a la custodia de sus hijos. Tenía en sus manos la oportunidad de recuperar sus bienes. También Rigoletto, su único amigo, le había ofrecido gestionar un puesto en las oficinas de Hacienda, pero ella rechaza la oferta alegando que «después que haya resuelto el problema de los niños, seré libre como el aire, y viviré, no se todavía cómo (...). No puedo soportar otros yugos que los que voluntariamente me impongo» (Carrión, 1996a, 357).

Sin lugar a dudas, a pesar de ser Miguel de Carrión un gran conocedor de la mujer, su condición de hombre le impide meterse de lleno en la piel de una madre. Contradictoriamente, Teresa tiene en sus manos la posibilidad de cambiar el curso de los acontecimientos, pero se priva de la dicha

de ver crecer a sus hijos, de cuidarlos y ayudarlos a vivir. Prefiere abandonarlos basándose en que «no quiero que mis hijos sean ricos sino por su propio esfuerzo» (405). Pero lo cierto es que más que quitarles la herencia, los despoja del derecho de crecer junto a su madre. La actitud de esta mujer no concuerda con el inmenso amor de madre que dice profesar a sus retoños.

Sin embargo, ella sí realiza un enorme sacrificio por la hija moribunda de Rogelio. Al marcharse este, la enferma Lillina sufre un ataque de tos que agrava su salud al punto de quedar al borde de la muerte. Florinda, la madre, en un último intento por revivir a la niña, llama a un curandero que le promete sanar a la criatura a cambio de quinientos pesos. Desesperada, acude a todos los que van a visitar a la enfermita, contándoles su pena ante la imposibilidad de pagar al brujo, y es entonces cuando la querida de su marido, aquella que había preferido dejar huérfanos a sus hijos, ofrece semejante suma a su rival. Aun sabiendo que Lillina no se salvaría con los brebajes del hechicero, consigue el dinero acostándose con el señor Sarmiento para convertirse en una más de las tantas impuras con las que compartía su casa de huéspedes.

El final de la novela es de un naturalismo bastante áspero. La muerte de la criatura agonizante se describe con lujo de detalles: «Ya no tenía aquel tinte amoratado en el rostro (...) sino una palidez de cera» (427). Es el típico cuadro de un moribundo, lo que el autor, como experimentado galeno, sabe detallar minuciosamente hasta llegar al momento del fallecimiento de la enferma.

Los finales de *Las impuras* y *Las honradas* dejan al lector frente a una incógnita. Victoria termina reflexionando acerca de su vida pero sin llegar a conclusión alguna. Y mientras piensa en el futuro de Adriana, la niña se aproxima a ella para preguntar: «¿En qué piensas?» (Carrión, 1996a, 372). A lo que la madre, debatiéndose aún ante la interrogante de si debía educar a su hija para ser «esclava o vengadora» (González, 1979, 59), simplemente responde «¡Pensaba solamente en ti!» (Carrión, 1996a, 372).

Teresa, por su parte, después de haberse enfrentado al mundo por amor, se rinde ante la certeza de saber que «El

amor, tal como yo lo soñé, no existe» (433). El medio la vence, el destino la vence, imagina que «a pesar del dolor del tiempo perdido» (433), no puede cambiar ya su vida y resueltamente afirma «desde que dejé de creer, dejé de querer» (433). Luego se marcha, dispuesta a cumplir con su destino, despidiéndose del enamorado Rigoletto con un apresurado «¡Hasta mañana!» (439) y dejándolo desconsolado al saber que no hubo manera de retroceder «la rueda del destino» (440).

Sin duda alguna, *Las impuras* y *Las honradas* constituyen una muestra de lo que se denomina «la novela de la mujer» y sus protagonistas pasan por una serie de etapas que fluctúan desde la inocencia romántica hasta el final naturalista donde son llevadas por los golpes de la vida. Como afirma Mirza L. González, «Carrión siguió todas las tendencias características del siglo XIX: Fue romántico, realista, naturalista, positivista, científico y pedagogo» (González, 1979, 6).

Cada una de estas obras relata una historia distinta, pero en ellas se presenta un común denominador: sus protagonistas son mujeres que van en busca de la felicidad. En *Las honradas* apreciamos a una joven tímida, recatada y sobreprotegida por su familia, que solo descubrirá el amor en brazos de su amante. Por otro lado, en *Las impuras*, conocemos a Teresa, osada y valiente, quien «adquirió de la negra Dominga y de la viuda de Riscoso los fundamentos de una moral atrevida que regiría su vida» (González, 1979, 34).

Ambas mujeres son, de una forma u otra, víctimas de una sociedad que juzga a aquellas que no acatan los obsoletos preceptos morales establecidos. Ellas constituyen las dos partes de un todo. Cada una de las novelas presenta una de las caras de la mujer de carne y hueso que puede ser, dependiendo del momento en que le toque vivir, audaz o pudorosa, ardiente o frígida, honrada o impura. Así como Miguel de Carrión mira hacia ambos lados de la sociedad, también divide en los personajes de Teresa y Victoria las características de una mujer real, reflejando un problema que atañe a las damas aún hasta el día de hoy, pues es precisamente ante el miedo al rechazo social que muchas prefieren ocultar sus sentimientos para seguir perteneciendo al grupo de «las honradas».

Las novelas, además de criticar los arcaicos preceptos y prejuicios sociales, revelan las características de la sociedad patriarcal que la mujer misma sostiene. Flora, la dueña de la casa de huéspedes de *Las impuras*, es tratada con cierta deferencia por las demás prostitutas, puesto que «fue llevada a la iglesia, como Dios manda» (260). La fea Luisa Guzmán en *Las honradas* «había comprado un marido» (Carrión, 1996a, 361), porque para hacerse respetar por sus amigas tenía que tener el estatus de «casada». Incluso Graciela, que es el personaje de ideas más avanzadas, ocultó su falta: «no fue virgen al matrimonio, y supo hacer feliz al marido a pesar de su engaño» (Carrión, 1996a, 361).

Victoria, la romántica muchacha, después de haber cometido adulterio sentía que no podía ver más a Joaquín y confiesa en su diario: «lo había determinado irrevocablemente la rectitud de mi corazón» (Carrión, 1996a, 361). Más adelante reflexiona acerca de su situación y acepta cómodamente seguir siendo la señora de Alvareda, a sabiendas de que no sentía amor por su cónyuge. Teresa, por su parte, decide pasar a formar parte del bando de las impuras, puesto que después de haber hecho pública su falta, ni su hermano ni la sociedad le permitirán volver a ser vista como «una mujer decente.» Las mujeres de estos relatos se autocastigan, en el fondo, por miedo a la censura del ámbito moral en el que viven.

Ambas obras constituyen una denuncia social de un mundo donde la mujer, víctima de sus propios prejuicios, toma el camino equivocado. Ellas, en última instancia, condicionan su vida al hombre. Por miedo a perder el bienestar económico, Victoria se resigna a vivir con un hombre al que quería un poco más que a su hermano Gastón. En el caso de Teresa, para manchar la honra de Rogelio, prefiere prostituirse, rechaza el trabajo que le ofrece Rigoletto y pierde la oportunidad de rehacer su vida, después de haber sido abandonada por Rogelio.

El escritor censura la idea de la mujer conforme, que se rinde y no busca alternativas, pues ambas protagonistas terminan claudicando, sin siquiera tratar de emprender la lucha por encontrar una segunda oportunidad de amar.

Desfile de modelos masculinos en Carrión

Así como en *Las impuras* se presenta una gran cantidad de mujeres de distintas clases sociales, formas de pensar y concepciones acerca de la vida, los personajes masculinos presentan entre sí rasgos similares, numerosos aspectos en común. Además, como ocurre en el resto de las obras del cubano, los personajes masculinos se esbozan, sin la profundidad dedicada a personajes femeninos como Victoria o Teresa. Nada más ser publicada *Las impuras*, el crítico Arturo Montori publicó el artículo «La obra literaria de Miguel de Carrión» en *Cuba Contemporánea*, y en él dedicaba algunos párrafos a esos personajes masculinos, a los que colocaba en un lugar muy inferior al de los femeninos. Por ejemplo, de Rogelio, decía:

El seductor, según aparece en la novela, es una especie de barbilindo, tipo vulgar, sin relieve psicológico de ninguna clase, sin más actividad en el transcurso de todo el argumento, que repartir su tiempo entre su mujer y su querida y dilapidar el caudal heredado de su padre (UNESCO, 1961, s/p).

Y más adelante realizaba un breve recorrido por todos los personajes masculinos de las novelas publicadas hasta entonces por Carrión, señalando claramente sus puntos débiles:

La mayor parte de sus tipos masculinos resultan imprecisos, falsos o insignificantes; su comportamiento se halla frecuentemente en fricción con sus rasgos de carácter. No encuentro más que dos tipos verdaderamente interesantes en todos sus libros: Juan, el protagonista de *El Milagro*, y el José Ignacio Trebijo de *Las honradas*; en escala menor pudiera aceptarse también al Paco de *Las impuras*. El protagonista de *El Milagro*, por su intensa vida interior revelada en el conflicto en que su amor por Jacinta lo coloca (...). José Ignacio Trebijo, en *Las honradas*, y Paco en *Las impuras*, encarnan a maravilla, el primero, el cerdo con figura humana a quien no mueve, en ningún caso, inspiración alguna que rebase el ni-

vel de sus toscos apetitos, condición disimulada tras la máscara de la más perfecta hipocresía; y el segundo, el cínico, totalmente despreocupado de la opinión ajena, producto legítimo de un medio social gangrenado donde fermentan todas las corrupciones y encuentran ambiente propicio para desarrollarse, todas las concupiscencias. Aparte de estos, todos los demás tipos masculinos introducidos por Carrión en sus novelas, me parecen de una extremada inconsistencia. Impresión que se acentúa, sobre todo, en los personajes que aparecen en primera línea (UNESCO, 1961, s/p).

Para Montori, si bien los personajes masculinos más desarrollados no son más que tipos mal trabajados, los demás no merecen ser tenidos en cuenta, por su casi nula consistencia. Por eso se ensaña con ellos:

Joaquín y Fernando en *Las honradas*, y Rogelio en *Las impuras*, tengo para mí que son tres figuras de un escaso vigor; tipos sin relieve psicológico, sin energía espiritual, sin condición alguna que justifique la naturaleza superior de la acción que desenvuelve en su vida. Joaquín es el tipo de hombre amorfo, ciego e incapaz de comprender las sutiles complicaciones del dinamismo femenino (...). No se comprende de dónde puede dimanar la fuerza de atracción de un tipo así, para provocar la explosión pasional que a su retorno a la fidelidad conyugal se efectúa en su mujer (...). Qué decir de Fernando, el seductor irresistible (...) cuya única fuerza de fascinación parece estribar en sus lacayos galoneados y en sus lujosos automóviles (...). Más absurdo me parece todavía el Rogelio de *Las impuras*. ¿Cómo es posible atribuir a un tipo semejante la seducción y la permanente conquista de una mujer de la extraordinaria condición psicológica de Teresa? Cuando se lee la novela, se tiene la impresión de que este personaje bien pudiera ser una especie de hermano menor, débil y abúlico, de la heroína, a quien ella se creyera en la obligación de proteger y alentar (UNESCO, 1961, s/p).

Pero lo más interesante de este análisis es el colofón. Montori, contemporáneo de Carrión, que conoció y trató personalmente al novelista, se pregunta por qué existe una «escasa disposición» en tan «eximio novelista» para crear personajes

masculinos verosímiles, con fuerza y profundidad psicológica. Y achaca esta laguna a una «falta de real habilidad para penetrar el carácter de los individuos de este sexo» (UNESCO, 1961, s/p). En conversaciones privadas y actuaciones públicas, manifiesta Montori que se ha asombrado en multitud de ocasiones «ante la ingenuidad y ausencia de malicia» con que ha oído hablar a Carrión «acerca de la condiciones intelectuales o morales de cualquier sujeto, por muy abundante que haya sido su trato con él» (UNESCO, 1961, s/p). Y piensa, además, que debido probablemente a esa carencia del novelista, su vida pública ha sido poco exitosa porque, hasta entonces, aparte de su condición de profesor de la Escuela Normal, el cargo más elevado que ha ostentado ha sido el de Secretario del Ayuntamiento de San Antonio de las Vegas, «desventura burocrática en que lo precipitaron, según tengo entendido, los mismos pecados de su azarosa juventud» (UNESCO, 1961, s/p). Y concluye:

Colóquense mentalmente, por un momento, el talento enorme de este escritor, y su fabulosa cultura, al lado de las medianísimas cualidades que le ha bastado aplicar a la turba de politicuelos que hoy dirigen, en sus diversos aspectos, nuestra vida nacional, para comprender que tan solo una circunstancia como la referida puede haber producido una consecuencia tan absurda (UNESCO, 1961, s/p).

Parece un poco ridículo relacionar el poco éxito en la vida social y política de Carrión con su escasa habilidad para penetrar en el alma de los hombres, cuando ha demostrado suficientemente que es capaz de desentrañar la de una mujer con una maestría nunca vista en un escritor masculino. De hecho, Montori es consciente de que las mujeres que han opinado sobre las novelas de Carrión lo han hecho elogiosamente e incluso han llegado a decir: «Este hombre ha tenido que ser mujer alguna vez para saber estas cosas» (UNESCO, 1961, s/p). No debe tratarse, por tanto, como de una incapacidad para penetrar en el alma de los hombres, algo, en teoría, mucho más fácil para él, que era hombre y trataba médicamente tanto a hombres como a mujeres. Pensamos que esta característica de su obra responde más

bien a una estrategia. Carrión pretende dar a la mujer un protagonismo que rara vez ha tenido en la historia de la literatura cubana, si exceptuamos novelas como *Sab*, *Lucía Jerez* o *Cecilia Valdés*. Sin embargo, en ninguna de esas novelas encontramos, ni por asomo, la profundidad psicológica de la Victoria de *Las honradas*. Ni siquiera en *Sab*, obra escrita por la primera gran autora cubana, Gertrudis Gómez de Avellaneda. ¿Qué impide a un hombre que es capaz de realizar un estudio magnífico del alma femenina, hacer lo mismo con el hombre? Probablemente sus propósitos narrativos. Carrión quiere manifestar su pericia, dar a conocer sus secretos en el conocimiento del alma femenina, y no está interesado, por otra parte, en hacer lo mismo con el hombre, porque lo que desea resaltar es la condición de la mujer en una sociedad machista, las posibilidades reales de comportamiento en una sociedad que, como él dice en su prólogo a *Las honradas*, divide a las mujeres en dos únicos tipos: impuras y honradas, y las coloca en uno o en otro lugar según sea su adecuación a las normas sociales vigentes, que obedecen a una concepción patriarcal de la sociedad, donde todo gira alrededor de la autoridad masculina.

Por eso, los hombres de las novelas de Carrión son tratados con la misma simpleza con la que el hombre real trata a la mujer, como una medicina aplicada por primera vez a quien no ha cesado de recetarla para el otro sexo en la historia de la civilización occidental. En Carrión hay una venganza contra las normas impuestas por hombres, normas que esquematizan y encorsetan la actividad de la mujer, que todavía está lejos de ser libre y dinámica. Además, con esos tipos sin psicología, Carrión puede acceder con más facilidad al ámbito de la crítica social, porque el lector nunca se identifica con ellos, dada su ligereza, frivolidad y esquematismo. Carrión desea que el público masculino conecte con los problemas reales de las mujeres, y por eso las desnuda, mientras que los hombres permanecen en el territorio de los tipos inacabados, ya que de esa manera pueden encarnar más sencillamente unos vicios o defectos. Es decir, las mujeres están descritas como personajes de carne y hueso, con los que el lector se puede identificar y

sentir sus propias frustraciones y deseos, mientras que los hombres son símbolos, casi siempre de taras que provienen de la herencia española.

En la novela *Las impuras*, Carrión parece agrupar a los individuos, a los hombres, según la clase social, obedeciendo todos ellos a un esquema bastante uniforme. De esta forma, tanto José Ignacio Trebijo como don Rudesindo serán el reflejo de la hipocresía que caracterizaba a la decadente sociedad habanera de principios de siglo. El primero de ellos, hijo de padre español, «materialista, a pesar de su fanatismo religioso, avaro y autoritario» (149) y de madre cubana, «mujer sentimental, delicada e ignorante, como casi todas las cubanas bien nacidas en aquella época» (149), expulsará del hogar a su hermana Teresa, quien inmoralmente había decidido convertirse en la querida de un hombre casado. Este criollo es descrito por el amante de su hermana como un hombre que vive una vida feliz «más grueso y saludable que nunca. Y manteniendo todos los meses, con tu dinero, a una querida diferente» (134).

Desde el inicio de la novela se palpa la crítica a la falsa moral de muchos españoles radicados en la isla, así como a la manera en que criaban a sus hijos, a quienes lejos de inculcar los principios básicos de moral y decencia, les proporcionaban toda clase de bienes, dinero y caprichos, convirtiéndolos en hombres sin más aspiración que la de tener dinero sin mover un dedo para ganarlo. Dos años después de publicar *Las impuras*, Carrión reprodujo en *Cuba Contemporánea* el contenido de un discurso que había dado ante la Sociedad Económica de Amigos del País, acerca de «El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos veinte años». En él explicaba su opinión sobre la génesis de la identidad cubana, desde la época de la colonia hasta la República. Y en una parte de ese discurso abundaba en los rasgos del cubano que han sido heredados de España. Entre ellos enumeraba:

Añadid unas gotas de sangre árabe al grupo de meridionales españoles que formó nuestro núcleo de origen, poned un poco de altanera indiferencia, de sensual olvido de las cosas serias, de melancólica alegría, de oriental imaginación (...), de

individualismo arrogante y de risueña pereza en el molde; tripulad con aquellos hombres, y aun con lo peor de aquellos hombres las carabelas que cruzaron el Atlántico; hacédlos habitar después en comarcas poco pobladas y en pequeñas ciudades, viviendo primero del trabajo indígena y luego de los brazos del negro esclavo; permitid que se infiltre poco a poco en su espíritu el marasmo colonial, dejándolo sumido por siglos en la rutinaria explotación de sus plantaciones, y sin otro cambio que el ocasionado año tras año por la inmigración de los nuevos españoles; imaginad, más tarde, la simiente de la rebeldía germinando en el alma de una parte de esos colonos, poseedores, al principio, de la riqueza del país y arruinados después por la supresión de la trata, la abolición de la esclavitud y la subsiguiente transformación de la industria azucarera; llevadlos a la guerra civil (...) y seguidlos hasta el instante en que es menester crear un Estado y establecer las nuevas organizaciones (Ares, 1991, 153-154).

El primer conflicto que propone Carrión para analizar la condición de ambigüedad y cierto antagonismo entre lo cubano y lo español tiene que ver con la guerra. Por ejemplo, las primeras páginas de *Las honradas* aluden al militarismo que se impregnaba por todos los poros de la vida cubana en los momentos anteriores al estallido de la guerra, y es precisamente las constantes visitas de un militar español a Alicia lo que decide a la familia entera a marcharse de Cuba para instalarse en los Estados Unidos. Para ellos, era preferible abandonar la patria que ceder una hija a un español, y ese sentimiento era común a una gran parte de la población cubana de la época, decidida ya a terminar por siempre con el yugo del invasor. Debido a ello, la familia de Victoria vivía como recluida dentro de la casa, y solo salía «a lo más indispensable». Cuando vuelven de los Estados Unidos, años más tarde, observan cómo «por todas partes se veían aún las huellas de la catástrofe que había estado a punto de aniquilar a la población cubana» (Carrión, 1996a, 47).

Un personaje que encarna muchos de los defectos de lo español, trasplantado a la isla, es, tanto en *Las honradas* como en *Las impuras*, Juan Jacobo Trebijo, padre de Teresa y José Ignacio, quien es descrito como un señor muy reli-

gioso para quien Dios fue «una especie de aliado todopoderoso, que legitimaba la esclavitud del negro, enviando buenos rendimientos en el azúcar a los creyentes y surtiendo su lecho de frescas y apetitosas mulatas» (150). Y la figura de su hijo, José Ignacio, sirve al autor para ilustrar la relación que existe entre la corrupción patente en la República y el pasado español en la isla: «José Ignacio hereda de su padre todas las cualidades negativas que Carrión atribuye a los españoles: es hipócrita, lascivo, avaro, pomposo y oportunista» (Ares, 1991, 156). En esta misma categoría se enmarca el respetable español don Rudesindo, que «pertenece a la aristocracia del comercio habanero. Como casi todos los españoles enriquecidos en Cuba, era humilde de cuna, pero había ido refinándose paulatinamente» (232). Este asuriano que «vivía orgulloso de su ciudad» (232), presidía la Asociación de Padres de Familia para el Saneamiento de las Costumbres, aparentaba una moral intachable e incluso le prohibía a su hijo verse con mujeres impuras. Sin embargo, no tendrá reparos en ofrecer dinero a Teresa a cambio de una noche de amor. Por su parte, Angelín Sarmiento, el hijo mayor de don Rudesindo, frecuentaba y mantenía a la Aviadora, mujer de dudosa reputación que burlescamente le había colocado el apodo de Pega-Pega, y con quien dormía de vez en cuando, si ella lo permitía, aunque al amanecer tuviera que salir huyendo del nidito de amor, «temblando ante la reprimenda de su padre, que era muy severo en su casa» (240).

De igual manera, el padre de Rogelio había sido otro de tantos españoles que «Robaba mucho en su empleo; pero tuvo la manía de la ostentación, tirando el dinero a manos llenas» (185). El hijo del peninsular tendrá con su cuñado muchos puntos en común, pues ambos habían sido criados en un hogar feliz. En el caso de Rogelio, «el padre soltaba dinero a manos llenas; la madre, que era cubana, los besos y los mimos» (185), y así se convierte en un ser sin principios ni entereza de carácter. José Ignacio, al igual que Rogelio, aunque como él venía de una «cuna de oro», llevaba en su interior la «rigidez dura y seca, muy semejante a la del autor de sus días». Existe, por tanto, una especie

de «fatalismo geográfico» (Ares, 1991, 157), muy acorde con los presupuestos del darwinismo social y del naturalismo literario, que se enreda con la circunstancia de lo español integrado en lo isleño. En un artículo que el autor publicó en 1907, titulado «Sin brújula», el cubano fue muy claro a ese respecto:

La revolución de Cuba luchó al propio tiempo que contra España, contra una gran fatalidad geográfica —que diría un exaltado cursi— que pesa ahora sobre nuestras espaldas más intolerablemente que nunca, y que para librarnos de ella sería necesario emplear toda esa energía que nos sobra en arrancar de sus cimientos a nuestra tierra y transportarla lejos (...). Cuba es una convaleciente muy débil (UNESCO, 1961, s/p).

Miguel de Carrión esboza, en este contexto de convalecencia penosa, una generación de criollos de carácter débil, sin convicciones firmes, «jóvenes ineptos, criados en el mimo y la abundancia, que tenían la cabeza rebosante de sueños, pero no llevaban a cabo nada concreto y así dejaban deslizarse sus vidas entre la vagancia, la comodidad y el vicio» (González, 1979, 79). Estando casado con Florinda, Rogelio se enamora de Teresa, y acaba por aceptar el vivir una doble vida, «comprendiendo que era cómodo dejarse querer en ambos hogares, alternativamente» (169).

En la obra, todos los descendientes de españoles radicados en la isla formaban parte de esos «jóvenes ineptos», mencionados por González. Ninguno de los antes mencionados refleja sentimientos de amor hacia sus mujeres, hijos o familiares. José Ignacio no le perdonaba a Teresa «el haber nacido, para arrebatarme la mitad del cariño de su padre y del techo de la casa» (150). Y muy pronto expulsa a la hermana de casa alegando un comportamiento inmoral de la muchacha, aunque más tarde él se dedica a mantener, con el dinero de Teresa, a una «querida diferente» (134) cada mes.

En *Las impuras* no llegamos a apreciar de cerca la vida íntima de José Ignacio; sin embargo, en *Las honradas* es fácil descubrir los rasgos de la personalidad del criollo, que se

presenta como «un hombre metódico, a quien el amor no cegaba hasta el punto de hacerle olvidar el valor de un centavo» (Carrión, 1996a, 76). A través del personaje, Miguel de Carrión evidencia la doble moral del «respetable señor» en cuya presencia los amigos reconocen el tener que «santiguarnos y coger un rosario, porque le parece que la menor cosa lastima y pervierte los oídos de Alicia» (Carrión, 1996a, 133). Por ello sufre ante el bochorno de que un ginecólogo tuviera que examinar a su mujer, a la que había transmitido una enfermedad venérea: «“Cositas” de los maridos, que no nos consultan al casarse y “revientan” a una pobre mujer para toda la vida» (Carrión, 1996a, 268). Así define el doctor Argensola la penosa situación que más tarde dejará estéril a la pobre señora Trebijo.

En el caso de Rogelio, el crápula toma a Florinda por esposa ante la súplica de su madre y porque le parecía cómodo acostarse con su querida en su propia casa. Luego comenzará a tratarla «como una sirvienta (...) haciéndole ver la diferencia de rango que había entre los dos» (180). Tampoco el enamoramiento por Teresa Trebijo le duró demasiado: la acusaba de ser la causa de su miseria «por su estúpido empeño de dejarse arruinar por el hermano» (184), y decidió finalmente regocijarse en los brazos de la Aviadora, una «impura, rubia y de formas opulentas» (190).

Existe en la novela otro grupo de hombres que, lejos de ser criollos, serán cubanos pertenecientes a familias de clase media. En este caso salta a la vista la crítica a la pequeña burguesía que, copiando el modelo español, llevaba a sus hijos por el mismo camino de los criollos, contribuyendo a forjar la nueva generación de hombres licenciosos que más adelante quedará marcada por la «desilusión y sentimiento de frustración» (Yedra, 1975, 129). Es el caso de los estudiantes de Desecho, muchachos que habitaban la casa de huéspedes de la calle Virtudes, y a quienes Rigoletto llama irónicamente «esperanzas de la patria». Los jóvenes se dedican a llevar una vida de orgías y alcohol, mientras que sus padres les pagaban estudios, comida y vivienda.

Otro de los grupos que se muestra es el de aquellos isleños de origen humilde, que habían llegado a convertirse

en funcionarios o políticos importantes, tales como Paco, un abogado de provincias que debido a un golpe de suerte llegó a La Habana, colocándose como secretario de un importante político a quien las «luchas partidistas habían convertido en un personaje» (196). El joven vivía como un rey, «se vestía como un millonario y se hacía desear por las impuras» (196), cosa que provocaba la profunda envidia de Rogelio. En esta categoría de cubanos influyentes y corruptos se destaca el teniente coronel Ramón Lucas, a quien sus amigos llamaban Mongo, casado con una mujer de «rostro impenetrable de virgencita» (216). Lucas es otro de los personajes que figuran en ambas novelas de Carrión. Su mujer resulta ser la cuñada de Victoria, protagonista de *Las honradas*, una bella damita de la que el inescrupuloso saca provecho. Para él, lo más importante es que cada amante de su esposa fuera alguien que más tarde le proporcionara beneficios, como era el caso de Jiménez, «un hombre serio (...) que además es el único que me protege» (322). Así justifica el cornudo el hecho de compartir a su mujer con otros, asegurándole que «¡Si supiera que ibas a buscar un lance así algo más que un mero negocio, te estrangularía!» (323).

Por último encontramos a los pertenecientes a las capas más bajas de la sociedad habanera. Rigoletto, que representa la imagen del antihéroe, jorobado y contrahecho, «había aprendido a ser desvergonzado en la escuela de la vida» (308). Era el hijo natural de una corista del teatro Cervantes y había sido educado por la madre de ella. Su nombre verdadero era Emilio, pero solamente Teresa y su abuela de noventa años conocían ese secreto, pues en una sociedad donde los románticos y sentimentales constituían la burla de muchos, el buen Rigoletto confiesa que «si supieran los que me admiran que tengo la debilidad de poseer una abuela como cualquier hijo de vecino, perdería inmediatamente mi prestigio» (308).

En este grupo se encuentra también Azuquita, el chulo despiadado que maltrata a su mujer, dejándole de vez en cuando un «farol apagado y un hombro negro» (294), y Veneno, «un hombrecito moreno y seco, con cara y ade-

manes de mono» (204), quien debido al oficio de chófer de alquiler podía enterarse de los pormenores, vida y milagros de muchos miembros de la alta sociedad, por lo que se sentía importante al comentar «confidencialmente» las escenas de las que había sido testigo. «¡Un perfecto sinvergüenza!» (204) como lo catalogara Paco en cierta ocasión.

Como podemos apreciar, la mayoría de los personajes masculinos de *Las impuras* se presentan como típicos antihéroes, constituyendo una muestra palpable del pesimismo del autor. La pluma de Miguel de Carrión refleja la incertidumbre de la intelectualidad cubana a principios de la seudorrepública. Su obra está marcada por el pesimismo y el desaliento ante la generación desorientada e incapaz de abrirse camino por sí sola. Además, «cree que esta es la incapacidad inherente a la raza y considera la injerencia norteamericana como un mal inevitable por el fatalismo geográfico» (Yedra 1975, 128). Así como el escritor cubano fue cambiando de profesión (médico, maestro, periodista y escritor), los hombres presentados en su novela, especialmente Rogelio, irán saltando de un partido político a otro, de un proyecto a otro, etc. En el caso de Rogelio, trató de iniciar numerosos negocios como la agricultura, el cultivo del café, un puesto de trabajo en Hacienda, etc. Y de la misma manera va de una mujer a otra, sin tener ningún afecto y ningún plan concreto, sintiéndose deprimido y culpable cada vez que fracasaba alguno de tantos proyectos que jamás llegaba a realizar en serio, y terminando por vivir del vicio y la comodidad que le proporcionaba Carmela, su amante.

La mayoría de hombres que figuran en la obra reflejan la falsedad de los habitantes habaneros. Para ellos aparentar era lo más importante si querían poder tener el visto bueno de la sociedad. Don Rudesindo evoluciona desde el papel defensor de la moral de la familia al hombre que compra los favores sexuales de Teresa; José Ignacio Trebijo mostrará sus dos caras, por un lado, el hombre de moral recta y, por otro, quien dilapida el dinero de su hermana entregándolo a las mujeres de la mala vida. Mongo Lucas, que alardeaba de tener una mujer joven y bella, la vendía al mejor postor para

adquirir prestigio o ganancias dentro de su partido. Rigoletto será el único personaje en quien afloran sentimientos y emociones desinteresados. Él representa al buen ser humano, el muchacho huérfano que se preocupa por su abuela, el hombre que se enamora de Teresa y termina ayudándola sin pedir nada a cambio. En él, el naturalismo desempeñará su papel, pues será indispensable que se coloque la máscara de sinvergüenza con tal de no perder para siempre el respeto por «los impuros» que lo rodeaban.

Rogelio, por su parte, se presenta egoísta pero no despiadado. En ocasiones se sentía conmovido ante la desgastada figura de Florinda, su mujer, y reconocía ante sí mismo que «si los demás no se rieran de él por tener una mujer semejante, hubiera sido dichoso, con ella para cuidarle, y con Teresa y con otras, para las verdaderas expansiones del amor» (181). Al final de la historia, el amante de Teresa se ve atrapado en su propio juego. Desde su llegada a La Habana había pasado a formar parte de los desocupados, cuyas vidas transcurrían en los cafés y las barberías, entre el alcohol, la política y las mujeres. El galán comienza entonces una relación con la Aviadora, circunstancia que le daba prestigio y le hacía sentir importante ante su nuevo círculo de amigos, especialmente de Paco, que también había sido amante de turno de la codiciada prostituta, y que le aconsejaba, en cuanto a la mejor forma de tener a las mujeres enamoradas y sumisas «tratarlas mal, única manera de que lo adorasen a uno» (199-200).

El naturalismo se manifiesta nuevamente cuando Rogelio no puede escapar de su destino; él, que no había sido capaz de cometer grandes maldades, en lugar de seguir el consejo de su amigo y tratar mal a Carmela, le prometió ser suyo para siempre en un momento de pasión. Ella, impulsada por el capricho de apartarlo del lado de Teresa y ahogada por las persecuciones de Margot, logra arrancarle la promesa de que escaparían juntos. En ese momento comienza el capítulo que Carrión titula «Arrepentimiento», donde el personaje siente miedo y ante su incapacidad de tomar decisiones drásticas «estuvo un mes recluido en sus dos hogares, eligiendo las calles más solitarias y las horas de menos tráfico para ir de uno al otro» (371). Pero la buena voluntad y los propósitos

de enmendarse le duraron muy poco: «la virtud se le hacía insoportable» (384) y, finalmente, sin poder decir «no» a la petición de Carmela, Rogelio se aparta para siempre de sus mujeres, hijos y de Lillina, a pesar de saber que la niña se encontraba ya a un paso de la muerte. Triste final para una historia que pretende ser una metáfora de la vida habanera y, en general, de una sociedad que sí sabe de dónde viene, pero no hacia dónde se dirige.

Esta edición

Para llevar a cabo esta investigación, hemos utilizado como base la primera edición de *Los españoles*, publicada en la Habana en 1919 en la Editorial Librería Nueva. Asimismo, hemos corregido las ediciones de 1976 y 1996, cuya mayor novedad es las cuñas rimbombantes que reproducen fielmente el original de 1919, pero en las que había una serie de ultrasonidos y de cirrós que se hacía necesario subsanar. No se han tenido en cuenta las ediciones de 1959 y 1972 porque no incluían nada nuevo en relación con la primera de 1919. En el texto se han normalizado las variaciones *ag* y *aj* que son constantes en el texto. La acentuación se ha regularizado con respecto a las normas vigentes, disminuyendo las marcas acentuales en los apellidos, pero añadiéndola en los pronombres y adverbios de lugar y tiempo que forman parte de una pregunta, etc. También se han simplificado los grupos consonánticos como el *lber* de *alberca* o *alberca* para darle una apariencia más contemporánea. Con respecto a algunos términos, se han respetado sus ortografías. Por ejemplo, cuando se refiere al conductor de los tranvías o los coches eléctricos, a veces aparece la palabra *trabaja* *almagras*, pero en otras ocasiones se espeluzna *almagras*, variante esta última que hemos preferido a «chic» aunque las dos formas están sustentadas por la Real Academia, porque en Cuba es la pronunciación que más se usó en la época de Carrión.

Se han corregido muchos errores de escritura, como los referentes del texto hablado (confusión en la forma «San

ta de la *c* y la *s*, ya que en el habla fonética suenan igual), o la puntuación, en la colocación de las comas sobre todo, y también en la ausencia de marcas de admiración o interrogación, que no obedecen a un esquema, sino que son obviadas aleatoriamente por olvido. Otro tipo de errores involuntarios son, en ocasiones, las concordancias singular/plural, masculino/femenino. Cada vez que hemos corregido alguna forma errónea, lo hemos hecho saber en la correspondiente nota a pie de página.

Por lo que se refiere a construcciones gramaticales propias del habla cubana, se ha respetado la forma americana, pero haciendo constar, en una nota, la diferencia de esa variante con el español estándar. Por ejemplo, la utilización del pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo en lugar del condicional compuesto, en la segunda parte o apódosis de la oración condicional.

En cuanto al significado de ciertas palabras, se han aclarado los cubanismos o americanismos, sobre todo palabras inexistentes en otras variedades del español o bien palabras que poseen distinto significado en Cuba que en el resto de la comunidad hispanohablante; se han explicado los términos geográficos y se han contextualizado los nombres de personajes históricos o mitológicos que aparecen citados a lo largo de la novela. Han sido particularmente importantes los datos referentes al mundo de la medicina que Carrión, como profesional, conocía perfectamente, pero que el lector común desconoce. Para todos ellos hemos abierto una nota explicativa al pie de la página.

Por último, queremos agradecer al escritor Julio Travieso, excelente conocedor de la historia y la literatura cubanas, sus apreciaciones y matices sobre la ciudad de La Habana, los términos utilizados en la época y las intertextualidades literarias en Carrión, así como datos históricos relevantes. Su ayuda ha sido particularmente útil en las notas a pie de página. Algo parecido podemos decir de Alejandro González Acosta, que siempre nos ha atendido con celeridad, erudición, rigor y exactitud.

Bibliografía

OBRAS DE CARRIÓN

- CARRIÓN, Miguel de (1903), *El milagro*, La Habana, Azul y Rojo.
— (1903), *La última voluntad, El Doctor Risco, En familia, De la guerra, Inocencia*, La Habana, A. Castillo.
— (1917), *Las honradas*, La Habana, Librería Nueva.
— (1919), *Las impuras*, La Habana, Librería Nueva.
— (1961), *La esfinge*, La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.
— (1975), *La última voluntad y otros relatos*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, compilación y prólogo de Mercedes Pereira.
— (1976), *El milagro. La esfinge*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, prólogo de Luis Toledo Sande.
— (1978), *Las honradas. Las impuras*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, prólogo de Mercedes Pereira.
— (1996a), *Las honradas*, La Habana, Letras Cubanas.
— (1996b), *Las impuras*, La Habana, Letras Cubanas.

SOBRE CARRIÓN Y SU ÉPOCA

- ÁLVAREZ, Imeldo (1980), *La novela cubana en el siglo XX*, La Habana, Letras Cubanas.
ÁLVAREZ-TABFO, Emma (2000), *Invencción de La Habana*, Barcelona, Casiopea.
AZES, Mercedes (1991), *Constantes temáticas en la obra novelística de Miguel de Carrión y Carlos Loveira*, Miami, University of Miami, tesis doctoral inédita.
BENCOMO, Gisela (2003), *Relectura del discurso narrativo de las tres primeras décadas de la república cubana en el contexto de los rasgos de*

- la picaresca* (tesis doctoral), Miami, Florida International University.
- BOTI, Regino (1985), *Crítica literaria*, La Habana, Ediciones Unión.
- BUENO, Salvador (1953), *Medio siglo de literatura cubana (1902-1952)*, La Habana, UNESCO.
- (1961), «Aproximaciones críticas a Miguel de Carrión», en UNESCO, *op. cit.*, s/p.
- (1964), *Temas y personajes de la literatura cubana*, La Habana, Ediciones Unión.
- (1967), «Una mujer en la sociedad burguesa», *Unión*, 6 (2), páginas 168-172.
- BUNGE, Carlos Octavio (1918), *Nuestra América (Ensayo de psicología social)*, Buenos Aires, Vaccaro; edición definitiva, muy corregida, con prólogo de José Ingenieros.
- CARPENTIER, Alejo (1996), *El amor a la ciudad*, Madrid, Alfaguara.
- CARRIÓN, Miguel de (1921), «El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos veinte años», *Cuba Contemporánea*, 28 (105), págs. 1-6.
- CASEY, Calvert (1961), «Carrión o la desnudez», en UNESCO, *op. cit.*, s/p.
- CASTELLANOS, Jorge (2003), *Pioneros de la etnografía afrocubana*, Miami, Universal.
- CASUSO, Teresa (1961), *Cuba y Castro*, Nueva York, Random House.
- CHAPMAN, Charles Edward (1969), *A History of the Cuban Republic; a study in Hispanic American politics*, Nueva York, Octagon Books.
- CYMERMAN, Claude (1993), *Diez estudios cambacerianos acompañados de una bio-bibliografía*, Rouen, Université de Rouen.
- DÉS, Mihály (1993), *Noche insular. Antología de la poesía cubana*, Barcelona, Lumen.
- ESPINOSA, Ciro (1940), *Indagación y crítica. Novelistas cubanos*, La Habana, Cultural.
- FORNÉS, Leopoldo (2000), «La Primera República, 1899-1921», en VV.AA., *Cien años de historia de Cuba*, Madrid, Verbum.
- FRIOL, Roberto (1989), «La novela cubana en el siglo XIX», en Ana Cairo, *Letras. Cultura en Cuba*, 6, La Habana, Editorial Pueblo y Educación.
- GARCÍA VEGA, Lorenzo (1961), «Carrión en la metáfora», en UNESCO, *op. cit.*, s/p.
- GARRANDÉS, Alberto (2009), «El arte de la seducción», en <http://www.radiometropolitana.cu/2009/tecla/enero/seducccion5.htm> [6 de febrero de 2009].
- GONZÁLEZ, Mirza L. (1979), *La novela y el cuento psicológico de Miguel de Carrión*, Miami, Universal.
- GUERRA, Ramiro (2002), «El fracaso sin esperanza de la República», en Rafael Hernández y Rafael Rojas (eds.), *op. cit.*, páginas 68-73.
- GUIRAL MORENO, Mari (1914), «Aspectos censurables del carácter cubano», *Cuba Contemporánea*, IV, págs. 120-126.
- HERNÁNDEZ, Rafael (2002), «La revolución pospuesta: destino de la revolución martiana de 1895», en Rafael Hernández y Rafael Rojas (eds.), *op. cit.*, págs. 708-733.
- y ROJAS, Rafael (eds.) (2002), *Ensayo cubano del siglo XX*, México, FCE.
- IBARRA, Jorge (1981), *Nación y cultura nacional*, La Habana, Letras Cubanas.
- (1985), *Un análisis psicosocial del cubano: 1989-1925*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- (1998), «La sociedad cubana en las tres primeras décadas del siglo XX», en Instituto de Historia de Cuba, *op. cit.*, págs. 142-193.
- (2002), «Cultura nacional y nacional-popular en las primeras décadas de vida republicana», en Rafael Hernández y Rafael Rojas (eds.), *op. cit.*, págs. 420-430.
- INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA (1998), *La Neocolonia. Organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*, La Habana, Editorial Política.
- LAZO, Raimundo (1974), *Historia de la literatura cubana*, México, UNAM, segunda edición.
- LIZASO, Félix (1949), *Panorama de la cultura cubana*, México, FCE.
- LÓPEZ SEGRERA, Francisco (1989), *Cuba, cultura y sociedad*, La Habana, Letras Cubanas.
- LOVEIRA, Carlos (1984), *Generales y doctores*, La Habana, Letras Cubanas.
- MAÑACH, Jorge (1961), *La crisis de la alta cultura cubana*, La Habana, La Universal.
- MAÑALICH, Ramiro (1929), «Miguel de Carrión y Cárdenas, como pedagogo», *Ideas*, 2 (2), págs. 88-96.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1936), *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, La Habana, Casa de las Américas.
- MÉNDEZ RODENAS, Adriana (1990), «Este sexo que no es no. Mujeres decadentes en *Las honradas* y *Las impuras*, de Miguel de Carrión», *Revista Iberoamericana*, 56 (152-153), págs. 1009-1025.
- MOLINA, Sintia (2001), *El naturalismo en la novela cubana*, Lanham, University Press of America.
- MONTORI, Arturo (1919), «La obra literaria de Miguel de Carrión», *Cuba Contemporánea*, 7, 11 (84), págs. 337-352, reproducido en UNESCO, *op. cit.*, s/p.
- OTERO, Lisandro (1961), «Carrión periodista», en UNESCO, *op. cit.*, s/p.

- PEREIRA TORRES, María de las Mercedes (1989), *Valoraciones sobre las honradas de Miguel de Carrión*, La Habana, Universidad de La Habana.
- POGOLOTTI, Marcelo (1958), *La República de Cuba al través de sus escritores*, La Habana, Lex.
- PORTUONDO, José Antonio (1948), *Proceso de la cultura en Cuba*, La Habana, Molina y Cía.
- PRENDES GUARDIOLA, Manuel (2003), *La novela naturalista hispanoamericana. Evoluciones y direcciones de un proceso narrativo*, Madrid, Cátedra.
- RAMÍREZ CASTELLANOS, Ronald Antonio, «Análisis de las concomitancias de incursos míticos en la novela *Las honradas*, de Miguel de Carrión», artículo inédito.
- REMOS, Juan J. (1929), «La personalidad literaria de Miguel de Carrión», *Ideas*, 2 (2), págs. 97-107.
- RODRÍGUEZ ALEMÁN, Francisco (1977), «La narrativa cubana del siglo XX hasta el año 1929», *Islas*, 57, págs. 27-49.
- ROJÁS, Rafael (2008), *Essays in Cuban Intellectual History*, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- THOMAS, Hugh (1974), *Cuba. La lucha por la libertad*, vol. 2, Barcelona, Grijalbo.
- TOLEDO SANDE, Luis (1980), *Tres narradores agonizantes. Tanteos acerca de la obra de Miguel de Carrión, Jesús Castellanos y Carlos Loveira*, La Habana, Letras Cubanas.
- UNESCO (1961), *Cuba en la UNESCO. Homenaje a Miguel de Carrión*, La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, año 2, núm. 3.
- VARONA, Enrique José (1919), *De la Colonia a la República*, La Habana, Editorial Cuba Contemporánea.
- VELASCO, Carlos (1919), «Cuba Contemporánea», *Cuba*, Revista Mensual, tomo XXI (núm. 64).
- VV.AA. (2000), *Cien años de historia de Cuba*, Madrid, Verbum.
- (2003), *Historia de la literatura cubana*, vol. 2, La Habana, Letras Cubanas.
- YEDRA, Elena (1975), «La imagen de la mujer en la obra de Miguel de Carrión, *Las honradas*», *Islas*, 51, págs. 121-152.
- ZOLA, Émile (1972), *El naturalismo*, Barcelona, Península, traducción de Jaume Fuster.

Las impuras